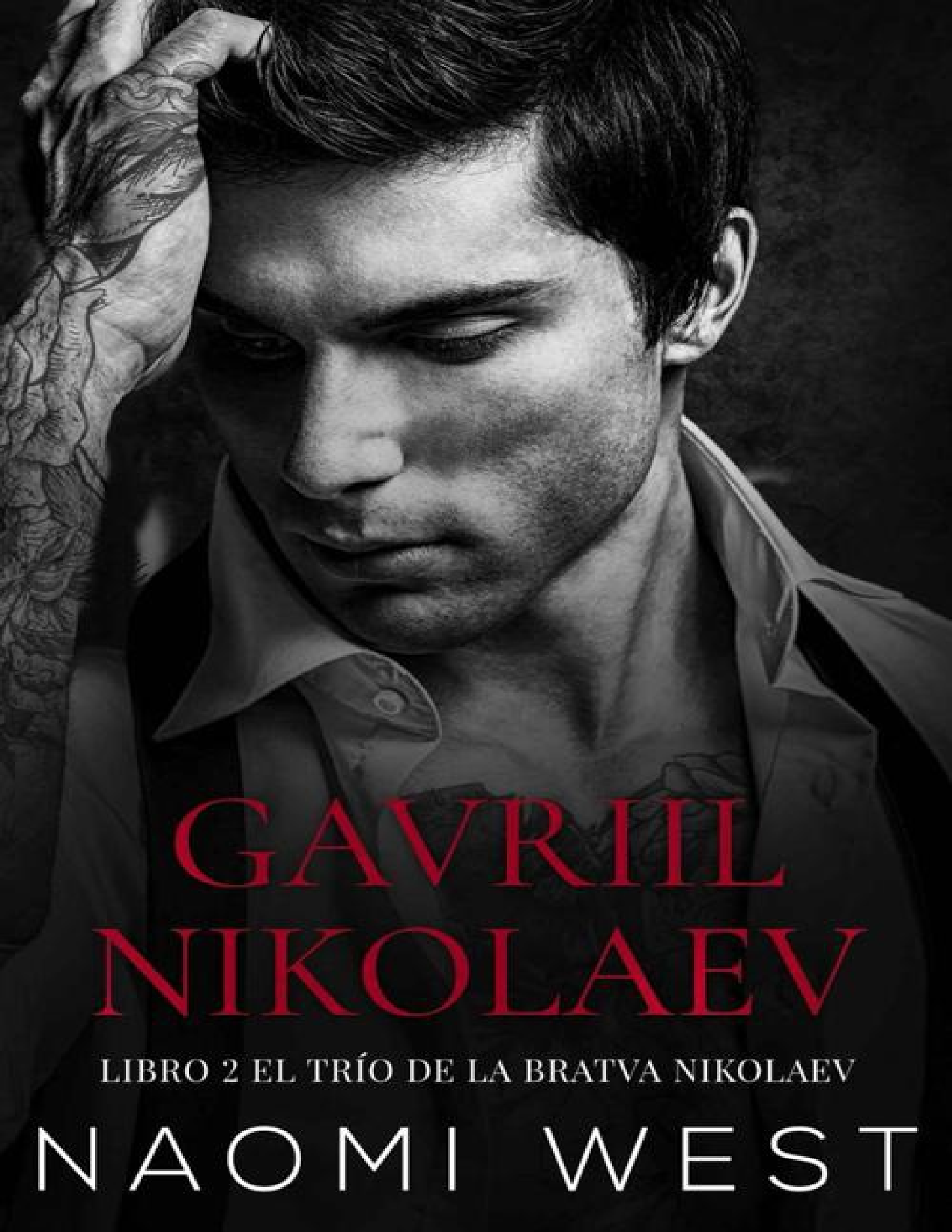


GAVRIIL NIKOLAEV

LIBRO 2 EL TRÍO DE LA BRATVA NIKOLAEV

NAOMI WEST

GAVRIIL NIKOLAEV

LA BRATVA NIKOLAEV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Gavriil Nikolaev

1. Hannah
2. Gavriil
3. Hannah
4. Hannah
5. Gavriil
6. Hannah
7. Hannah
8. Gavriil
9. Gavriil
10. Hannah
11. Gavriil
12. Hannah
13. Hannah
14. Hannah
15. Gavriil
16. Gavriil
17. Hannah
18. Hannah
19. Hannah
20. Gavriil
21. Gavriil
22. Hannah
23. Hannah
24. Gavriil
25. Gavriil
26. Hannah
27. Hannah
28. Hannah
29. Gavriil
30. Gavriil
31. Gavriil
32. Gavriil
33. Hannah
34. Gavriil
35. Epílogo: Hannah

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

GAVRIIL NIKOLAEV

Mi jefe quiere que tenga un hijo suyo.

En circunstancias normales, la respuesta sería fácil: “ni en sueños”.

Pero Gavriil Nikolaev no es el tipo de hombre que acepta un no por respuesta.

Además, aunque me pareciera atractivo, que no es el caso...

Y aunque no fuera su empleada, que definitivamente lo soy...

No hay forma de omitir el hecho de que es un hombre increíblemente peligroso.

He pasado por esto antes, y casi arruina mi vida.

Me niego a hacerlo de nuevo.

Pero a él no parece importarle lo que yo haga o deje de hacer.

Tiene sus ojos puestos en mí.

Y no acepta un no por respuesta.

GAVRIIL NIKOLAEV es el segundo libro de la trilogía de la Bratva Nikolaev. La historia de los hermanos Nikolaev continúa en el Libro 3, BASTIEN NIKOLAEV.

HANNAH

No hay lugar para errores. No aquí, y menos esta noche.

No con él como mi jefe.

La música de salón recorre a la multitud, da una vuelta por el suelo de mármol y las columnas de la sala y finalmente se posa sobre mí. Dejo que la tensión se apodere de mis hombros, pero no por mucho tiempo. Tengo trabajo por hacer. Al fin y al cabo, soy la gerente.

Aunque me doy unos segundos para disfrutar las luces que pintan de azul las paredes de piedra color marfil antes de teñir del mismo tono a la deslumbrante multitud del bar.

Eleganza hace honor a su nombre: elegancia, de una pared de mármol a la otra.

El negocio va bien. La gente se arremolina con cócteles de treinta dólares en la mano, luciendo relojes caros y ropa de diseñador. Exactamente el tipo de clientela que queríamos atraer. Será una noche de apertura digna de los libros de récords.

Miro el reloj: las diez de la noche. Solo ha pasado una hora desde que abrimos las puertas. Nuestras puertas de acero reforzado, para ser específica. El jefe insistió, Dios sabe por qué. Pero sabía que no debía preguntar.

Es hora de volver a los negocios. Ya pasé un minuto de más felicitándome mentalmente, un tiempo que debería haber dedicado a asegurarme de que esta noche siga siendo un éxito.

No aceptará nada menos.

Doy una vuelta rápida por el suelo y detrás de la barra. Uno de los camareros me informa que casi no nos queda hielo y que menos mal que Johnny y Lowell me ayudaron a traer el barril extra, porque Benji ya tuvo que cambiarlo.

Me apresuro a bajar las escaleras, lleno una cubeta de hielo hasta el borde y empiezo a subirla al bar principal. Me pesa como diez, así que no hace falta decir que no la estoy pasando muy bien.

Consigo llegar hasta el rellano cuando una cara conocida me detiene.

—¡Hola, nena! —dice Stacy.

—Hola, ¿cómo estás? Espera un segundo, lo siento. El teléfono está sonando.

Stacy me dedica una sonrisa cómplice. Sus labios rosa pálido brillan. —¿Es él otra vez?

Echo un vistazo a mi teléfono y suspiro. Hasta hoy, el señor Nikolaev no creía que mereciera la pena contactar conmigo directamente. Los mensajes para mí los transmitía a través de un tal Demyan, al que tampoco conozco en persona.

Pero, ahora que abrimos las puertas, parece ansioso por meterse un poco más en tema.

Actualízame, exige el mensaje.

Escribo una respuesta rápida. ***Todavía muy lleno. Todo va genial.***

Guardo el teléfono y sacudo la cabeza con el ceño fruncido. —Si está tan preocupado por nuestra apertura, debería estar aquí. Estar de guardia no era parte de la descripción de mi trabajo.

Stacy me guiña un ojo. —Te lo dije. Deberías haberte dedicado a bailar, como yo.

Miro a mi amiga con los ojos en blanco. —Sabes que me gusta demasiado estar al mando como para eso. Además, no tengo tus movimientos.

Stacy suspira, con el pelo rubio ondulándose mientras me ayuda a subir la cubeta, que ya me hace doler el brazo, por el resto de la escalera. —A veces, ni siquiera *yo* estoy segura de tener mis movimientos. Creo que necesitaré una copa antes de esta noche. Visitar a mi madre fue...

Se detiene y yo la dejo. Aunque tenemos que hablar de eso, ahora no es el momento.

Intenta ayudarme a subir la cubeta al siguiente tramo de escaleras, pero me la quito de encima, aunque mi espalda gime pidiendo ayuda. —No podemos permitirnos que te tuerzas una muñeca.

—No es que el baile sea muy complicado. Solo tienes que menear el culo y las tetas. Muy sencillo. Probablemente, podría hacerlo con una sola pierna.

Resoplo. —Pagaría por ver eso.

—Pagarías por *hacerlo* —corrige ella—. Te admiro, Hannah, pero lo diré mil y una veces: estás loca. Mi trabajo es mil millones de veces más fácil que el tuyo. Además, no te deja con dolor de espalda.

Le devuelvo la sonrisa. —Prefiero tener dolor de espalda que arrepentimiento.

El ceño de Stacy contrasta con su despreocupado encogimiento de hombros. —Qué notable. Ojalá todos pudiéramos ser tan ambiciosos como tú.

—Oye, sabes que no quiero decir eso. Tienes muchas cosas que hacer ahora mismo. Además, todo se reduce a que a ti te gusta bailar y a mí dirigir. Fin de la historia.

Su cara se relaja. Antes de que sigamos con esta conversación, me agacho y vuelvo a cargar la cubeta de hielo.

—Me parece justo —suspira—. Ahora, cállate y déjame ayudarte. Las muñecas pueden curarse; la amistad es para siempre.

—Sí, sí —digo, aunque en realidad mi espalda canta un aleluya.

Cuando finalmente empujamos la cubeta detrás de la barra, Benji se las arregla para saludarnos con un gesto de agradecimiento, sin apartar la vista de los dos cócteles que está preparando a la vez. ¿Todos los camareros tienen ojos en la nuca o Benji es un fenómeno de la naturaleza?

—En fin, se suponía que debía aclararte qué tipo de baile buscábamos esta noche... —frunzo el ceño, echando un vistazo a mi teléfono, y termino—: ...hace media hora. ¿Cómo se me ha podido olvidar?

—Llevas cuatro horas corriendo de un lado a otro como correcaminos —me dice con sorna mientras nos abrimos paso entre la gente y volvemos a la escalera, más tranquila, para hablar. Parte de mi atención se centra en el bar y sus alrededores, para ver qué más hay que arreglar o rellenar, pero me obligo a centrarme en mi amiga. Ahora mismo, ella es lo más importante—. Si yo fuera tú, estaría tan cansada que ya habría olvidado mi propio nombre.

Sonrío con timidez. —Hannah Hall, a tu servicio.

—El placer es todo mío —ríe Stacy—. De todos modos, estoy feliz de que me hayas conseguido este trabajo. Dios sabe que lo necesito.

—Habrías encontrado algo —le digo—. Entregaste como setenta currículos por ahí en un momento.

Stacy hace una mueca. —No me lo recuerdes.

Luego, antes de olvidarme, añado—: En cuanto al baile: el estilo es el que cabría esperar en un lugar llamado “Eleganza”.

—¿Twerking hasta el piso y un poco de meneo de tetas al ritmo de la música? —antes de que pueda abrir la boca, se me adelanta—. Lo sé, lo sé, estoy bromeando. Refinado, con clase, *elegante*.

—Más burlesque que King of Diamonds, sí.

Stacy finge suspirar decepcionada. —Qué aburrida.

—Tienes razón. En realidad, me llamo Hannah Hall, alias “la aburrida”.

Me da una palmada en el dorso de la mano. —¿Quién sabe? Con lo de mantener a mi madre, igual tendré que dedicarme al striptease.

—No si puedo evitarlo.

Stacy puede ser muy extrovertida, pero no le gusta ese ambiente, y yo no quiero que le guste. Por lo que he oído, el ambiente en muchos de esos clubes no es el mejor. La clientela puede ser... difícil.

—Da igual —Stacy descarta el tema con un encogimiento de hombros, y luego hace un gesto hacia la pista de baile—. Ahora contempla el fruto de tu trabajo y disfruta del éxito.

Me río entre dientes. Dejo que mi mirada se desvíe de nuevo hacia el club, aunque solo sea para ver si hay alguna posible emergencia o percance que haya pasado por alto.

Pero, cuando suena otra canción de salón y el público parece compartir el ritmo, e incluso el

relajado balanceo y el matiz de los efectos visuales encajan con el ambiente, no puedo evitar otra sonrisa satisfecha.

Realmente lo logramos.

Aquí culminan varios meses de trabajo incesante. Discutir con los proveedores sobre qué alcohol enviarían y a qué precio, investigar nuestro mercado y adaptar la carta de bebidas, peinar el mar de currículos y entrevistas y candidatos prometedores en busca de las personas adecuadas para contratar, encontrar un carpintero que reforzara las puertas con acero por algo menos que una pequeña fortuna.

Tantos pasos complicados y pequeños contratiempos y arreglos de última hora. El hecho de que lo hayamos conseguido esta noche, incluso viéndolo aquí delante de mí, casi no parece real.

—¿Crees que *él* aparecerá? —a mi lado, Stacy mira a la multitud, sus caderas se mueven al ritmo inconscientemente.

"Él", por supuesto, es mi jefe. El Sr. Nikolaev sin rostro.

Preferiría ignorarlo. Hay algo en el aura de ese hombre que me aterroriza, incluso los atisbos que veo a través de los mensajes de texto.

Pero no podría ignorar a Gavriil Nikolaev aunque lo intentara. No con el aluvión de actos benéficos a los que asiste y las asombrosas cantidades de dinero que donó a organizaciones benéficas en los últimos meses. Por no hablar de la compra o apertura de suficientes negocios, bares, restaurantes y empresas de construcción por igual, como para formar una ciudad por derecho propio.

Irrumpió en Boston como una tormenta y dejó su huella allá donde pudo.

—No lo sé —admito.

—¿Quieres que lo haga?

—¿Y tú?

Ella sacude la cabeza, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Nada de eso. Yo pregunté primero.

—Sí, bueno, no lo sé —admito—. Estaría bien, ya sabes, *conocer* al responsable de este lugar. También estaría bien no tener que enviar mensajes de texto a través de aplicaciones encriptadas y terceros, como si estuviéramos en la puta CIA. Pero al mismo tiempo...

Stacy asiente. —Comprensible. Quiero decir... —de repente, se queda callada.

Sigo su mirada hacia un hombre que entra a grandes zancadas en el bar. Y, una vez que lo veo, no puedo apartar la mirada.

Sus poderosos hombros, la inclinación de su severa barbilla, la aguda mirada de sus ojos oscuros... todo en él grita *dominio*. Como si fuera el dueño de este lugar y de todo lo que hay en él, incluida yo.

Su mirada se cruza con la mía y algo me sacude. Aparto los ojos y me niego a que mi respiración

se acelere como lo están haciendo los latidos de mi corazón.

Pero sigo mirándolo por el rabillo del ojo. Pelo oscuro y despeinado, chaqueta de cuero negro sobre una camisa de vestir azul oscuro, ojos como esmeraldas...

Es él. Tiene que serlo.

Gavriil Nikolaev.

Stacy me da un codazo. —Han...

—Lo sé —susurro. Estoy demasiado asustada para mirar de frente, pero estoy casi segura de que sigue mirándome. Hay algo visceral en ello. Es crudo. Hambriento. Dominante.

Me doy una pequeña sacudida mientras él se da la vuelta y sube la escalera.

—La escalera prohibida —murmura Stacy con disgusto—. Solo un hombre sería tan atrevido.

El único lugar al que conduce esa escalera es su despacho. De ahí el apodo.

—Tiene que ser él —estoy de acuerdo.

—En carne y hueso —añade, con su mirada de admiración aún clavada en la espalda del hombre que se retira.

Con fastidio, me doy cuenta de que mi mirada también se escabulle hacia allí. Como si importara que mi jefe esté bueno.

Aparto los ojos. —De vuelta al trabajo.

Seguro que Benji ya no tiene limones cortados, por no mencionar que la música ha saltado demasiado para mi gusto. O bien el DJ tiene que cambiar la ubicación de su sistema de sonido, o tenemos que cambiar nuestro DJ.

Apenas he dado dos pasos cuando Stacy me agarra por el brazo. Sus garras color pastel se clavan en mi blusa. —¡No te muevas! Admítelo, Han.

—¿Admitir qué?

Sonríe malvadamente. —Se ve delicioso.

Me estremezco, pero rápidamente vuelvo a poner cara de indiferencia. —Vale, nuestro jefe está bueno, ¿y qué?

Stacy me mueve un dedo en la cara, todavía sonriendo. —Tu jefe, no el mío. Yo solo soy la subordinada de una subordinada.

Pongo los ojos en blanco. —Genial. Pensaba que era la gerente de un nuevo club nocturno prometedor, pero todo este tiempo solo he sido una subordinada. Realmente sabes cómo hacer que una chica se sienta especial.

—La verdad duele, ¿qué puedo decir? —sacude la cabeza—. Aunque sabes que no me refería a eso.

—De todos modos —digo con firmeza—, sea lo que sea, el hombre es mi jefe. En otras palabras,

está extremadamente fuera de los límites. Debes pensar que soy una niña estúpida para enamorarme de un tipo con un buen traje.

El bufido de Stacy me indica que está poco convencida. —Perdóname, abuela. No sabía que con veinticinco años ya estabas en la tercera edad.

—Bésame el culo arrugado —le digo.

Me doy la vuelta y bajo corriendo a la cocina. Stacy me sigue. La ignoro mientras busco más limones en la nevera. Pero cuando cierro la puerta y veo su mirada expectante, suspiro.

—¿Qué? Deja de mirarme así.

—¿Cómo? —dice en un tono inocente.

Me deshago de la extraña sensación agitada que me dejó el encuentro con los ojos del Sr. Nikolaev y hablo con una convicción displicente, que me gustaría tener de verdad. —Es sentido común: no te tires a tu jefe. Me rompí el culo para conseguir este trabajo, ¿recuerdas esos horribles bares en los que trabajé como una esclava toda la noche el año pasado?, no tiraré todo por la borda por un tipo solo porque tenga una bonita estructura ósea.

He pasado por eso. Casi me cuesta todo. No tengo muchas ganas de volver a hacerlo.

—¿Incluso si es solo una noche de orgasmos con ese “tipo”?

Si cometiera ese error, solo puedo imaginar que sería una noche de placer exquisito, tan buena que quedaría impresa en mi ADN, si la forma en que me miró me sirve de indicación.

—Mucho *menos* por eso —cojo la bolsa de limones, la saco de la nevera y me dirijo a la puerta sin mirar atrás.

—¡Como quieras! —Stacy grita, siguiéndome—. Por suerte para mí, no tengo esos reparos.

Al oír los primeros compases de su canción cuando nos acercamos a la parte principal del club, Stacy se gira para guiñarme un ojo. —¡Esa es mi señal! —y se va corriendo.

Niego con la cabeza mientras se va. Me salvó la campana, porque si me hubiera visto cuando salimos a la luz, se habría dado cuenta de lo sonrojadas que tengo las mejillas.

Entro en la discoteca tras ella, justo a tiempo para verla subir a la plataforma y empezar a bailar.

La forma en que se mueve, tan fácil y fluida, hace pensar que la canción fue escrita para ella en particular. La forma en que las luces azul oscuro se proyectan rítmicamente sobre su vestido plateado tampoco hace daño. El público se vuelve loco por ella.

Sonrío. Otra pieza del rompecabezas encajada en su sitio.

Me meto entre los clientes agrupados alrededor de la barra. —Eres una salvavidas —jadea Benji cuando dejo los limones.

—Hay más de donde vino eso —digo. Vacío la bolsa y empiezo a cortar.

Se hunde, aliviado de que me quede para ayudar. —En verdad, Dios hizo a los ángeles en tu honor.

—Ya era hora de que te dieras cuenta —le devuelvo la sonrisa—. ¿Cómo van las cosas por lo demás?

—Bien.

Detengo mi corte para lanzarle una mirada. —¿Bien? ¿Has ido…? Oh, Benji, ve al baño, Jesús.

Si ya había alivio en su cara, esto es puro éxtasis. —¿Estás segura de que está bien?

—Claro. Puedo defender el fuerte por... —miro a la multitud, que parece haberse multiplicado mientras cortaba limones— …por unos diez o quince segundos, tal vez.

Se pasa una mano pecosa por su cresta pelirroja. —Lo siento. Trago mucha agua cuando estoy nervioso, y es el primer día, y... en fin. Vuelvo enseguida.

—No te preocupes —le digo—. Pero no te mees en mi pista de baile, ¿vale?

Lo digo en serio. Esta multitud es una locura. No ha cesado ni una sola vez en la última hora. Me estaría arrancando los pelos de raíz si no hubiera pasado el último, no recuerdo cuánto tiempo, preparándome para esta locura.

—Hola —le digo a una chica cuya cara de culo hace que parezca que es la que más tiempo lleva esperando allí, sea verdad o no—. ¿Qué te sirvo?

—Vodka con soda, dos Jaeger submarinos y un shot de tequila... —y así empieza. Doy vueltas para verter y mezclar.

Sinceramente es divertido, aunque de cierto modo masoquista. Repartir alcohol con una floritura de la botella, agitar el zumo, añadir una rodaja de limón y una pajita en el ángulo justo. Estoy inmersa en un ajetreado flujo de servir, repartir, cobrar, tomar pedido, sin tiempo ni siquiera para pensar, es como por inercia. Es como meditar.

Vodka con soda. Heineken. Whisky con hielo. Vodka Cranberry. Vodka Cranberry. Vodka Cra… Jesús, estas chicas quieren un montón de Vodka Cranberry.

La música de fondo hace que todo parezca un sueño productivo. Las caras pasan ante mí borrosas, cada una se funde con la siguiente...

Hasta que una destaca.

Una que me detiene en seco.

Una que exige un momento de atención.

El Sr. Nikolaev me mira de arriba abajo, como si fuera una bebida que está pensando en pedir. Instintivamente, la gente se aparta de él. No dice ni una palabra.

¡Di algo, Hann, mierda! Mantengo mi sonrisa congelada en su sitio. —¿Qué vas a tomar?

—¿No lo sabes? —pregunta.

De nuevo esa mirada. La que sugiere que sé *exactamente* lo que quiere.

Un escalofrío me recorre profunda y acaloradamente, concentrándose entre mis muslos

apretados. Lo ignoro. Está claro que necesito pasar más tiempo con mi vibrador.

El Sr. Nikolaev es simplemente intimidante y sexy. Eso es todo.

Pongo mi mejor sonrisa de *esto es normal*. —Lo siento, jefe. Ninguno de los mensajes que me enviaste me dijo cuál era tu bebida preferida.

Asiente, todavía sin sonreír. —Fue un error no haber venido antes en persona. Ahora que te he visto... pienso venir mucho más a menudo.

—Oh —digo. Me arden las mejillas—. Uh, bien. Estupendo.

—No te asustes tanto. Te dejaré hacer tu trabajo, tú déjame hacer el mío. ¿Qué te parece?

Me tiende una mano que no tengo más remedio que coger. —De acuerdo.

Cuando nuestros dedos se tocan, un rayo me atraviesa.

Su mano se traga la mía. Su apretón es tan fuerte como el resto de su cuerpo. Mi apretón de manos no es rival, incluso practiqué con Stacy durante una buena hora cuando buscaba trabajo para darle la firmeza adecuada, pero, comparado con el suyo, bien podría ser un saco de fideos mojados.

Y esa mirada en sus ojos... me hace estremecer de una forma que nunca había experimentado.

Se aparta con los labios fruncidos. —Tienes frío.

—No, yo... —me interrumpo. No voy a admitir que, por la razón que sea, mi temperatura corporal cae en picado cuando me pongo nerviosa. No estoy nerviosa. Solo estoy... estresada. Sí, eso es. Nada más que un poco de estrés a la antigua.

—Toma —ya se está quitando la chaqueta de cuero negro, dejando al descubierto unos hombros que parecen aún más poderosos con menos capas cubriéndolos—. Ponte esto.

—Estoy bien —Sacudo rápidamente la cabeza—. Sr. Nikolaev, por favor.

Pero me tiende la chaqueta con una mirada que no admite negativas.

—De verdad —digo. Miro a mi alrededor. La gente empieza a mirar. ¿Cómo no van a hacerlo? Gavriil Nikolaev está hecho para ser mirado—. Estoy bien, te lo aseguro.

Me mira fijamente otro largo rato. Estoy segura de que está a punto de insistir, y no creo que me quede suficiente fuerza de voluntad para seguir negándome a este hombre.

Pero entonces, gracias a Dios, se encoge de hombros y se echa la chaqueta al hombro. —Como quieras.

—Gracias —me siento aliviada.

—Sabes, pensé que te había contratado para ser gerente. No bartender —el brillo divertido de sus ojos oscuros y estrechos contrasta con la línea seria de sus labios.

—Soy multitareas —bromeo—. ¿Qué tal un whisky?

—Un Yamazaki. Recuérdalo la próxima vez.

Asiento y trago. Me arrepiento de no haberlo pensado desde el principio: hace unas semanas, Demyan dejó muy claro que el bar debía tener una amplia gama de whisky disponible, incluido y, sobre todo, el carísimo Yamakazi de dieciocho años.

Siento como si hubiera suspendido su examen.

—Has hecho un buen trabajo —dice suavemente, con la mirada recorriendo nuestro entorno, la gente, las luces, la pista de baile abarrotada, mientras le entrego su bebida.

La toma. Lo estoy mirando a él, no a nuestras manos, así que cuando se inclina hacia delante y me agarra la muñeca en lugar del vaso, casi grito de sorpresa.

Pero ocurre lo mismo que antes: ese latigazo cervical. Como una descarga eléctrica que me recorre por dentro, y que tiene su origen en el contacto de sus dedos con mi piel desnuda.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceo, con la boca repentinamente seca.

Sonríe. Solo a medias, un poquito. Una sonrisa burlona. —Me gusta hacerte sonrojar, Hannah. ¿Es eso un crimen?

Y entonces, me suelta la muñeca, me quita el whisky de la mano inerte y se marcha a grandes zancadas, todavía sonriendo, dejándome sin habla.

Puede que no sea un delito en el sentido más estricto de la palabra.

Pero el calor que late en mí no está bien. No está bien en absoluto.

GAVRIIL

AL DÍA SIGUIENTE

Bastien se levanta bruscamente cuando entro en nuestro bar clandestino con paneles de madera. Siempre atento a lo que se avecina, ese hermano mío. Su cara de niño bonito es tan seria como de costumbre, su ropa negra tan impecable como siempre. Incluso su voz contiene una nota crujiente que muestra su impaciencia por ir al grano.

—Pareces muy satisfecho contigo mismo, *sobrat*.

—¿Ah, sí? —una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi cara cuando me siento en la barra de madera pulida—. Bueno, creo que nos lo hemos ganado. El negocio va bien.

Un eufemismo de primera clase.

Al principio, no me hacía mucha ilusión dejar Nueva York. La vida allí era fácil. Una rotación de rubias y morenas salvajes calentaba mi cama por la noche y, de día, disfrutaba con mis hermanos del botín de la victoria de la Bratva Nikolaev sobre el cártel mexicano.

Venir aquí a Boston significaba dejar todo eso atrás. Significaba la gigantesca tarea de construir una nueva rama del imperio Nikolaev, y destruir a los cabrones del clan McNulty que se interpusieran en nuestro camino.

Pero, hasta ahora, nos ha ido bien.

Calificarlo de éxito sería prematuro. Pero vamos en esa dirección. Hicimos todos los movimientos correctos. Enfrentamos a los policías y funcionarios corruptos con nuestro poder y nuestro dinero. Limpiamos la chusma de bandas menores que pensaban que gobernaban la ciudad. Nuestros negocios, legales y no tanto, están en marcha y bombean dinero a nuestras cuentas bancarias.

En cuanto a los McNulty y el resto de la inmundicia irlandesa, bueno... es solo cuestión de tiempo.

Bastien alza su copa y se sienta en un taburete de cuero. —He oído que anoche estuvo bien.

Sonrío. —Recaudamos cien de los grandes la noche del estreno. Yo diría que fue un puto gran éxito, sí. Estoy contento.

Por más de una razón. Mi polla se retuerce al recordarla. Esos labios, carnosos y recatados. La forma en que el sudor goteaba por su clavícula...

—¿No te metiste en líos? —pregunta Bastien con inocencia.

A veces, me pregunto si Bastien es tan callado porque está ocupado leyendo mi puta mente.

Frunzo el ceño y bebo un sorbo de whisky. —¿Quién pregunta: tú o Dmitry?

Dmitry es mi hermano, actual jefe de la rama neoyorquina de la Bratva. A menudo es un grano en el culo, pero estoy atado a él, supongo. Igual que él a mí.

—Está preocupado por ti —dice Bastien—. Cree que te meterás en problemas si no tenemos cuidado.

—Y estará preocupado hasta el día de mi muerte. Pero eso no significa que tenga que vigilarme como si fuera un inválido.

Bastien no dice nada. Incluso su rostro permanece inexpresivo. No le gusta meterse en estas discusiones entre hermanos.

Su preocupación es infundada, en su mayoría. Pero, ahora que lo menciona, me gustaría meterme en un lío...

La Srta. Hannah Hall. Mi nueva gerente. Mi pequeña tentación.

Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando ella invade mi mente. Un metro sesenta, cincuenta kilos de puro encanto. Ondas castaño claro por las que quiero pasar los dedos. Ojos azules que quiero ver entrecerrarse de placer. Labios rosas que quiero oír gimiendo mi nombre.

—Me parece justo. No insistiré —mirando a su alrededor, Bastien asiente con aprobación—. Me gusta este lugar.

—Los bares clandestinos están de moda —digo, encogiéndome de hombros—. A todo el mundo le gusta sentirse partícipe de un buen secreto.

Aunque el verdadero secreto es que, si bien este lugar genera beneficios a raudales, ese no es su principal objetivo. Su principal objetivo es lo que estamos haciendo ahora mismo: reunirnos en privado para decir cosas que no deben salir a la luz.

—Debo preguntarte si encontraste alguna distracción agradable —continúa Bastien. Su tono es despreocupado, pero, tan repentina como un latigazo, la mirada de Bastien se clava en mí. Debería haberlo sabido: mi hermano es impaciente cuando se trata de conseguir lo que quiere.

Finjo un bostezo. —Hermano, de verdad, esto se está volviendo molesto.

Se encoge de hombros. —Hasta que Madre esté satisfecha...

Saco mi teléfono y marco un número. —Termina ahora.

Hay negocios que hacer aquí y mis lugartenientes llegarán pronto, pero me estoy hartando de la mierda de mi madre. Es hora de cortarla de raíz.

—Gavriil —dice una vez que contesta—. ¿No se supone que...?

—¿Tienes una reunión? Sí, de hecho, la tengo —gruño con frialdad—. Pero tú y yo tenemos que discutir algo primero.

Se queda callada. Lo tomo como una señal para avanzar.

—Soy el Jefe aquí en Boston. Para eso me mandó Dmitry —me aprieto las manos, pero me esfuerzo por mantener la calma—. Un Jefe no puede permitirse ser cuestionado y socavado por quienes dicen apoyarlo. Y menos mientras construye su imperio, en un momento ya de por sí delicado.

Cacarea irritada. —¿Debería simplemente ignorar los problemas, entonces? ¿Sin preguntas, nada más que elogios a cualquier movimiento que hagas, sea sabio o no?

—Quiero que confíes en que sé lo que hago en este negocio. Eso significa no tener a Bastien buscando chismes sobre mi vida personal.

—¿Desde cuándo tu vida personal forma parte de los negocios? —replica.

—Desde que no tengo tiempo para una vida personal *fuera* de mis negocios —respondo de inmediato—. Desde que tienes a Bastien sacando a relucir tus preocupaciones en medio de nuestra reunión de negocios. Desde que insistes en entrometerte.

—¿Me estás preguntando si confío en que no irás persiguiendo a una chica tonta?

—No te estoy preguntando nada, madre. Te lo estoy diciendo: Yo soy el Jefe ahora. Estoy al mando.

—Gavriil... —empieza mi madre.

—Es hora de irme —la interrumpo—. No te lo diré otra vez.

Luego, cuelgo.

A mi lado, Bastien me mira con curiosidad. Lo fulmino con la mirada. Tengo los nervios de punta.

—De vuelta a los negocios —digo—. ¿Algo que informar?

Su mirada oscura me devuelve la pregunta.

Me doy la vuelta, cojo la bebida y me la acabo de un trago antes de volver a dejarla sobre la mesa. —Bastien, eres mi mejor brigadier. Dime lo que quiero saber.

Le brillan los ojos y frunce el ceño. —Sabes que prefiero que no nos llamemos con nombres Bratva.

—Así hacía las cosas papá.

—Exactamente.

Nuestras miradas se cruzan y él se da la vuelta, dejando las cosas así. No es que lo culpe por estar susceptible por eso. Incluso un año después de su asesinato, cada recuerdo de nuestro padre puede ser... difícil.

Frunzo el ceño. Mejor no pensar en él. No ahora.

—Yo hago cumplir las órdenes —dice Bastien en voz baja—. Hasta ahora, no hubo nada que

hacer cumplir, como bien sabes. Nada que no pudiera decir delante de los demás.

Los otros son mis tenientes gemelos, Jakob y Demyan. No fue casualidad que Bastien se reuniera conmigo aquí media hora antes de que les dijera que aparecieran. "*Confía un poco en tus hombres, pero confía sobre todo en tus hermanos*", decía siempre mi padre, y yo lo creo.

Los gemelos se han probado a sí mismos, seguro. Pero la familia Nikolaev ha sido traicionada antes por hombres que se han probado.

Algo se retuerce en mí al recordar cómo el cuerpo de mi padre se sacudió con el impacto de los disparos mexicanos. Una bala, dos, diez...

Aparto el recuerdo. No lo descarto, nunca consigo hacerlo desaparecer del todo. Pero lo dejo a un lado, por ahora.

Con el tiempo, se desvanecerá más. Yo estoy aquí para hacer las cosas bien. Construir el imperio. Masacrar a mis enemigos. Vengar a nuestro padre caído.

—Jefe —dice una voz ansiosa.

Hablando del diablo. Son los gemelos entrando a zancadas. Demyan es el que ha hablado. Su orgullosa barbilla hendida se inclina excitada cuando me saluda con la cabeza.

Demyan siempre me recuerda a un pájaro, con sus movimientos rápidos y bruscos, el brillo desordenado de sus ojos y su pelo negro engominado. Un pájaro feroz: he visto lo que le pasa a cualquiera que se para frente al cañón de su arma.

—Buenas noches —saluda Jakob.

Jakob tiene el mismo mentón hendido y la misma cara cuadrada que su hermano, aunque ahí acaban las similitudes. Mientras que Demyan es puro nerviosismo, la palabra que me viene a la mente para Jakob es *suave.*

Se sientan a nuestro lado en la barra, en los taburetes de cuero repujado, frente a las bebidas que ya les sirvieron.

Jakob alza la suya y la inclina hacia la luz. Las linternas de arriba convierten el whisky en oro. —Este sitio es pura clase, jefe.

—El Club Eleganza también tenía buena pinta —añade Demyan.

Tamborilea con los dedos sobre la mesa mientras bebe un sorbo de whisky. Sus manos son ágiles y huesudas, inquietas como arañas.

—No pude evitarlo: Pasé a echar un vistazo —explica en respuesta a mi mirada interrogante—. Como no había nada más, quería asegurarme de que todas las órdenes que transmití a la encargada del bar también se cumplían.

—Ya veo. ¿Algo más que informar?

—No pasó nada en ninguna parte —suspira Jakob. Echa un trago a su bebida con una floritura—. Los irlandeses están escondidos en sus pequeños nidos de ratas y no saldrán pronto.

La sonrisa de Demyan se tuerce. —No hasta que los fumiguemos, claro.

—Solo han pasado dos meses —señala Bastien.

—¿*Solo* dos meses? —frunzo el ceño al pronunciar las palabras—. No es "*solo*". Dos meses es mucho tiempo. Demasiado tiempo.

—¿Tú qué crees? —dice Jakob—. Están asustados. ¿Esperas que salgan a la calle con las armas cargadas, cuando saben que los superan en número y maniobra?

Reflexiono sobre la cuestión. ¿Podría ser tan sencillo como seguir asustando a los irlandeses para que se sometan, hasta que nuestro control sobre Boston sea tan fuerte para que solo unos locos lo desafíen?

¿Podríamos haberlo hecho ya? ¿En "solo dos meses"?

Pero el ceño inmutable de Bastien atrae mi mirada hacia él. —¿Qué opinas? —le pregunto.

Pone los ojos en blanco ante las palabras de Jakob. —No tienen miedo —gruñe—. Están esperando.

—Esperando que los saquen de su miseria —replica Jakob.

Levanta su copa para brindar con nadie y sonríe mientras da un trago.

No le devuelvo la sonrisa. A veces, el hombre parece demasiado imperturbable para su propio bien. Incluso con una bala en la cabeza o un cuchillo clavado en las costillas, seguiría sonriendo.

—Probablemente recuerden bien lo que les pasó a los mexicanos que enviaron tras nosotros en Nueva York —continúa Jakob—. La matanza. Por supuesto que no tienen ganas de que se repita.

Sigo frunciendo el ceño. Llevo demasiado tiempo en este juego como para dejarme llevar por lo que quiero oír. Pero no sé exactamente qué quiero hacer. O en quién confiar.

Todavía no.

—Cuando los ingresos de los irlandeses empiecen a resentirse —digo—, no importará lo asustados que estén: atacarán. Cuando es a vida o muerte, hasta las ratas luchan.

Silencio. Jakob no parece convencido. Pero da un sorbo a su bebida. Nunca le gustó discutir. Se encoge de hombros y sigue adelante.

Demyan termina su trago y vuelve a tamborilear con los dedos sobre la barra de madera. No ha intervenido, pero no es raro. Jakob habla lo suficiente por los dos. Demyan prefiere pensar antes de hablar.

La pregunta flota en el aire, tan obvia que ni siquiera tiene sentido formularla: *¿Qué debemos hacer?*

Y yo soy el único que puede responder. Melancólico, vuelvo a beber. Los ricos sabores a miel bajan por mi garganta con un ardor que proporciona claridad. Certeza.

Mi mirada se cruza con la de Bastien. Ya está de vuelta en su taburete, bebiendo otro trago. Inclina un poco la cabeza. —Ya sabes lo que diría mi padre.

—*La paciencia rinde frutos* —otra de las favoritas de papá. Dmitry probablemente diría lo mismo.

Pero la paciencia puede confundirse con debilidad, según quién mire.

—Sabes —digo—, realmente me vendría bien una buena distracción ahora mismo. ¿No crees?

Mis lugartenientes se ríen, pero Bastien se limita a fruncir el ceño. No es que esperara mucha conmiseración de su parte. Mi hermano nunca comprendió lo útil que puede ser un buen polvo para despejar la mente.

—Ustedes dos —les digo a los gemelos—, vayan a hacer unas ligeras averiguaciones sobre lo que ha estado haciendo nuestro amigo el señor McNulty estas últimas semanas. Y luego me informan.

Asienten y se levantan, dispuestos a marcharse en cuanto los despida. Pero hago una pausa.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto a Demyan—. El club. Eleganza.

—Buena música. Buenas bebidas —sonríe—. Deliciosa gerente.

Algo se dispara en mí. El hielo del vaso que sostengo cruje. —Cuidado —gruño entre dientes apretados.

Me detengo justo a tiempo de decir el resto: *Hannah es mía.*

Demyan parpadea y asiente. No tiene miedo de nada, excepto de mí. —Por supuesto, jefe. Ni se me ocurriría cruzar la línea.

—No es lo que quería decir —digo irritado, aunque no sé lo que quería decir.

—Puede que lleguen a tiempo a O'Brien's para preguntar por McNulty si salen ahora —sugiere Bastien. O'Brien's es el pub irlandés más grande y bullicioso de Boston. Es el lugar por donde empezar si buscas trapos sucios sobre el clan McNulty.

Asiento. —Pueden retirarse —se marchan con una última reverencia respetuosa hacia Bastien y hacia mí.

Una vez que se van, la mirada de Bastien encuentra la mía.

—No lo digas —digo, medio levantándome.

—Hay que decirlo.

—Pues deja que sea mamá la que diga —refunfuño y me deja caer de nuevo—. Dios sabe que ya se entrometió bastante estas últimas semanas. Aunque, después de hoy, debería calmarse un poco.

—No puedes permitirte una distracción —dice de todos modos—. Especialmente ahora.

—No sigas —le advierto.

—Ambos sabemos que tu elección de mujeres...

PUM. Se oye un gran estruendo, seguido del sonido de cristales que se rompen. Los fragmentos

de los cristales polarizados de las ventanas estallan hacia dentro como agujas voladoras, cortándome la cara y las manos.

Los disparos estallan en mis tímpanos. Bastien y yo nos escabullimos detrás de la barra.

Esos malditos irlandeses.

Hasta aquí llegaron esperando y asustados.

Sacamos nuestras armas, arremetemos y nos ponemos a disparar. La parte superior del bar se astilla con las balas.

Veo movimiento, apunto, disparo. Un hombre gime, entonces algo pesado golpea el suelo.

Uno menos. Quién sabe cuántos faltan.

Bastien gruñe. Cuando miro hacia él, veo una mancha carmesí en su hombro

—Mierda —gruño—. Esto termina ahora.

Mi siguiente andanada de balas sobre la barra derriba a varios de ellos. Sus gemidos y sus caídas al suelo son música para mis oídos.

—¡Putos rusos de mierda! —ruge un hombre en la parte de atrás, con un marcado acento. Si quedaba alguna duda de que los irlandeses estaban detrás de esto, eso la disipó.

Conozco esa voz. Nos hizo una buena ración de llamadas amenazadoras cuando llegamos, antes de desaparecer de la faz de la Tierra.

Hasta ahora.

—¡Pero si es el jodido Patrick McNulty! —grito—. Acércate un poco más. Te traje un regalo.

—Vete a la mierda —gruñe.

Incluso en el tumulto, mientras me lanzo hacia arriba para hacer más daño, puedo distinguir al *mudak* en la retaguardia. Tiene el rostro rojo remolacha, pelo rubio arenoso y los ojos azules retorcidos de rabia.

Y está demasiado vivo para mi gusto.

Descarga algunas balas más contra el bar. Otras pasan rozando mi cabeza.

—Debes estar pasando un mal rato, si te presentas aquí en persona —sugiero.

Si consigo distraerlo lo suficiente, enfadar a ese legendario temperamento suyo y hacerle cometer un error tonto, entonces habré encontrado oro.

—Lárgate —gruñe, subrayando cada palabra con más balas hacia mí—, o voy a disfrutar convirtiéndote en queso suizo, como Rafael hizo con tu padre.

—Y yo disfrutaré haciendo viuda a tu mujer —gruño, lanzándome hacia arriba, disparando a...

Nada.

Se han ido.

—Los hijos de puta huyeron —siseo.

—Estaban perdiendo —dice Bastien, como si fuera lo más obvio del mundo. Su gruñido de dolor al final me recuerda que recibió un balazo.

Guardo mi arma y vuelvo a agacharme detrás de la barra para ayudar a mi hermano.

—Idiota —le digo. Me inclino para ayudarlo con el hombro—. ¿Por qué saltaste frente a ese?

Se ríe mientras saca el botiquín de detrás de la barra con una mano y vacía una botella de vodka en la herida con la otra. Estoy seguro de que escuece como el puto infierno cuando penetra en la carne desgarrada, pero mi hermano es un hijo de puta duro. Ni siquiera pestañea.

—Permíteme —me encargo del vendaje.

Bastien me lanza una mirada cargada de sentido. —Sabes lo que esto significa, Gav —empieza.

—No lo digas. No lo digas, maldita sea.

Sigue adelante de todos modos, el bastardo obstinado. —Que aparezcan aquí no es casual. Los únicos que sabían que nos reuniríamos aquí a esta hora eran Demyan y Jakob.

Aprieto los dedos mientras termino de envolver la venda. —Lo que significa que uno de ellos es una rata. Tal vez ambos.

Bastien asiente. —Dilo y les meto una bala en la cabeza.

—No —hago una pausa y lo miro a los ojos—. Podemos usar esto a nuestro favor.

Sonríe. —Ahora estás empezando a sonar como un Jefe.

Esbozo una fina sonrisa y sigo explicando mi idea. —Podemos decirles lo que queramos que sepa McNulty y ocultarles lo que no queramos. Mientras tanto, tendremos que reasignar algunas de las tareas vitales de teniente...

—Yo lo haré —me interrumpe Bastien.

—Tienes un puto agujero, hermano —le digo—. Tu brazo izquierdo está fuera de servicio, al menos por un tiempo.

—No es grave —se burla—. Puedo hacerlo.

Le cojo la mano buena y nos ayudamos a levantarnos, con los ojos fijos. Él piensa lo mismo que yo: que es obvio lo que tenemos que hacer ahora. Con o sin paciencia, ya no hay decisión que tomar.

La tomaron por nosotros.

—Esto es una guerra en toda regla, hermano —le digo—. Ellos hicieron el primer movimiento. El siguiente es el nuestro. Traza planes. Quiero la cabeza de Patrick McNulty flotando en la bahía de Quincy para fin de mes.

Ante eso, por primera vez esta noche, Bastien sonríe.

HANNAH

—Por nosotras —Stacy alza su Big Mac para chocarla con la mía—. Cinco años de amistad.

—Creía que estábamos celebrando el éxito del club.

—Eso también —dice Stacy con una sonrisa y un gran bocado—. Después de todo, no es como si viniéramos a McDonald's por *cualquier cosa*.

—De acuerdo. Solo vinimos aquí después del baile de graduación, la horrible boda medieval de tu tía, Año Nuevo, cuando nos echaron de aquel cóctel... ¿qué me falta?

—Lo he dicho una vez y lo diré otra: McDonald's es diez veces más divertido si vienes disfrazada.

—De acuerdo —le doy un mordisco a mi hamburguesa y gimo de satisfacción. Vileza grasienta en su máxima expresión.

—Tú eres la experta —continúa Stacy, señalando mi vestido—. Solo tú podrías lucir esa impresionante cosa de gasa azul marino en este fino establecimiento.

Me muerdo el labio. Ni nuestra cena en McDonald's antes del trabajo ni mi turno de esta noche son la razón por la que escogí el vestido más sexy que tengo.

Pero no lo admitiré ante Stacy. Mucho menos me lo admitiré a mí misma.

Si lo hiciera, tendría que explicar cómo vagaban mis pensamientos mientras rebuscaba entre mis vestidos de trabajo habituales.

Cómo mis dedos se desviaron hacia la sección más sexy de mi armario.

Solo entonces me di cuenta de que estaba pensando en él y sentí calor entre las piernas y un cosquilleo en los labios.

Sacudo la cabeza y vuelvo a centrarme en lo que me rodea. En realidad, este McDonald's no está nada mal: hace unos años decidieron decorarlo con una chimenea falsa, más televisores de pantalla plana y un puñado de sillones acolchados, en dos de los cuales estamos sentadas Stacy y yo.

Si alguien no hubiera puesto el aire acondicionado a tope y otro no hubiera dejado abierta la puerta del ruidoso parque infantil cubierto que hay cerca, estaría en un estado de nirvana. Tal

como están las cosas, estoy bastante contenta.

—Muy bien, escúpelo —ordena Stacy. Deja su hamburguesa a medio terminar para mirarme seriamente.

—¿Qué escupa qué?

Espero sonar inocente. Aunque seamos mejores amigas, Stacy no puede saber lo que me pasa por la cabeza.

—Te he visto.

—¿Me viste haciendo qué...?

Pone los ojos en blanco. —Vamos, Han. La otra noche, quiero decir. Te vi con el sexy Sr. Jefe. Por cierto, puedo bailar y ver cosas al mismo tiempo, lo creas o no. Es como caminar, hablar y mascar chicle. Deberían hacer una sección sobre mí en "Aunque usted no lo crea".

—Y yo que creí que te desmayabas temporalmente y dejabas que tu cuerpo tomara el control —le contesto. Esa es siempre su frase cuando le pregunto en qué piensa cuando está en el escenario.

Su mirada no se inmuta. —Hannah Hall.

Tampoco la mía. —Stacy Navarre.

Hace una mueca. —Deja de irte por las ramas. Suéltalo o te robaré esa hamburguesa.

Me trago la patata frita que había estado masticando hasta convertirla en una fina pasta. —No hay nada que contar —miento descaradamente.

—Nunca me cuentas tus secretos jugosos —se queja.

—¡Como si tú lo hicieras!

—Ya te hablé de mi enamoramiento con ese profesor de química con cara de sapo, el señor Lorax —insiste Stacy, con la nariz ligeramente pecosa retorciéndose de solo recordarlo—. Tenía como sesenta años, por lo menos. Y te conté cómo besé a mi primo.

—Me parece bien —digo—, y asqueroso en los dos casos. Pero de verdad, no pasó nada entre el Sr. Nikolaev y yo.

Finjo rebuscar en el fondo de la caja de patatas fritas, a la caza de alguna papa olvidada e ignorando la mirada fulminante de Stacy.

Sin embargo, cuando alzo la vista, la mirada desaparece. La sustituye una inclinación de cabeza de total inocencia. —Entonces puedes contármelo, ¿no? ¿Qué pasó exactamente?

—Bien.

Suspiro. Es extraño. Stacy no suele ser tan insistente. Pero es mi mejor amiga y tiene que trabajar con el tipo, así que...

—Simplemente no quiero que pienses lo que no es. El Sr. Nikolaev y yo solo hablamos. No es

gran cosa.

—¿Excepto...? —presiona Stacy.

Le robo una patata frita y me la meto en la boca. Stacy ni siquiera se da cuenta. Sigue mirándome con expectación inquebrantable. Quizá solo quiere distraerse de lo que está pasando con su madre. En ese caso, no puedo culparla.

Suspiro. —De acuerdo. Excepto que... siento una vibra rara.

—¿Una vibra rara, como si quisiera arrancarte la ropa allí mismo y hacerte el amor delante de todo el público? —ofrece Stacy encantada. Su mirada se ilumina y aplaude.

Entierro la cara entre las manos. —¿Podrías callarte? —gracias a Dios, los niños del parque gritan demasiado alto para escuchar su explicación de los pájaros y las abejas.

—¡Dios mío, tengo razón! —grazna—. Vale, ahora tienes que contármelo todo. ¿Qué te ha dicho?

—Ya te lo dije: no mucho —respondo—. Más que nada, charlamos. Qué bebida quería, cosas así.

—¿Y qué pasó con su chaqueta?

—Vio que tenía frío y... Espera un momento —me apresuro a decir. Hasta ahora, esta conversación va por un camino que no me entusiasma—. Podría haber sido solo una prueba. Para ver si me dejaba llevar y le seguía el juego...

Stacy resopla y mi teoría se marchita en la vid.

—Vamos, Han —dice ella—. ¿No estás exagerando?

—Quizá —admito—. Pero honestamente no importa. Porque, incluso si estuviera tratando de hacer un movimiento o algo así, no sucederá nada. Lo dije una vez y lo diré de nuevo: no lo haré.

No de nuevo.

Stacy finge un gran bostezo mientras empieza a reajustarse la coleta, aunque a mí me parece perfecta. —Sinceramente, cómo no te quedas dormida a mitad del día por tu propia torpeza me supera.

—Zorra —refunfuño, aunque sonrío.

Burlarse, a veces con dureza, es la forma en que Stacy me demuestra que me ama. Aunque, quizá estoy siendo paranoica o estoy privada de sueño... pero hay algo más en toda esta noche, no sé, algo *sobre* Stacy. Como si no fuera ella, sino una doble de ella enviada para interrogarme sobre algo sin sentido.

—Aburrida —replica.

Comemos un rato en silencio. —Por cierto, ¿cómo está tu madre? —le pregunto.

Al principio, Stacy se queda callada. —Ella está... ya sabes. No está bien. No te hacen quimioterapia porque tengas una salud perfecta —pica las patatas fritas que le quedan, pero no

hace ningún movimiento para coger una. Sigue acomodándolas una y otra vez, como si eso fuera a poner orden en su caótica vida.

Me acerco para apretar su mano. —Lo siento mucho, Stace.

Ella solo asiente un poco, pero no dice nada.

No la culpo. Porque, en realidad, ¿qué puede decir? ¿Qué podría decir nadie? Nada más que mierda obvia y trillada, que Stacy probablemente ya escuchó un millón de veces. Cosas que la gente solo dice porque no se les ocurre nada más.

¿Cómo lo llevas? Si necesitas algo, dímelo...

Estoy segura de que saldrá adelante.

Mantente fuerte, es una luchadora...

Cuando mi madre se marchó a Australia sin avisar ni demostrar que le molestara dejarme atrás, algunos familiares y amigos intentaron compadecerse de mí, o disimular con optimismo el hecho de que era una mierda.

Nada de eso funcionó.

Hay cosas para las que todas las palabras son inútiles.

Como si leyera mis pensamientos morbosos, Stacy se aclara la garganta. —De todos modos, los médicos creen que necesitará aún más tratamiento de lo esperado, así que...

—Necesitarás mucho dinero —asiento. Casi siento alivio. Con esto sí que puedo ayudarla—. Me aseguraré de programarte todos los viernes, sábados y domingos. Incluso más, si quieres.

Stacy se muerde el labio rosa brillante, aunque su rostro resplandece. Algo parpadea en ella: ¿culpa? No tiene sentido. Debo de estar cansada. Estoy empezando a alucinar.

—No tienes por qué hacerlo —dice mansamente.

Le vuelvo a apretar la mano. —Vamos. Eres mi mejor amiga. Déjame ayudarte.

Sentadas ahí, una al lado de la otra, quiero abrazarla. Quiero decir todas esas cosas trilladas, aunque sé que no funcionan. Haría cualquier cosa para mejorar las cosas de algún modo.

Pero apenas abro la boca, Stacy ya ha recogido su bandeja.

—De todos modos, deberíamos ir a trabajar —dice, levantándose—. Otra noche increíble en el mundialmente famoso Eleganza —me toca la cadera al pasar.

—Todavía no es mundialmente famoso. Aunque estoy trabajando en ello.

Aunque Stacy no estuvo en el trabajo las últimas noches porque estaba visitando a su madre, sabe lo bien que estuvieron. Incluso ahora, una parte de mí todavía no puede creerlo. Este loco trabajo mío podría estar funcionando.

Funciona mejor que el anterior, al menos.

Después de recoger las bandejas, Stacy y yo volvemos al club. Hablamos del último modelito de

Stacy, un vestido gris marengo hasta el muslo, con algunos cortes estratégicos.

—...Solo digo que te hace parecer una modelo sueca —le digo—. Debes haber pagado una fortuna por él.

—Lo conseguí en oferta, en realidad.

—Mentirosa.

—¡No te miento! Pero, si empiezas con esa tontería de ayudarme a amortizarlo como un gasto empresarial, me voy a volver loca.

Su tono es tan normal como siempre, pero hay algo en su reacción que *no encaja*.

Si fuera cualquier otra, pensaría que es demasiado orgullosa para aceptar ayuda. Pero Stacy no es así. De niña, mi madre solía preparar dos almuerzos: uno para mí y otro para Stacy. Más tarde, cuando Stacy no tenía trabajo, me dejaba pagarle la entrada a un club o al cine.

Pero no esto.

¿Esto, sea lo que sea? Es diferente.

HANNAH

Apenas hemos dado dos pasos por la puerta principal de Eleganza cuando un hombre moreno con una sonrisa nerviosa y la barbilla hendida se nos acerca a grandes zancadas.

—El jefe quiere hablar contigo en su despacho, Srta. Hall —me dice.

Apenas me contengo de soltar un: *¿Conmigo? ¿Para qué?*

Una mirada extraña parece pasar del hombre a Stacy. Pero, cuando la miro, me lanza un guiño socarrón. Casi puedo oír sus pensamientos: *Tiempo a solas con el Sexy Sr. Jefe.*

—Buena suerte —es todo lo que dice mientras se marcha.

—¿La necesito? —bromeo con el hombre.

Suelta una risita, aunque no parece humorística. Es más bien como meter gravilla en una batidora, en realidad.

—La suerte no te ayudará con el Sr. Nikolaev —dice—. Mejor reza. E incluso eso podría no funcionar.

—Es bueno saberlo —murmuro—. Gracias.

Sin esperar a ver si lo sigo, se da la vuelta y se dirige a la escalera, riendo otra vez por lo bajo, como si pensara que acaba de ocurrir algo muy gracioso.

Por lo menos él se divierte.

Esto es lo último que necesito para empezar mi turno. Lo que necesito es mantener la calma. Seguir con mi juego. No es gran cosa, de todos modos, ¿verdad? Solo una reunión con mi jefe.

Mi jefe sexy.

Mi despampanante y sexy jefe, que hace que mi cerebro se derrita como avena cocida

—¿Me sigues? —dice el hombre desde la mitad de la escalera.

Sonrío lo más normal que puedo. —Voy para allá. Solo quería darte ventaja para que fuera una carrera justa.

Se ríe. —Por cierto, soy Demyan —me dice cuando subo con él las escaleras. Me ofrece una

mano morena cubierta de cicatrices y tatuajes.

—Hannah.

—Lo sé —su palma está sudorosa, aunque su sacudón es firme—. He oído cosas buenas ti, cortesía del hombre de arriba.

Hay algo en la forma en que lo dice que hace estragos en mí. —Ah, ¿sí? Conocí al Sr. Nikolaev el otro día.

Demyan solo esboza otra sonrisa que no consigo descifrar. Luego, vuelve a girarse y seguimos subiendo por la Escalera Prohibida.

Mis tacones repiquetean y resuenan demasiado fuerte en los escalones metálicos. El aire frío de nuestro aire acondicionado me congela el sudor de la nuca, y la piel de gallina me recorre los brazos.

No pienses en ello, me digo por dentro con una voz extremadamente severa. *No pienses en nada*.

No sobre la última vez que nos tocamos.

No sobre cómo las bragas que llevo combinan con mi sujetador y cómo ambas prendas son demasiado de encaje y rojas para una chica que no tiene a nadie en particular en mente.

Ni siquiera sobre cómo, ahora que lo pienso, hasta la sonrisa de Demyan parece saber algo que yo misma aún no he llegado a aceptar.

Las escaleras conducen a una única puerta de madera oscura, con una manilla de plata grabada. Abre la puerta y me hace señas para que entre. Nuestras miradas se cruzan y espero a que él entre primero. Pero se limita a hacerme otro gesto para pasar, sin dejar de sonreír.

Unos pasos y ya estoy allí, de pie en el centro del despacho del Sr. Nikolaev.

Es todo madera oscura, humo de puro y almizcle varonil, aunque creo que el último aroma le pertenece a él y no a la habitación en sí.

El hombre está sentado detrás de su escritorio, con los pies en alto, totalmente relajado. Mirándome.

No estoy nada a gusto. No con la forma en que me mira, demasiado íntima, como una mano que recorre la parte baja de mi espalda. Sus ojos entrecerrados logran ser críticos y complacientes a la vez.

—Puedes dejarnos, Demyan —dice. Sin más, Demyan desaparece. Sin él, me siento más vulnerable de lo que debería.

Solo es tu jefe, Han. Tu jefe sexy.

Allí de pie, una extraña compulsión al balbuceo se enfrenta a otra igualmente extraña de callarme.

Intento dividir la diferencia del modo más informal posible. —Entonces, Demyan ¿es colega o copropietario?

El Sr. Nikolaev deja que se haga el silencio y me mira durante unos segundos más.

Solo han pasado unos instantes desde que entré aquí y, sin embargo, ya me siento abrumada. Como si todo lo que hiciera no fuera más que una reacción nerviosa. Como si estuviera dos pasos por detrás, completamente impotente.

Como si su presencia llenara la habitación, y es todo lo que puedo hacer para obligarme a no inventar alguna excusa inverosímil y salir corriendo.

—¿Así es como me saludas? —pregunta con ligereza—. ¿Con una pregunta sobre otro hombre?

—Lo siento —me sonrojo con fuerza contra mi voluntad—. Me alegro de verlo, Sr. Nikolaev. ¿Cómo está?

—Estoy bien —responde amablemente—. ¿Y tú?

—Bien. Estupenda. Excelente. Han sido unos buenos primeros días.

—Sí. Quería hablar de eso —señala la silla que tiene delante—. Siéntate.

Hago una pausa. Es obviamente ridículo que hacer algo tan simple como sentarse en una silla parezca un paso más en este camino que no puedo evitar tomar hacia un sitio al que no quiero ir.

Gavriil enarca una ceja. Como diciendo: *¿Vas a intentar desafiarme tan pronto?*

Frunzo el ceño y me siento, con el corazón encogido.

—¿Por qué crees que estás aquí? —pregunta con paciencia, como un profesor a un alumno estúpido.

—No lo sé —le digo con franqueza—. Todo nuestro personal llega a tiempo y con el uniforme adecuado, nuestros suministros están completos, y cada noche es un éxito financiero.

—Todas las noches son un éxito financiero —repite con una leve sonrisa, como si yo hubiera contado un chiste lamentable—. Dime, Hannah: ¿en qué sentido una noche puede calificarse de éxito financiero, si los beneficios ni siquiera igualan los de la noche anterior?

Lo miro sin comprender. El tono agradable no concuerda con el brillo duro de sus ojos. O la sensación que tengo de que, de algún modo, nada de esto tiene que ver con los beneficios.

—No se puede negar que se ha ralentizado —prosigue con suavidad.

—Yo… —empiezo.

Pero ya me está cortando. —¿O es que aspirar a tener la casa llena cada noche está fuera de nuestro alcance?

—No, pero...

—No te contraté para que me vinieras con “peros” —gruñe—. El objetivo de un negocio es generar ingresos. Ese, en esencia, es tu trabajo: hacerme ganar dinero.

—Sr. Nikol...

—Aunque admito que nuestra primera noche fue buena, precisamente por eso no podemos

permitirnos bajar el ritmo ni aflojar en las siguientes. Perder demasiado impulso no es algo que podamos cambiar. ¿Cierto?

Su tono es tan frío como el cristal, y su ceño fruncido aún más. Sus ojos oscuros se clavan en mí, como si se preguntara por qué no le respondí ya. Como si no me hubiera interrumpido cada vez que intenté decir algo.

Y, por primera vez desde que entré aquí, siento algo más que miedo e incertidumbre.

Me siento *furiosa*.

Mis puños se hacen bola a mis lados. A la mierda con esto. ¿El Sr. Nikolaev por fin quiere saber lo que pienso?

Bueno. Se lo diré.

—Te estoy haciendo ganar dinero a manos llenas —digo con mi tono frío y mi sonrisa—. ¿Casa llena? La tuvimos anoche, un martes. Teníamos una fila fuera y alrededor de la manzana. Un *martes*. Todas las noches de la semana tuvimos la misma afluencia que en Nochevieja. Trabajo doce horas al día para conseguirlo.

—No quiero excusas —se levanta y se inclina, tan cerca que siento la cálida caricia de su aliento en mis labios—. Quiero resultados.

Trago saliva. *Dios, está tan cerca. Tan cerca como para...*

—Dime, entonces: ¿qué te gustaría que hiciera?

—¿No te pago para que pienses en estas cosas? ¿No eres tú la experta?

—Déjame que le cuente lo que ya estamos haciendo. Contratamos a *influencers* para popularizarnos en las redes sociales. Lanzamos ofertas de bebidas a través de códigos de texto a clientes recurrentes. Incluso tenemos equipos de calle pegando carteles en los putos postes telefónicos, ¿bien? Así que, por favor, dígame qué me falta exactamente para que este club cumpla sus malditos estándares imposibles.

—Parece que me estás diciendo que no es posible mejorar.

—Sí —respondo—. El club no puede tener más éxito.

—No —dice simplemente—. Te equivocas. Quizás necesites algo más... convincente.

La lentitud de su última palabra y sus ojos hambrientos son la gota que colma el vaso.

Estallo.

—*No* —me fuerzo a alejarme y me pongo en pie, de modo que nos miramos fijamente a los ojos —. No necesito más convencimiento. Para darle lo que quiere, necesito un puto *milagro*. Aparte de ofrecer alcohol gratis o putas o simplemente magia, no conseguirá que venga más gente aquí entre semana. Porque, lo siento, me dejé el sombrero de bruja en casa.

Cuando termino mi mini berrinche, estoy que echo humo. Prácticamente puedo sentir el vapor saliendo de mis oídos.

Pero mis palabras no tienen ningún efecto. Su ceño irónico sigue fruncido, imperturbable, inamovible.

Cara a cara así, es todavía más guapo. Por no decir exasperante.

Que se joda el Sr. Nikolaev.

Y a la mierda la profesionalidad. Aunque eso se fue por la ventana hace mucho tiempo. No solo en mi lado de las cosas. La forma en que me está mirando en este momento está lo más lejos posible de lo "profesional".

Se levanta y se pasea alrededor de su escritorio, acorta la distancia entre nosotros. Me quedo mirando hacia el frente mientras él revolotea como una pantera. Lo siento detrás de mí.

Tan cerca, pero...

El calor me atraviesa. ¿Ira? ¿Curiosidad? ¿Ambas?

¿Quién sabe?

—¿*Así* es como hablas a tus superiores? —dice con voz ronca y baja.

Me doy vuelta para mirarlo fijamente. —Puede que sea mi jefe, pero seguro que no mi superior. Y... —me quedo sin palabras bajo esa mirada.

Dominio líquido y oscuro, con un leve y exasperante toque divertido. Y, más que nada, pura lujuria sin adulterar.

Lujuria que no permite otra cosa que la sumisión total. Lujuria que aturde mi cerebro congelado.

Observo, como si fuera espectadora y protagonista a la vez, preguntándome qué demonios ocurrirá a continuación.

Su mano baja hasta rozarme el muslo desnudo, justo por debajo del dobladillo del vestido. Me pongo rígida, demasiado aturdida para hablar.

Se arrastra penosamente despacio...

¿Por qué no lo detengo?

...sobre mi muslo, más alto, y más alto, y...

¡¿Por qué no lo detengo?!

... y más alto, hasta que…

—¿Qué est...?

Me pone un dedo en los labios. —Se acabó el tiempo de hablar —su otra mano vuelve a acariciarme el muslo. El calor inunda todo mi cuerpo. Borra todos mis pensamientos. Su voz es una orden que mi cuerpo obedece por instinto—. Dime que pare y lo haré.

El problema es que "parar" parece de repente una palabra extraña. Todas las palabras parecen extrañas.

Todo lo que hay es la caricia de su mano, cada vez más alta y...

Lo agarro de nuevo.

Mierda. No recuerdo haber estado tan caliente sin haber hecho nada. Quizá sea su olor, su almizcle, que me obstruye el cerebro.

Su voz es profunda y burlona cuando vuelve a hablar. —Vamos. Dímelo —otra caricia. Me trago un gemido. —O no.

Me observa y sonríe de una forma que me hace querer abofetearlo y arrodillarme y entregarme a él al mismo tiempo.

—Déjame seguir —dice suavemente, con las yemas de los dedos enganchadas en el borde de gasa de mi vestido azul marino—. Y te daré la mejor liberación de tu vida.

La mejor liberación...

Tan caliente, se siente tan bien, excepto que…

Le arranco la mano. —Que te jodan.

Ladea la cabeza, como si fuera una oferta que le interesara aceptarme. Dios, tengo que salir, alejarme antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

Doy una zancada hacia la puerta y vuelvo a acomodar el vestido en su sitio. No miro atrás. No me atrevo.

Ambos sabemos lo que pasará si lo hago.

—Eso —le digo a la puerta de madera oscura con el picaporte plateado—, no volverá a ocurrir —todavía puedo sentir sus ojos clavándose en mi nuca.

Abro la puerta. Su voz resuena detrás de mí, fría y clara. —Quiero más ingresos, Srta. Hall. Haz que eso pase.

Aprieto los dientes. Doy un portazo detrás de mí.

Bajar las escaleras lo más rápido que puedo sin romperme el culo me hace sentir como cuando era pequeña y corría del baño a la cama a altas horas de la noche, con miedo a la oscuridad y a los monstruos.

Sin embargo, la ira que surge en mí no es lo único caliente e insatisfecho.

Y lo que temo ahora acecha en un tipo diferente de oscuridad.

GAVRIIL

Permanezco de pie en mi despacho unos largos instantes después de que Hannah se marche, con las manos entrelazadas, los dientes apretados y la polla tiesa.

Quiero abrir la puerta de golpe, ir tras ella y... ¿luego qué? ¿Follarme a mi empleada en medio del club con otros empleados y clientes mirando?

No seas tonto.

Me obligo a volver a mi sillón de cuero.

Me ajusto una y otra vez, pero nada cambiará el hecho de que mi polla está dolorosamente dura.

La verdad es que pasó demasiado tiempo desde que tuve una buena liberación.

El trabajo es prioritario desde que llegamos a Boston. Vine a conquistar, no a follar, y necesitamos todo el dinero y el poder que podamos conseguir si queremos cortarles la cuerda a los irlandeses como planeamos.

Principalmente porque, desde el enfrentamiento sorpresa en el bar clandestino, se han vuelto a callar. Pero Bastien tenía razón.

No se esconden.

Esperan.

Por desgracia para ellos, yo ya no espero más.

Ya tengo a Bastien haciendo que nuestros hombres olfateen dónde se esconden, enviando patrullas adicionales a nuevas horas y en nuevos lugares. Aún no hay pistas, pero es solo cuestión de tiempo. Y, cuando eso ocurra, mataré a Patrick McNulty y todo lo que aprecia.

Preferiblemente, con mis propias manos.

Me viene a la cabeza la imagen de Hannah de minutos antes: sus labios rosados haciendo pucheros de frustración y de deseo. Su mirada azul enredada en la mía. Su cuerpo temblando bajo las yemas de mis dedos.

Se me cierran los ojos y se me retuerce la polla.

Cojo el teléfono y me detengo. Podría llamar a cualquiera entre una docena de hermosas y

dispuestas acompañantes, princesas de la mafia o ricas herederas que vinieran a chupármela hasta dejar de pensar en la fogosa chica que acaba de salir furiosa de mi despacho.

Pero no quiero a ninguna de ellas.

La quiero a *ella*.

Cierro los ojos, libero mi polla y empiezo a acariciarla mientras imagino qué habría pasado si hubiera cedido a esa tentación. Lo húmeda y caliente que se sentiría bajo mis dedos. Cómo me llegarían sus gemidos al oído cuando la inclinara sobre el escritorio y la penetrara. Cómo sabría en mis labios cuando la devorara.

Entonces, abro los ojos y... frunzo el ceño.

Aquí estoy, en mi maldita oficina, masturbándome, pensando en una mujer cualquiera, como un puto niño de doce años. Ni siquiera recuerdo la última vez que hice algo tan vergonzoso.

Pero sus últimas palabras todavía resuenan en mis oídos. *Eso... no volverá a ocurrir.*

Me arreglo la ropa y me levanto con el inicio de una sonrisa.

Eso me suena a reto.

~

DURANTE LOS DÍAS SIGUIENTES, me refugio en mi despacho, encima de Eleganza, para centrarme en encontrar a los irlandeses y fortalecernos en Boston.

Reclutar siempre es un fastidio, pero es necesario. No todo el mundo está hecho para unirse a la Bratva. No acepto idiotas imprudentes. No acepto niños. No acepto hombres por los que nadie pueda responder.

Algo que nos enseñó mi padre: *Una casa es tan buena como los ladrillos con los que está construida*. Estos soldados son mis ladrillos y, poco a poco, estamos construyendo un imperio. No toleraré un punto débil.

Dmitry ha enviado otro puñado de hombres buenos para reforzar nuestro frente.

Estos hombres no son débiles en ningún sentido de la palabra. Son guerreros Bratva curtidos en batalla. Saben lo que significa la guerra. Tienen hambre de ella.

Pronto soltaré a toda la manada de lobos.

Pero todo ese trabajo no disminuye el hilo constante de parloteo que corre por el fondo de mi cabeza en todo momento. *Hannah.*

Intento convertir eso en trabajo, diciéndome a mí mismo que solo me preocupo por ella por lo que significa para el negocio. Eleganza podría ser mi gallinita de los huevos de oro, y ella ha tenido mucho que ver en ello. Debería decirle que lo hizo bien.

La última vez le molestó que le dijera cómo hacer su trabajo. Algo me dice que hacerle un cumplido después de eso le molestaría igual.

Eso me hace sonreír.

Me acerco a la ventana y miro hacia fuera. El cristal unidireccional da al espacio principal del club. Los camareros zumban en constante movimiento. Las luces azules y las relucientes lámparas de araña iluminan a la multitud que baila, bebe y, sobre todo, gasta.

Y ahí, en medio de todo, está ella.

Desde arriba puedo ver un tentador escote en su blusa azul. Ni un solo pelo color miel de su coleta fuera de lugar. Mientras dirige el tráfico y apaga fuegos, noto la suavidad de sus gestos, la confianza.

Mi polla se flexiona. Podría bajar a verla trabajar, solo para verla ponerse nerviosa. O podría llamarla a mi oficina y ponerla cachonda otra vez.

Una sonrisa se dibuja en mi cara. "*Nunca*", me dijo. Lástima que no le crea. Sé que estuvimos a un beso de follar como conejos. A un beso de que cediera a lo que todos sabemos que quiere.

Lo sé desde el primer momento en que la vi: es *mía*.

Y si todavía no lo acepta, pues... lo hará. Con el tiempo.

Me alejo de la ventana con el ceño fruncido. Necesito controlar estos pensamientos desenfrenados. Después de lo que pasó hace tantos años, el diablo sabe que entiendo el precio de involucrarse demasiado.

Salgo de mi despacho sin volver a mirar por la ventana.

Pero cuando llego abajo, se ha ido. No está en el bar ni en la pista de baile, ni en ningún sitio que pueda ver.

Debe haber bajado las escaleras, entonces. Al almacén.

Como pensé, allí, en las frías profundidades de cemento, la encuentro. Está tranquilo aquí abajo. Silencioso. Está de pie con un lápiz y un portapapeles en la mano, aparentemente inmersa en hacer inventario. No me ve hasta que estoy casi encima de ella.

Cuando por fin lo hace, tiene que reprimir un grito.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta, haciendo lo posible por ocultar su alarma.

—Eso depende.

El sonido de los bajos llama su atención y luego desvía la mirada hacia mí. —¿Supongo que no notó que el club estaba lleno, de camino aquí? ¿O quizá ganar otros cien mil dólares en una noche no es su idea del éxito?

Me encojo de hombros. —Los números siempre pueden subir más, Srta. Hall.

Se cruza de brazos. —¿En serio?

Me acerco un paso más, hasta que nuestros pechos casi se tocan. —De verdad. No dudo de tus... capacidades.

—Eso no es lo que dijiste la última vez que hablamos.

Antes de darme cuenta, la agarro y la aprieto contra la pared. —Eres buena —murmuro.

Le brillan los ojos. —Ah, ¿sí? ¿Cómo de buena?

Con una mano, la volteo, la empujo contra la pared y le susurro al oído—: No nos adelantemos.

Ella respira con dificultad y yo también. Mi mano recorre sus curvas, su forma perfecta.

Maldito Cristo. Mi polla está tiesa como un ladrillo, y este cuerpo suyo...

Me empuja, se libera y se dirige a la puerta. Allí se detiene, recuperando el aliento.

—Este trabajo es… importante para mí. Realmente importante, y no puedo permitirme meter la pata. No de nuevo.

—Entonces no lo hagas.

—Creo que no lo entiendes —continúa con frialdad—. Este trabajo no es solo mi fuente de ingresos. Es mi pasión. Me encanta lo que hago. Me encanta ser gerente. Me encanta servir copas y ayudar en la barra cuando hay mucha gente. Me encanta salvar el día cuando hay algo que podría arruinarnos la noche. Me encanta encontrar pequeños arreglos que faciliten el trabajo a la gente que confía en mí —cruza los brazos sobre el pecho—. Y no dejaré que me quites eso, Sr. Nikolaev.

La miro fijamente durante unos largos segundos. Luego, con una voz ronca y oscura, digo—: Cojo lo que quiero, Srta. Hall. Y te aseguro que no serás quien me lo impida.

Parpadea sorprendida, con la mandíbula abierta. —Yo…

—Por suerte para ti —continúo—, no tengo intención de quitarte el trabajo.

Sus puños se relajan, y la expresión feroz de su rostro se suaviza un poco mientras me mira. —¿No? ¿Solo mi dignidad?

—Yo que tú vigilaría tu tono.

—¿O qué?

O te tiraré al suelo y te mostraré lo que ambos supimos que tomaría desde el principio.

Cree que es buena en este juego, y lo irónico es que no se equivoca del todo. Pero no lo suficiente como para saber cuándo parar.

—¿De verdad quieres averiguarlo?

Su mirada lucha contra la mía y pierde, cae. Sus labios se abren. Eso me dice todo lo que necesito saber.

Oh, sí que quiere averiguarlo.

Pero, justo cuando separa los labios, cierra la boca y sacude un poco la cabeza. —Debería irme —murmura—. Esto no puede acabar bien.

—¿No crees en los finales felices?

Sonríe con tristeza. —No me pareces de los de “y vivieron felices para siempre”.

Me río. —No. Ese no soy yo.

Nos miramos fijamente durante otras intensas respiraciones. Dice que debería irse, pero no se va a ningún sitio. Si tuviera que apostar, diría que ahora mismo no podría mover ni un músculo, aunque su vida dependiera de ello.

Al menos, no hasta que el ruido del piso de arriba rompe el hechizo.

Gritos.

Voces furiosas.

El estruendo del caos en ciernes.

—Yo me encargo —le digo. Me apresuro a pasar junto a ella—. Quédate aquí abajo. No te muevas. Es una orden.

Si es algo peligroso, no la quiero cerca. Y si es lo que creo que es, entonces definitivamente es jodidamente peligroso.

Ni siquiera le devuelvo la mirada. Verla encerrada en ese delicioso momento, impotente y cachonda como el demonio... bueno, haría falta un hombre más fuerte que yo para resistirse a eso.

En otra ocasión, terminaré lo que empezamos.

Pero primero, haré que quien esté jodiendo con mi club pague el precio.

HANNAH

Todavía estoy temblando de pies a cabeza después de todo lo que acaba de pasar. Gavriil entró aquí como una tormenta, me tocó, me susurró cosas al oído que harían sonrojar al (inexistente) departamento de Recursos Humanos de Eleganza, y luego volvió a salir furioso.

Sus palabras aún resuenan en mis oídos. *Quédate aquí abajo. No te muevas. Es una orden.*

Pero entonces se oye un estruendo en el piso de arriba y se me desencaja la mandíbula.

De ninguna manera me esconderé aquí abajo a masturbarme mentalmente con la no tan sutil oferta de mi jefe. No mientras mi club está siendo saqueado por idiotas borrachos o algo peor.

Cuando subo las escaleras para echar un vistazo al club, el problema se hace evidente.

Todos los clientes que pueden salen por las puertas. Los que no pueden se aprietan contra las paredes; o aplastados y confundidos, o sobrios y aterrorizados.

El problema, o debería decir los problemas, porque son tres, son ruidoso, malo y feo.

Ruidoso está en la barra, le ruge a Benji. —¡Eh! ¿Es el mejor trago que tienes? Pedí que me dieras lo mejor que tienes, no este orín de caballo —coge el vaso de cerveza que le sirvió Benji y lo lanza contra la pared de detrás de la barra. Explota en el impacto, empapando a todos los empleados de barra en espuma y fragmentos.

Malo hace crujir los nudillos de su mano, del tamaño de un guante de cocina, como un boxeador que se prepara para una pelea.

Feo tiene una cara tan llena de cicatrices y tatuajes que parece sacado de una película de terror, y la mirada que lanza al público junto con una sonrisa psicótica a la que le falta un diente no ayuda mucho.

Tampoco ayuda el hecho de que todos ellos parezcan parientes lejanos del Increíble Hulk.

Nuestros guardias, Johnny y Lowell, ya se acercan a grandes zancadas, con los puños listos para entrar en la riña. Hasta que, de repente, miran por encima de mi hombro y se detienen.

Me doy la vuelta justo a tiempo para ver a Gavriil pasar junto a mí. Su rostro es una máscara de violencia.

Alza la voz y le dice al trío—: Putos irlandeses, será mejor que salgan de mi jodido club ahora

mismo.

Se vuelven hacia él, se callan y fruncen el ceño de una forma que cualquiera con buena vista podría ver que no es una buena señal.

Pero Gavriil usa su propia mirada asesina ahora. La suya me asusta mucho, mucho más.

Y añade—: Antes de que les pase algo muy malo.

Malo gruñe—: Iremos donde nos dé la gana, muchas gracias.

Antes de que pueda terminar la frase, la mano de Gavriil se extiende, rápida como una víbora, y arroja al hombre al suelo. Se le echa encima en un santiamén, con la bota apoyada en la garganta del matón.

Gavriil se inclina para sisearle en la cara—: Te lo pedí amablemente. Si me obligas a pedírtelo otra vez, no seré tan amable.

—Maldito...

—Respuesta equivocada —sin pestañear, Gavriil pisa la cara del hombre. Grita mientras brota sangre y algo cruje. Tengo que reprimir un grito.

Gavriil se da la vuelta y mira a los otros dos. —¿Siguen aquí, idiotas?

No puedo recuperar el aliento. Dios mío. Realmente lo haría. Realmente los mataría.

Solo un completo psicópata intentaría algo después de eso. Pero un destello de movimiento me hace darme cuenta de que Ruidoso está lanzándole un puñetazo a Gavriil.

Va más o menos como cabría esperar.

Hay otro destello de movimiento, otro crujido, y entonces Ruidoso se desploma en el suelo junto a su camarada, con un desastre sangriento donde una vez estuvo su cara.

Me quedo boquiabierta y me mantengo así. Es como si mi cerebro se hubiera apagado y tuviera que recordarme los hechos. Lo que estoy viendo.

Hay tres matones enormes en medio del club.

El que lucha contra ellos es mi jefe, Gavriil Nikolaev. Y yo, yo...

¿Qué estoy haciendo, en realidad? Dios mío, estoy aquí boquiabierta, igual que todos los clientes horrorizados que siguen metidos en todos los escondrijos a su alcance.

Si dejo que se enfrenten, lo sé sin duda: alguien morirá. No puedo quedarme aquí. Tengo que hacer algo.

Obligo a mis piernas a moverse. A cada paso que doy, mi ira se intensifica. ¿Una lucha a muerte en *mi* club?

Oh, *diablos,* no.

Para cuando recupero el sentido, estoy justo entre Gavriil y el último irlandés, con las manos extendidas, todavía aturdida por mi valiente estupidez.

Los irlandeses apestan a licor barato. Pero algo me dice que no son imbéciles borrachos normales. Esto, sea lo que sea esto... Es personal.

Giro para colocarme justo delante de Gavriil, con la mano en su torso. Nuestras miradas se cruzan e ignoro la oleada de sensaciones que me invade. *Sí, esos abdominales están duros como una roca, pero ahora no es el momento*.

—No lo hagas —le susurro—. Por favor.

—Creí haberte dicho que te quedaras abajo —gruñe.

—¿Porque estás manejando esto con mucho tacto? —siseo de vuelta.

—Que imagen tan tierna— dice Feo, el último en pie. Mira a Gavriil por encima de mi hombro —. ¿Le dijiste a tu putita quién eres en realidad?

—Lárgate antes de que llame a la policía —le digo enfadada.

Se ríe en mi cara. —Perra estúpida. Somos los dueños de la policía.

—Yo…

Pero antes de que pueda pensar en mi siguiente movimiento, Gavriil se pone en marcha. Me rodea, agarra a Feo por la cabeza y le golpea el cráneo contra la barra. Se oye un crujido repugnante, aunque Feo no se desploma en un charco como sus dos amigos.

Gavriil se inclina sobre él y le gruñe, lo bastante alto como para que yo escuche—: Te dejo vivir por una sola razón. Para que puedas volver corriendo y decirle a tu jefe que tiene que enviar mejores hombres a sus misiones, a menos que quiera que vuelvan en bolsas para cadáveres. Pero, si vuelvo a oírte llamarla perra, te cortaré los putos huevos y te los meteré en la boca.

Lo suelta, da un paso atrás y se arregla el cabello. —Ahora, arrastren a estos bastardos fuera de mi club.

Johnny y Lowell, los porteros, se adelantan y empiezan a arrastrar a los tres irlandeses cojos por la salida trasera. Observo con mudo horror hasta que desaparecen.

No me doy cuenta de que estuve aguantando la respiración hasta que me relajo. Se han ido.

Gracias a Dios.

Me vuelvo hacia Gavriil. —¿Qué demonios...?

Pasa a mi lado. —Ahora no.

Lo sigo hasta la puerta. —¡Tiene que ser ahora! Tengo un club que dirigir, y tienes que decirme qué está pasando...

Se me escapan las palabras cuando Gavriil me agarra y me arrastra por el pasillo que conduce a la rampa de reparto. Su olor llena mis fosas nasales: sudor, sangre y ese almizcle que me produce un cosquilleo en los labios.

—Escúchame —me dice con voz ronca al oído mientras me abraza con más fuerza—. No tengo que hacer nada. Tú trabajas para mí. ¿Entiendes?

—Yo...

Pero no puedo hablar. Las palabras me fallan literalmente ahora mismo, como si el concepto de lenguaje oral hubiera dejado la ciudad.

—Ah, ¿y Hannah? —Gavriil acerca su cara a la mía para que no quepa duda de la expresión de su rostro. Puro vicio. Pura violencia—. Nunca vuelvas a interponerte entre mis enemigos y yo.

Trago saliva, tratando de fulminarlo con la mirada, tratando de forzar la boca para responderle algo.

—Deberías volver al club —dice, de pronto cansado y casi triste—. Si alguien puede arreglar la mierda que dejaron esos idiotas, eres tú.

Por fin encuentro mi voz. —Gavriil —digo—. ¡Gavriil!

Pero vuelve por el pasillo y no se detiene. —Buenas noches, Srta. Hall.

HANNAH

Lo miro hasta que desaparece al doblar una esquina. Me cuesta no correr tras él. Dondequiera que vaya, lo que sea que esté haciendo ahora, no es asunto mío. Por mucho que odie admitirlo, Gavriil tiene razón: dirigir el club es mi asunto.

¿Esto? ¿Romper caras, tener "enemigos"? Ese no es mi mundo. Esa no es mi vida.

Respiro, me armo de valor y me apresuro a entrar. En un rincón, Stacy atiende a alguien con la nariz ensangrentada. Hay un puñado de personas aterrorizadas que siguen cotilleando en las esquinas, como si tuvieran demasiado miedo de abandonarlas.

Menudos aguafiestas.

—¡Nuestras disculpas a todos! —anuncio, con más tranquilidad de la que siento—. ¡La competencia no acepta un no por respuesta!

Solo Stacy se ríe obedientemente de mi horrible broma. Aunque todos aplauden cuando añado—: ¡Una ronda gratis por cuenta de la casa!

Y así, las pocas personas que quedan acuden de nuevo al bar. Supongo que basta con un poco de alcohol gratis para que la gente tenga amnesia temporal e ignoren que han visto cómo se desataba la locura.

Normalmente, con las peleas que he visto, la gente puede mantener un poco la distancia, pero no pueden evitar mirar.

Esto fue... diferente.

Había una extraña efervescencia en el aire, que probablemente nadie podría explicar si intentara definirlo, pero que indicaba de forma incontrovertible que era algo real.

Esto era la guerra.

Y el hombre en medio de todo es mi jefe...

Detengo ese pensamiento en seco, porque no va a ninguna parte buena y va rápido. *Tienes que hacer algo, Hannah. Lo que sea.* Así que salgo para ver si puedo reunir a alguno de nuestros clientes en el proceso de marcharse con la promesa de bebidas gratis.

Aproximadamente la mitad de los rezagados con los que hablo acaban volviendo. La mayoría de

los demás ya estaban subiendo a taxis o Uber y me ignoran. Mejor algunos que ninguno, supongo.

De vuelta en el interior, tardo solo dos segundos en ver otro problema que pasé por alto: Benji se ha ido.

Voy a buscarlo y lo encuentro en el baño del personal, con la cara roja y nervioso.

—Que loco, ¿eh? —es todo lo que se me ocurre decir—. ¿Estás bien?

La sonrisa ni siquiera llega a sus mejillas, mucho menos a los ojos. —La verdad es que no.

—Lo siento mucho —digo—. Eso fue una mierda aterradora. ¿Quieres que me encargue? Seguirás cobrando la noche. O, si puedes arreglártelas, me aseguraré de que te paguen el doble.

Benji se echa agua en la cara, exhala y dice—: Puedo hacerlo.

Le doy una palmada de satisfacción mientras nos dirigimos a la barra, ya abarrotada de clientes expectantes. —Estupendo. Si necesitas algo, dímelo. Primero voy a ver algo, pero vuelvo enseguida.

Mientras continúa detrás de la barra, hago una pausa. La última parte se me escapó. No tenía pensado volver a ese pasillo y, sin embargo, algo en él me atrae.

Ya debería saberlo.

Parece que no. Porque mis instintos siguen llevándome hacia los problemas, y yo sigo haciéndoles caso de todos modos.

El pasillo está vacío y oscuro. Una luz fluorescente parpadea intermitentemente. Y al final está la puerta de la rampa de reparto. Me doy cuenta de que está enrollada unos dos tercios. No estaba abierta cuando Gavriil y yo estuvimos aquí, no hace mucho.

Y el callejón de más allá no estaba ocupado.

Ahora, sin embargo, lo está. Escucho algo más allá de la abertura.

Una cosa es evidente: es una mala idea. Mis sentidos se agudizan, mis músculos se tensan de una manera que significa que estoy lista para correr en cualquier momento.

Debería dar media vuelta.

Sin embargo, no lo hago.

Tengo que saberlo. Aunque no quiera, necesito saberlo. Necesito alejar las justificaciones que se forman en mi cabeza. *No es violento, solo fue un malentendido...*

Me arrastro por el pasillo. Un pie delante del otro. Tengo la respiración entrecortada.

Las palmas de las manos sudorosas, la piel erizada.

Lo escucho antes de verlo.

Carne sobre carne.

Metal sobre hueso.

Los gemidos de alguien que sufre mucho.

Paso por debajo de la puerta, giro por el callejón y me detengo.

Una única luz esparce rayos alucinantes sobre la escena. Una mirada, y todas las mentiras que giran furiosamente en mi cabeza se congelan ante lo que veo.

No es violento; solo fue un malentendido, y...

Ay, Dios.

Ahí está. Gavriil. Si no es violento, entonces aparentemente no conozco el significado de la palabra, porque golpea a los tres irlandeses con una ferocidad que no proviene de ningún malentendido.

De repente, el aire es más claro aquí.

Por fin entiendo al hombre que tengo delante. Lo que él es.

... Y lo que nunca podré tener.

Cada una de las palabras gruñidas de Gavriil es subrayada con un golpe de su puño.

—Nunca —*golpe*—. Más —*golpe*—. Vengan —*golpe*—. Aquí.

Sus rostros son masas ensangrentadas, casi irreconocibles. Incluso los sonidos que emiten ya no parecen humanos.

Doy un paso atrás. En mi cabeza suena una sirena que me dice que me gire y corra, que huya cueste lo que cueste. Antes de que sea demasiado tarde.

Pero no consigo que mis pies se muevan. O que mi mente lo acepte.

No puedo irme así. Tengo que hacer algo, decir algo. Si dejo que siga así, los matará.

Fuerzo las palabras en un graznido. —Gavriil...

Su puño se detiene en el aire.

Me mira por encima del hombro, e instintivamente retrocedo unos pasos. Dios, esa cara, esos ojos... Nunca había visto una furia animal como esa.

—Te dije que te fueras —sisea.

—No puedo —me sorprende la claridad de mi voz, pues todo mi cuerpo tiembla como una hoja —. Por favor, para.

Me fulmina con la mirada. Los tres irlandeses ensangrentados aprovechan la pausa para reponerse y alejarse tambaleándose.

Gavriil aparta los ojos de mí y los ve desaparecer. Observo su perfil en la oscuridad, y me pregunto qué demonios estoy haciendo.

Ahora que los hombres se han ido, es como si el hechizo se hubiera disipado. Lo que me obligó a venir aquí e intervenir se desvaneció. Ahora, es solo la vieja Hannah, aterrorizada y fuera de su elemento.

Tengo que irme, lo antes posible.

Antes de que se vuelva hacia mí y recuerde que estoy aquí y..., bueno, mejor no terminar esa frase.

Voy tan rápido como puedo con mis tacones y entro en el club. Allí estaré segura. Más segura, al menos. Gavriil no intentaría nada importante en público, con testigos y clientes alrededor, ¿verdad?

Lanzo una carcajada. Jesús, ¿a quién demonios estoy engañando? Les dio una paliza a esos tres hombres delante de una multitud. ¿Qué le impediría descargar su rabia contra mí aquí y ahora?

Agacho la cabeza y voy más rápido. No me atrevo a mirar por encima del hombro para ver si me sigue.

Cuando vuelvo a entrar en el espacio principal del club, las luces azules y blancas envuelven mi vista. Ritmos de música techno demasiado fuertes bombardean mis oídos. El ambientador de vainilla me revuelve el estómago.

Necesito pensar racionalmente ahora mismo. *Piensa, Han*. Me obligo a apoyarme en el otro extremo de la barra y a intentar respirar con normalidad. Sobre todo, me obligo a no mirar boquiabierta a las puertas como si la muerte pudiera atravesarlas en cualquier momento.

Si Gavriil no quisiera que hablara de lo que acabo de ver, ¿qué haría para asegurarlo?

Si viene y me saca de aquí, ¿alguien lo detendrá? ¿Hay alguien lo bastante valiente para salvarme?

Si está lo suficientemente enfadado para...

Alguien me agarra del brazo por detrás y me suelto, tambaleándome unos pasos y levantando los puños para luchar por mi vida.

—Vaya, ¿estás muy nerviosa? —la sonrisa de Stacy se disuelve—. No es que pueda culparte. Quiero decir, ¿qué carajo pasó?

Me quedo allí unos segundos mientras mi corazón se calma de los mil latidos por minuto. *Qué carajo* ni siquiera empieza a cubrirlo.

—¿Han? —Stacy me mira como si comprobara si hay daños—. ¿Estás bien?

—En realidad, no —consigo decir—. No. Creo que acabo de ver... quiero decir, al Sr. Nikolaev...

—Me gustaría hablar contigo —interrumpe Gavriil con suavidad, abalanzándose de la nada con la mano a mi espalda para dirigirme a un rincón alejado de la sala.

Encontramos un rincón tranquilo y me acerca a él. Demasiado cerca. Lo suficiente para que su sudor y su colonia se mezclen de un modo que me perturba el cerebro.

—No deberías haber visto eso —me dice. Esperaba más rabia asesina, pero lo que recibo en su

lugar es un tono amable, un poco de reprimenda, como si le hablaras a un niño que se coló para echar un vistazo a Papá Noel cuando no debía.

—No me digas —murmuro.

—Nada de eso debería haber pasado. Esos hijos de puta... —sacude la cabeza y hace una pausa, como si me viera por primera vez—. Estás temblando.

Me doy vuelta. Quizá si finjo comprensión, como si no fuera para tanto, me deje en paz.

No. Su brazo me rodea, y el temblor empeora.

—Escúchame. Lo que sea que hayas creído ver, lo que sea que haya pasado esta noche, tienes que saber que nunca te haría daño. Jamás.

Trago saliva. *Di que estás de acuerdo*, me suplica una voz aterrorizada en mi cabeza, *di cualquier cosa. Lo que sea.*

Pero, con todo mi cuerpo desbocado, lo único que puedo hacer es mirarlo.

—Ya lo verás. Las cosas volverán a la normalidad.

Y se dirige a la escalera.

Gracias a Dios.

Respiro unas cuantas veces, lenta, profunda y largamente, como solía hacer antes de un examen para no volverme loca. Aunque lo que acaba de ocurrir parece existir en su propia estratosfera de mierda, las respiraciones profundas consiguen calmarme.

—¿Estás bien? —dice Stacy. Se pone a mi altura—. No parecía enfadado. Contigo, quiero decir.

—No. No creo que lo estuviera.

—Jesús, sin embargo... —Stacy hace una mueca—. No puedo concentrarme ahora. ¿Te importa si me tomo quince solo para recomponerme?

—Puedes tomarte una hora —le digo, caminando con ella hasta un rincón con cojines donde podemos sentarnos—. Te acompaño.

Me hundo en ellos y ella se sienta a mi lado. Durante un rato, no nos miramos, no decimos nada.

Qué podría decir: *Oye, creo que el Sr. Nikolaev puede ser un matón asesino y, por cierto, ¿has visto si hay algo interesante que ver en la televisión esta semana?*

Finalmente, Stacy rompe el silencio—: Así que viste al Sr. Nikolaev hacer de Terminator con esos tipos, ¿verdad?

Trago saliva y exhalo. —Sí, lo vi.

—Loco.

—Muy.

Nos quedamos allí sentadas el resto de la canción, mientras la pista de baile se llena lentamente

de clientes que engullen alcohol gratis. Quizá esta noche está reservada para ellos, pero no para mí.

No hay forma de salvar esta pesadilla.

—Así que crees que es como... —Stacy se calla, aunque es obvio lo que quería decir. Es lo que ambas estamos pensando.

—¿Un mafioso de verdad? —me encojo de hombros, sintiéndome ridícula al decirlo en voz alta, incluso después de lo que vimos—. Eso pareció.

—Mierda —Stacy pone su cabeza en sus manos—. Han, él es nuestro...

—Jefe, lo sé.

—Hablando de eso, ¿qué pasó cuando bajó al sótano cuando hacías el inventario?

Está animada, con la barbilla inclinada hacia abajo y los ojos de largas pestañas un poco bajos en esa expresión suya de "*cuéntalo todo*". Los cotilleos siempre ponen en marcha a Stacy.

—¿Qué pasa con eso?

—Estuvieron solos ahí abajo durante un buen rato.

Alzo las manos. —Vale, me descubriste: tuvimos delicioso y apasionado sexo mafioso antes de que se fuera a dar un buen puñetazo mafioso a la antigua usanza. ¿Ya estás contenta?

Stacy pone los ojos en blanco. —No quise decir eso. Solo... vi cómo te mira. Incluso cuando quería acabar con esos tipos y estaba tan enfadado como para romper ladrillos.

Respiro hondo y la miro a los ojos. —No pasó nada. Nunca pasará nada.

Quiero desesperadamente que me crea, porque ni yo misma me creo. Pero Stacy se ríe y niega con la cabeza. —Olvídalo, Han. Eres la peor mentirosa del mundo.

—Honestamente...

Me interrumpe. —Oye, es tu decisión. Si no quieres decírmelo, no lo hagas.

—Vale, tuvimos un momento —admito—. ¿Realmente tenemos que hablarlo ahora?

Sus ojos se abren de preocupación. —Espera, dime que él no…

—No —suelto—. Por supuesto que no. Que sea un matón no significa que me haya tocado, pero...

Stacy se inclina, emocionada. —¿Cómo fue?

Eléctrico.

Singular.

Como nada que haya sentido antes.

—Bien —digo en cambio, con neutralidad.

Ella se burla. —Gracias, Charles Dickens, ahora lo tengo perfectamente claro.

—No es algo bueno, ¿vale? —replico—. Necesito mantener la cabeza fría. Este es el mejor trabajo que tuve nunca, y no pienso hacer nada que lo estropee. Además, está todo esto del "mafioso violento".

—¿Pero salir con tu jefe no haría, en todo caso, avanzar tu carrera?

Arrugo la nariz. —No y, aunque así fuera, no lo querría. No soy una trepadora.

Stacy suelta una risita. —Una trepadora. Me gusta.

—No avanzaría mi carrera si todo se va al garete, de todos modos —digo—. Aunque afirmó que mi trabajo está a salvo, pase lo que pase entre nosotros.

—Bueno, entonces, ahí lo tienes. Ahora tienes una tarjeta de "fóllate a tu jefe y sal libre".

—No es tan sencillo —argumento sin fuerzas con una rápida mirada a la pista de baile y a la puerta.

Exhalo. No hay ningún Gavriil Nikolaev a la vista. Qué bien. Probablemente esté en su oficina. Con suerte, se quedará allí el resto de la noche. Quizá por el resto de mi vida, si tengo suerte.

—No es sencillo: es *caliente*. Admítelo, Han: el tipo acelera tus motores.

—Yo...

—Lo sabía. Entonces dime: ¿cuál es el problema?

Ahora sí que me río. —¿Aparte de que es posiblemente un mafioso y es definitivamente mi jefe?

—Lo siento —dice Stacy sin disculparse—, es que me pareces simplemente asustada.

—Claro que estoy asustada —digo—. Un hombre como él...

Me detengo. Es demasiado ridículo para decirlo. Como algo sacado de un libro, o una película exagerada. ¿Es un mafioso de verdad? Sé realista.

Incluso dejando eso de lado, él es, como hombre...

Gavriil Nikolaev es el tipo de hombre que toma lo que quiere, cuando quiere y como quiere.

Ay de aquel que se interponga en su camino.

—¿Y tú? —digo, intentando cambiar de tema para salir de la conversación—. Pareces muy tranquila para lo que acaba de pasar.

Stacy se encoge de hombros. —En primer lugar, estoy borracha. Segundo... —sonríe, mordiéndose el labio—. Bueno, bueno, lo voy a soltar. Hay un chico nuevo. Y, antes de que digas otra palabra, no, no te diré nada sobre él. No quiero arriesgarme.

Pongo los ojos en blanco. —¿Porque tenemos doce años y decírmelo sería mala suerte?

—Porque decírselo a *cualquiera* sería de mala suerte.

—Vale, hipócrita misteriosa —refunfuño—. Sácame todos mis secretos y guárdate los tuyos, ¿por qué no?

—Vale —estalla—. Lo conocí aquí en el club. Pero eso es todo lo que diré.

Se me cae la mandíbula. —No será Benji...

—¡No! —chilla—. Dios, no —hace una mueca con los labios—. Ya he dicho todo lo que iba a decir. Mis labios están sellados.

—Bien —me acomodo en el asiento, intentando relajar los hombros todavía tensos—. Como quieras. Aunque seguiré molestándote hasta que te decidas a confesar.

—No esperaba menos.

Le devuelvo la sonrisa, frenando mi mirada justo cuando se escabulle de nuevo hacia la escalera. Es solo autopreservación, intento ver dónde está Gavriil. Hacia dónde se dirige.

Autopreservación.

Eso es todo.

GAVRIIL

—¿Cómo va tu parte, hermano? —le pregunto a Bastien por teléfono mientras camino por Cammings Drive.

Procuro hablar en voz baja. El objetivo de patrullar es pillar a mis enemigos por sorpresa. No tiene sentido ser tan ruidoso como para que hasta las ardillas huyan.

En cualquier caso, esta calle está llena de escaparates ordenados, silenciosos, oscuros.

Aquí no hay nadie más que yo. Como debe ser: son las dos de la puta mañana.

Y esto es territorio Nikolaev.

Me dirijo a la siguiente calle. Todas las tiendas aquí están empequeñecidas por el armatoste art déco de la antigua ópera abandonada.

Hm. Si yo fuera el irlandés y tuviera un concepto equivocado de mi grandeza y la de mis hombres... entonces, ese sería justo el lugar en el que establecería mi acampe.

—Más o menos lo mismo —dice Bastien—. Ni rastro de los irlandeses. Normalmente, pensaría que ni siquiera estaban en la ciudad, excepto que...

—Casi nos matan en el bar la semana pasada —termino por él. Intento abrir la puerta de la ópera con el ceño fruncido. Está cerrada.

Bastien gruñe. Es el sonido que hace cuando piensa. Lo dejo pensar mientras pongo la oreja en la puerta metálica y escucho.

Nada.

A menos que los irlandeses estén allí meditando, poco probable, entonces dudo que estén aquí.

Mi mirada se detiene en una escalera de metal oxidado que rodea el lateral. *Aunque*...

—Esto no me gusta —gruñe Bastien. Suena como si estuviera recargando sus armas.

Así es como libera su estrés. —Nuestro hombre en el interior desapareció. No hay contacto desde ayer por la tarde. Podría significar que se está acercando y no puede arriesgarse a ser descubierto. O podría significar que podríamos recibir una entrega de cuerpo cuando menos lo esperemos.

Me escabullo por la escalera y miro a mi alrededor. Pero una mirada por encima del borde de hormigón del tejado lo deja claro: las sombras que flanquean ambos lados de la calle son solo sombras.

Aquí no hay nadie más que yo.

—¿Nada por tu parte tampoco? —pregunta Bastien.

—Nada —digo volviendo a bajar, decepcionado—. Todavía.

—Ten cuidado —advierte.

—Por supuesto.

—Todavía no estoy particularmente entusiasmado con que patrulles —dice—. Tenemos chicos para hacer eso.

—En tiempos normales, tendrías razón —le digo—. Pero no son tiempos normales. No estos días. No con lo que pasó en el bar.

—Gavriil...

—Basta una mala semilla para que la manzana se pudra desde dentro hacia fuera.

—Poético —dice irónicamente—. Nuestro padre estaría orgulloso.

—Entonces, piensa un plan mejor —respondo mientras me dirijo a otra calle.

Apesta a basura amontonada en la acera. Las aceras están salpicadas de sacos de dormir de indigentes, la mayoría agrupados frente a lo que parece un restaurante chino cerrado.

No es nuestro territorio. No todavía, al menos. Pero no hace daño comprobar las cosas, de todos modos.

—Como bien sabes —añado—, dejo que nuestros hombres hagan sus patrullas normales. Esto es solo un pequeño... seguro extra.

El truco es que cada noche me encargo de una de sus rutas al azar. Solo para que, si uno de mis chicos está siendo pagado por los irlandeses para ignorar lo que pasa en las calles, lo pille.

—¿Pensabas contarme lo que pasó en ese club tuyo la otra noche? —pregunta Bastien, con una voz que indica claramente que esperaba la oportunidad de sacar el tema.

—Te envié un mensaje.

—No mencionaste que eran tres —replica Bastien—. O que les diste una paliza en el callejón.

—Veo que estuviste hablando con Demyan.

—¿No debería haberlo hecho?

—Por supuesto que no. No fue para tanto. No después de haber terminado con ellos.

—*No fue para tanto* —repite—. Montar una escena en nuestro club delante de los clientes y luego perder el control en el callejón, ¿no es para tanto?

—¿Quién dice que perdí el control?

—¿Solo decidiste convertirte en John Wick por unos minutos?

—Hice lo que hacía falta. Hice el trabajo. Los irlandeses no mostrarán sus feas caras allí pronto.

—Gavriil...

—Bastien.

—Eso no es lo que hacía falta, y lo sabes —dice con dureza.

—Lo hecho, hecho está —digo—. ¿Qué sentido tiene volver a hablar de esto? ¿Cuánto mejor se podría haber manejado la situación?

—¿Qué tal si hacías que algunos de nuestros chicos los siguieran para ver si podíamos encontrar dónde se esconden? —sugiere Bastien—. Podrían habernos llevado directamente a los irlandeses.

—No pensé en eso. Será la próxima.

—Esa es la cuestión —continúa Bastien—. No pensaste.

—¿Qué intentas decir, hermano? —me levanto—. Cada vez que hablamos, parece que me cuestionas a mí y a lo que hago.

—¿No es ese mi trabajo? —dice—. Nuestro padre decía...

—Sé lo que decía nuestro padre —gruño.

Puedo oír sus putas palabras en mi cabeza: *Rodéate de demasiados "síes", y el último sí que digas será a una muerte prematura.*

—Bueno, lo que *yo* digo es que no pensaste en absoluto. Solo actuaste. Tenemos que ser más estratégicos. No podemos dejar que los irlandeses sigan presionándonos, eligiendo el momento y el lugar para fastidiarnos.

—De acuerdo —digo. Ahora camino de un lado a otro, cargado de adrenalina por el mero recuerdo de lo que intentaron hacer en mi jodido territorio—. Pero no estabas allí cuando esos irlandeses engreídos entraron en mi club. No los viste ponerle un dedo encima a mi empleado, a *mi muj...* —me detengo antes de terminar la última palabra—. Había que detenerlos.

—Oí lo que pasó. Lo molesto que estabas. Lo descontrolado. Y ¿quién era la chica? Tu gerente... era ella, ¿no?

Mi mano aprieta el teléfono. —No es importante.

—No lo parecía.

—Hermano, si quieres pasarte por Eleganza y probar por ti mismo nuestro buen whisky, nuestra música y nuestros empleados, solo tienes que decirlo. Quizá te venga bien.

—No hace falta. Escuché que tú lo frecuentas bastante últimamente.

—Ese es mi puto trabajo, Bastien.

—¿Perder los estribos con esos idiotas irlandeses no tiene nada que ver con que Hannah Hall esté allí, entonces?

Doy zancadas furioso por las carreteras vacías, demasiado molesto para quedarme quieto. Nadie se mueve, salvo un vagabundo borracho con una visera de Patriots al revés en la cabeza.

—Vaya, estuviste ocupado investigando, ¿eh, hermano? —gruño—. Es una pérdida de tiempo. Quizá, si concentraras tus energías en encontrar dónde se esconde la escoria irlandesa...

—No has negado ni una palabra.

—Se me permite sentirme atraído por una mujer, *sobrat*.

—Igual que se me permite señalar que, ahora mismo, una sola distracción podría arruinarlo todo.

—Preocúpate por tu propia mierda y deja que yo me preocupe por la mía. Tenemos una guerra que librar, y lo último que necesito es a mi propio hermano cuestionándome sin parar. ¿Entiendes?

Sigue una pausa. Una pausa demasiado larga.

Entonces, finalmente—: Entendido.

—Y créeme —continúo—. Alguna desventurada cualquiera no es suficiente para ocuparme mucho más que una buena noche o dos.

Incluso mientras lo digo parece mentira. Pero Bastien no parece notarlo ni le importa.

—Terminé mi patrulla por esta noche —le digo una vez localizo mi Porsche aparcado—. Me dirijo al bar para charlar con Demyan y Jakob. Veremos si les saco algo.

—¿Quieres que me pase por allí? —pregunta Bastien—. Estoy por la zona.

—No —le digo—. Podría hacer que sospechen.

—Ah. Buena suerte, entonces.

—Díselo a ellos, no a mí.

~

EL BAR se ve reluciente por la noche. El cristal frontal arreglado, el fondo de espejo restaurado a un estado impecable. Ni siquiera falta una astilla en la barra.

—Lo arreglaste rápido, jefe —dice Jakob con una sonrisa impresionada. Está sentado junto a su hermano, con sendas copas llenas en la mano y miradas impresionadas.

Le dedico a Jakob una sonrisa suave. —Nuestra empresa constructora tuvo el incentivo adecuado.

En otras palabras: mucho dinero si hacían las cosas bien, mucho dolor si no lo hacían.

—Aún así —Demyan da un sorbo a su bebida—. Pasaron solo unos días... eso tiene que ser una

especie de récord. ¿Qué sigue?

Inyecta esa pregunta con una despreocupación que no va con él. Lo miro. La verdadera pregunta es: ¿quiere saber lo que se avecina para servir mejor a la Bratva… o por otras razones más insidiosas?

Mi respuesta no cambiará en ninguno de los dos casos. —Lo mismo que antes —digo simplemente—. Encontrar a los irlandeses. Matarlos.

—Pero debes tener algún tipo de plan —sugiere Jakob—. Alguna idea de cómo quieres llevar la ofensiva.

—Oh, sí —respondo—. Pero creo que lo dejaré macerar un poco más.

El comienzo de un plan se ha estado materializando en mi cabeza, el polvo se asienta desde la noche en que fuimos atacados. No es que le diría a ninguno de estos dos qué hora es si pensara que los beneficiaría.

Uno es una rata. Todavía no sé cuál. Hasta que eso se resuelva, ninguno de los dos obtendrá nada de información útil.

—Está bien, jefe —dice Demyan. Da vueltas a su whisky alrededor de su vaso pero apenas bebe —. Cuando quieras.

—Lo mismo digo —dice Jakob con los labios fruncidos—, encuentro que mis mejores ideas se forman a través de la colaboración.

—Ah. Entonces, dime: ¿cuáles son *tus* ideas?

Parpadea estúpidamente.

—Para desterrar a los irlandeses. Para responder cómo nos encontraron aquí —continúo amablemente—. Seguro que tienes alguna idea de cómo hacer que muestren sus putas feas caras.

Si mi respuesta lo asusta, Jakob lo disimula muy bien. —Si no te conociera, diría que sospechas de mí.

Le devuelvo el parpadeo y me río. Muevo la cabeza. —Jakob, ¿por qué sospecharía de *ti*?

Le sostengo la mirada durante mucho tiempo. Lo suficiente para que empiece a retorcerse incómodo. Por el rabillo del ojo, veo que Demyan hace lo mismo. A ninguno le gusta el silencio, el escrutinio.

Pero ¿cuál lo odia más?

Solo el tiempo lo dirá.

GAVRIIL

Después de unos minutos de charla inútil, salgo del bar sin mucho más de lo que tenía cuando entré.

Cualquiera que sea la rata, sin duda informará a McNulty de que planeo algo. Algo grande. Eso los mantendrá alerta al menos unos días más, y espero que me dé tiempo a idear un plan real.

Aunque ahora mismo el único plan que tengo es descubrir a la rata y desangrarla.

Me siento bien cuando vuelvo a mi coche. Al volante, las cosas tienen sentido. Las decisiones son rápidas e instintivas. Izquierda, derecha, rápido, más rápido. Atravieso el tráfico a toda velocidad. Con heavy metal duro y estridente en el estéreo. El asfalto pasa rugiendo.

Solo cuando bajo en la salida me doy cuenta de hacia dónde apunté inconscientemente.

De vuelta a Eleganza.

Detenido en el semáforo a dos manzanas, me planteo dar media vuelta y volver por donde vine. Pasar la noche en casa.

Al fin y al cabo, ahora mismo no tengo ninguna necesidad imperiosa de estar allí: nuestros beneficios aumentan y nuestra influencia crece.

Pero, si los irlandeses deciden aparecer de nuevo...

Frunzo el ceño mientras aparco y salgo del coche. La razón por la que estoy aquí tiene poco que ver con los irlandeses o el dinero. Tiene que ver con algo mucho más instintivo. Mucho menos controlable.

Los jefes están fuera de los límites, dijo.

Pero ¿no están los límites hechos para ser superados?

Dentro, la música es un ritmo techno trepidante y el público lo disfruta a tope.

La lisa superficie de mármol de la pista de baile está abarrotada y, el espacio que rodea la larga barra en forma de L, lleno hasta el tope.

A mí me parece dinero.

Mientras me abro paso entre la multitud, algunas mujeres atractivas con poca ropa me lanzan

miradas que podrían ser prometedoras si me importara. Pero eso no me interesa ahora. No estoy aquí para eso.

No tardo mucho en encontrarla.

Se acerca por detrás de la barra para que Benji se tome un descanso. Sus ojos fijos pasan sobre mí sin verme realmente. Tal vez solo está en modo de trabajo.

Hago una pausa y considero mis opciones. Tengo que terminar unos papeles arriba, ahora que estoy aquí. Aun así, unas palabras rápidas con ella no me vendrán mal.

—Empiezo a preguntarme si no debería contratarte también como bartender —digo, apoyándome en la barra.

Tan cerca de ella, su olor es lo primero que me atrae, un hola cítrico. Su sonrisa, sin embargo, es tensa.

Bajo estas luces, sus ojos son del mismo azul que mis vaqueros, con una expresión inconfundible: cautela. Incluso su voz es medida, sin humor. —Nadie podría reemplazar a Benji.

—Sin embargo, aquí estás.

Ni siquiera intenta sonreír o replicar. Solo finge limpiar una mancha que no existe.

Quizás ha vuelto a negar lo que hay entre nosotros.

Lástima. Aún no he terminado con ella.

—Quizá debería contratarte también como guardia —continúo con una sonrisa burlona—. Dada la forma en que espantaste a esos irlandeses.

Hannah se queda inmóvil, con la espalda encorvada. Su mirada se desvía hacia la mía y luego huye, como si tuviera miedo de lo que hay allí.

Ella fuerza una sonrisa tensa en su rostro. —Si no necesita nada, Sr. Nikolaev, tengo que trabajar.

Aprieto los dientes. Mi primer pensamiento es saltar detrás suyo, inclinarla sobre la barra y follármela hasta que recuerde quién es su dueño.

Pero me obligo a respirar. Es solo una empleada, nada más. No tiene sentido para mí.

Me doy la vuelta y me voy a mi despacho.

La otra noche, después de la pelea, no me sorprendió que siguiera un poco asustada. Lo que vio en el callejón fue... mucho. Pero no eran ciudadanos honrados. Tiene que entenderlo.

Y ahora, esta noche, ¿actuando así? ¿Retirada, cerrada, fría? La maldita mujer ni siquiera me mira a los jodidos ojos.

Mientras subo las escaleras, vuelvo a echar un vistazo a la barra y veo su pelo caramelo bailando, mientras se ríe con un cliente que se inclina hacia ella.

Mis manos se tensan y se encogen de rabia. Ante mis ojos bailan visiones de destripar al hijo de

puta con el que está flirteando.

Hago el mismo ritual que hace un momento: parar, cerrar los ojos, respirar hasta que vuelvo a tener el control.

Es solo una empleada. Insignificante. Lo diré una y otra vez hasta que me lo crea. ¿Y si quiere evitarme? Que así sea.

En mi oficina, el papeleo no lleva más de diez minutos. Venir aquí fue una pérdida de tiempo. Le envío un mensaje a Bastien y me dirijo al ventanal que da al club.

La misma pista de baile abarrotada. El mismo bar abarrotado.

Solo que ahora es Benji el que está detrás, trabajando como un esclavo. En cuanto a la Srta. Hall, no se la ve por ninguna parte.

Probablemente está inventariando, o en la sala de descanso con esa bailarina amiga suya.

Vuelvo a mi escritorio de madera y me siento en mi butaca de cuero. Me reclino hacia atrás, levanto los pies y reflexiono sobre el tema más apremiante: cómo atrapar dos ratas con una sola trampa.

Los minutos pasan mientras pienso. Poco a poco, el comienzo de un plan se convierte en algo más.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando descuelgo el teléfono.

"Nunca pienses demasiado en una buena idea" era otro de los dichos favoritos de mi padre. Y, en este caso, no tengo intención de hacerlo.

Ni siquiera llamo a Bastien para que me dé su opinión antes de actuar. Mi plan tiene pocos inconvenientes y todavía menos riesgos. Además, no necesito su puto permiso.

Soy el Jefe de Boston, después de todo.

Primero llamo a Jakob. Empiezo a hablar en cuanto atiende, sin molestarme en saludarlo. —Una gran entrega de armas llegará antes de tiempo. Esta noche. Reúnete conmigo en el muelle para ayudar. Trae solo a unos pocos hombres en los que sepas que puedes confiar. Nadie más. Ni siquiera tu hermano. Tengo un trabajo importante del que no quiero que se distraiga.

Cuelgo antes de que diga una palabra.

Si Jakob es mi hombre y no de los irlandeses, obedecerá y no se lo dirá a nadie. Aunque, por supuesto, si es de ellos...

Pues bien, puede que se encuentren con una desagradable sorpresa esperándolos en el muelle.

A continuación, llamo a Demyan. —Acabo de arreglar un trago con una familia de la mafia italiana como apoyo en la guerra —le digo. Una vez más, no hay tiempo para sutilezas. Quiero acabar con esto de una vez. Llevo demasiado tiempo posponiéndolo—. Reúnete conmigo de nuevo en el bar esta noche. Me pidieron que te diga que no se lo digas a nadie. No hasta que hayamos discutido los términos.

—Entendido, jefe —entona.

Hago clic en Finalizar Llamada, me reclino en la silla y estiro los brazos. Un número más por marcar.

—¿Ya hay noticias? —pregunta Bastien cuando descuelga el teléfono.

—Mejor —le digo—. Tengo un plan —rápidamente, le expongo los detalles.

—Una trampa para dos ratones —dice cuando termino. Hay un matiz de risa en su voz, de satisfacción. A mi hermano le gustó tan poco como a mí albergar una rata entre nuestras filas durante los últimos días.

—No actúes como si no estuvieras impresionado.

—Es inteligente —admite Bastien—. Sencillo. Solo hay una forma de verlo: si los irlandeses aparecen en el muelle, nuestra rata es Jakob. Si aparecen en el bar, es Demyan.

—Y, si se presentan a las dos —añado en un tono sombrío—, entonces tenemos un par de hermanos rata a los que sacrificar.

—Será un placer —sisea Bastien.

Me río entre dientes. —No nos precipitemos todavía. Lo primero es lo primero: llevar suficientes hombres al bar a tiempo para intervenir. Podemos renunciar a nuestras patrullas por esta noche. Si los irlandeses muerden el anzuelo, no las necesitaremos.

—Cierto —accede Bastien—. Aún así dejaré una pequeña facción en nuestras fortalezas. Patrick McNulty es un astuto hijo de puta.

—Deberíamos haberlo matado cuando tuvimos la oportunidad —gruño.

No necesito ver cómo mueve la cabeza Bastien para saber que no está de acuerdo. —Un acto sin honor. A padre no le habría gustado.

—¿Y qué hay de lo que hizo que los mexicanos le hicieran a papá? —replico, frunciendo el ceño —. ¿Hubo honor en eso?

Bastien no dice nada.

—Acéptalo, hermano: Patrick McNulty ensució esta pelea. La hizo personal. No le debemos nada a él, ni a sus asquerosos parientes. Ni una puta cosa.

Es curioso cómo un silencio de Bastien suena pensativo, otro escéptico. O quizás conozco a mi hermano demasiado bien.

—Sin nuestro honor no somos nada —recita Bastien en voz baja. Como siempre, las sabias palabras de papá.

—A veces debemos parecernos a nuestros enemigos para vencerlos —le respondo.

Más de lo mismo.

—No estamos tan desesperados como para abandonar todo lo que representamos —afirma Bastien con obstinación.

—No —estoy de acuerdo—. Todavía no. Pero, si llega el caso, deberías prepararte: Yo tomaré esa decisión. No me aferraré a nuestro honor ante una pena de muerte.

Suspira y deja que el silencio se extienda un poco antes de hablar. —Una cosa más: después de esta noche, Dmitry quiere hablar.

—Ah, ¿así que nuestro hermano mayor encontró tiempo lejos de su preciosa nueva familia para acordarse de nosotros? Qué halagador. Lo llamaré mañana.

—Si sobrevivimos —añade Bastien en tono sombrío.

—Somos Nikolaevs —digo simplemente—. Llevamos la supervivencia en la sangre.

—¿Estarás en el muelle?

Asiento. —Listo para romper algunos putos cráneos irlandeses si se atreven a aparecer.

—Será mejor que no tengas más suerte que yo. Tengo ganas de pelear.

Puedo oír a Bastien moviéndose, caminando hacia alguna parte. Ya ha empezado. Esto ha empezado. De alguna manera, incluso mientras llamaba a Jakob y Demyan, nada de esto parecía real.

Hasta ahora.

—Enviaré algunos hombres contigo al muelle como refuerzo. Le diré a la mitad de ellos que se escondan, que vigilen tus espaldas. Así que, tan pronto como los irlandeses crean que te tienen…

Muestro los dientes en una sonrisa. —Soltamos la trampa. Lo mismo para el bar: mete todos los que quepan detrás de la barra y esconde algunos más cerca.

—Considéralo hecho —dice Bastien.

Asiento, ya contando esto como una victoria. Mi hermano nunca me falla.

Un golpe en mi puerta me hace levantarme. —Hora de irse. Buena suerte, hermano.

—Mándalos a todos al infierno —*clic*.

Me reclino en la silla y miro la puerta. Me planteo no contestar. Lo último que necesito ahora es una distracción. Tengo que estar en el muelle dentro de unas horas. Necesito tener la cabeza despejada.

Pero, antes de que pueda mandar a la mierda a quienquiera que sea, se abre la puerta y entra ella.

—¿Crees que puedes entrar a mi despacho cuando te apetezca? —pregunto en voz baja.

Aunque está en mi maldita oficina, encuentra la manera de no mirarme. Y también encuentra la forma de parecer dolorosamente follable, con un vestido de trabajo gris que sería sencillo en cualquier otra persona, pero que en ella luce sus curvas deliciosas.

—Quería darte esto —le dice a un espacio junto a mi cabeza, avanzando a grandes zancadas con un papel en la mano.

Lo cojo, observando el “Sr. Nikolaev” escrito a mano alzada en el anverso.

—¿Qué coño es esto?

Por fin levanta los ojos para encontrarse con mi mirada. —Es mi carta de renuncia.

HANNAH

Solo entrar aquí me quitó toda la fuerza de voluntad que tenía. ¿Estar aquí y ver a Gavriil procesar este bombazo? Es demasiado.

Volteo y empiezo a caminar hacia la puerta. Mantengo la calma y la normalidad en mis pasos. Llego más o menos a la mitad antes de que hable.

—Espera.

Su voz es como una correa. Me atrapa en su sitio.

Maldito sea el hombre. Y maldita yo por obedecer. Por ni siquiera pensar en desafiarlo. Como si aún trabajara para él. No. Como si fuera mi dueño.

—¿Ni siquiera me darás la oportunidad de leerlo? —añade en un tono demasiado razonable.

Me giro a medio camino, miro el cuadro de la pared y asiento en silencio. No mirarlo a los ojos no servirá de nada contra el imán interno que me arrastra hacia él, inexorable, irresistible, pero lo intento de todos modos.

—*"No puedo en conciencia trabajar para alguien que está implicado en actividades que no apruebo ni aprobaré"* —lee en voz alta—. ¿Te importaría explicarte?

—No importa.

—Obviamente, sí. La expresión de tu cara parece como si acabara de atropellar a tu perro. Diría que te importa bastante, Hannah Hall.

—Sabes muy bien lo que significa —le digo de repente, girándome hacia él. Me sorprendo a mí misma por mi propia ira.

Sonríe como si hubiera conseguido precisamente lo que quería. —¿Sí? —sacude el sobre, levantándose—. ¿Qué se supone que significa "actividades que no puedo aprobar"? ¿Ha ocurrido algo inusual en las instalaciones, Srta. Hall?

Me arden las mejillas. Mitad de rabia, mitad de vergüenza. —Debería irme.

—Esa es probablemente la decisión más sabia. Pero no creo que vayas a hacerlo. Creo que te quedarás. Es lo menos que puedes hacer.

—¿Lo menos que puedo hacer? —balbuceo—. Después de la otra noche, lo que te vi hacer... —cruzo los brazos sobre el pecho—. No puedes decir sinceramente que esto es una sorpresa.

—Y no puedes decir sinceramente que te importa un carajo lo que viste la otra noche —me devuelve—. Se trata de otra cosa.

Sus palabras se burlan de mí, haciendo agujeros en las razones que tenía para marcharme. Razones que en su momento me parecieron buenas, pero que cada segundo que pasa me parecen más lamentables.

—No puedo trabajar para alguien que hace las cosas que lo vi hacer.

—Mentirosa.

—Es la verdad —mi mirada cae al suelo. No puedo, no quiero, no debo mirarlo a los ojos. Siguen pasando cosas malas cuando lo hago.

—Mírame —dice Gavriil en un gruñido peligroso—. Mírame ahora mismo.

—No —trago con fuerza—. No, no lo haré.

Hace un sonido de desaprobación. Mantengo la mirada fija entre mis pies. El crujido del papel indica que dejó la carta. El suave golpe de sus pasos indica que camina hacia mí. La embestida de su olor indica que se detuvo a escasos centímetros.

—Como quieras. Pero, dime una cosa: ¿te gustaba trabajar aquí hasta la otra noche?

—¿Qué importa?

Por dentro, me grito a mí misma. *No lo mires. Ya tomaste una decisión. No dejes que te haga cambiar.*

—Creía que nos entendíamos.

Al oír la extraña nota resignada en su voz, me olvido de mí misma y alzo la vista.

Mierda, realmente parece... ¿triste? Eso no puede estar bien, pero no se me ocurre otra palabra. Sea lo que sea, le queda raro y mal, como un perro que camina sobre sus patas traseras. Solo he visto a Gavriil furioso, decidido o lleno de lujuria.

—Lo siento —le digo—. Me gustaba trabajar aquí. Yo solo...

Espera a que termine la frase. Pero no encuentro las palabras.

—¿Solo qué? —esa mirada suya es despiadada.

—¿Puedes dejarme ir?

Suelta una risita. —No, Srta. Hall. Eso es exactamente lo que me niego a hacer.

Trago saliva una vez más, anudo los puños y empiezo a retroceder hacia la puerta sin dejar de mirarlo. —Pues qué pena. Por suerte para mí, no necesito tu permiso.

Mi voz interior grita y grita. *¡Sí! ¡Corre! Vete, Han, mientras puedas...*

Gavriil sigue mis pasos y avanza hacia mí. —¿Quieres saber lo que pienso? —murmura—. Creo que tienes miedo. Tienes miedo de lo que pasaría si te permitieras dar un paso más allá de las líneas que trazaste en tu vida. Tienes miedo de lo que significaría si...

—No es eso —digo bruscamente.

Pero ahora, la otra voz en mi cabeza, la más oscura, la seductora, la peligrosa, susurra: *Mentirosa, mentirosa, mentirosa...*

Me mira divertido. —¿No?

—No —le digo—. Es por lo que vi. Por quién eres.

De pronto, toda la diversión y la alegría desaparecen de su rostro. Su expresión se vuelve plana.

El silencio es tenso. La piel me arde. La puerta está tan cerca que no me atrevo a abrirla.

Cuando Gavriil vuelve a hablar, su voz tiene un tono peligroso. —¿Qué insinúa, Srta. Hall?

—No estoy insinuando nada —digo temblando—. Ya lo dije: mis razones son mías.

Sacude la cabeza. —No. ¿Quieres irte de aquí? Será mejor que me digas por qué. No seas cobarde. Dilo.

—No dije que fuera...

—¿No lo hiciste? Estuviste muy cerca de decirlo, como mínimo. Así que adelante, ahora es tu oportunidad. Dime lo que piensas de mí. Dime lo que crees que soy.

Se me ocurre que estoy en la oficina de un hombre muy peligroso. Sola. Solo Dios sabe de lo que es capaz.

Entonces, ¿qué es peor? ¿Esconderme de su pregunta o responderla? Solo hay una forma de averiguarlo.

—Un mafioso —grazno—. Eres un mafioso violento.

¡Corre, idiota! grita mi mente. Pero mis pies ni siquiera se mueven.

Hay un brillo sardónico en los ojos de Gavriil, algo que no es solo ira, cuando da otro paso hacia mí y acorta la última distancia que nos separa. Una parte estúpida de mí quiere saber qué significa ese destello.

—¿Un mafioso? —sisea.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca. Me suelto de un tirón.

—Deja de fingir —vuelve a gruñir con ese latigazo de voz, y esta vez, cuando sus brazos se cierran en torno a mí, los dejo—. Deja de negarlo.

No puedo dejar que esto ocurra. Pero tampoco puedo evitarlo. Ya no puedo negarlo: lo que me hace estar cerca de él.

Me aprieta el brazo y un gemido grave sale de mis labios. En eso también tiene razón: aunque mi mente lo niegue, a mi cuerpo le encanta.

—No querías involucrarte con tu jefe —sus manos se deslizan hasta mis caderas y me atraen hacia él—. Bueno, acabas de renunciar. Supongo que ya no soy tu jefe.

Luego, me tapa la boca con la suya y coge lo que quiere.

Su lengua es una orden que no tengo más remedio que obedecer. Tuerce la mía hasta la sumisión. Todo en mí se tensa con una negación ardiente, con deseo y necesidad.

No puedo luchar contra esto. Ya no. No con esa mirada en sus ojos y este fuego en mis venas...

Nuestro beso me lleva hasta la pared y me inmoviliza allí, entre su duro cuerpo y los duros ladrillos.

Su mano me acaricia como si ya me conociera, sabe cómo hacerme gemir y estremecerme, sabe que obedeceré y lo dejaré hacer lo que quiera conmigo.

Mientras me quita el vestido, algo me estremece profundamente. Una epifanía. *Todos los caminos me llevarían a esto. Siempre.*

Desde ese primer contacto visual, a cada conversación que siguió. Siempre íbamos a acabar así: yo arrojándome a su merced con todas las posibilidades y las razones para huir.

Me alza la barbilla para mirarlo a los ojos, con la satisfacción ardiendo en sus ojos negros, entre la lujuria. —Así está mejor. Esa es una buena *kiska*.

Su mano serpentea por mi vientre, recorre el contorno de mi sujetador y se sumerge debajo de él. Cuando me agarra el pecho, me arranca otro gemido. Eso le gusta.

—Eso me gusta *mucho* más.

Me pellizca el pezón y luego, con las yemas de los dedos, vuelve a acariciarme el pecho, en círculos cada vez más amplios que me transmiten sensaciones. De los bordes exteriores a los interiores, y luego de vuelta.

Me tiemblan las rodillas. Estoy media desplomada sobre él.

No recuerdo por qué no quería esto, cómo pude ser tan tonta e ingenua para intentar evitarlo. Sea lo que sea parece muy, muy lejano.

Con unos pocos movimientos rápidos, me desnuda y deja mi ropa en el suelo. Me da un beso embriagador y luego se aparta. Su mirada hace su propio circuito de admiración sobre mi cuerpo.

Sus manos juntan mis pechos, acariciándolos. Me inclino aún más hacia él.

Luego, con una mano acariciándome, me rodea el cuello con la otra, baja por mi columna vertebral hasta llegar a mi culo. Lo agarra y gruñe con aprobación—: Es jodidamente hermoso.

Un destello de su mano termina en un sonoro azote. Grito en su boca abierta.

Pero, en cuanto aparece el dolor, lo alisa con ambas manos. Tierno. Dolor y placer, toma y daca.

Jesús, estoy temblando. Tiemblo por todas partes y no puedo parar.

Me voltea y me pone de espaldas a su pecho, con su bulto duro clavándose en mí por detrás.

Alargo la mano detrás de mí y lo agarro. Me presiona contra la pared con más fuerza. —¿Es eso lo que quieres, Srta. Hall?

—Sí, por favor —susurro.

Me tira de la cabeza hacia atrás y vuelve a reclamar mi boca. Me agarro a él febrilmente mientras me doy vuelta y le bajo los pantalones. Me mira con una sonrisa de aprobación.

Me recorre un escalofrío.

Las cosas que haría si él me lo pidiera... Puedo sentir cómo se desprenden las últimas migajas de mi autocontrol como algo que una vez conocí y que ya no parece mío.

—Déjame enseñarte lo que quiero hacerte —me dice con voz ronca al oído.

Lo siguiente que sé es que me tiene doblada sobre el escritorio. Siento movimiento detrás de mí, y luego...

—Oh, Dios —grito mientras me llena.

Su polla está perfectamente dura y gruesa. Encaja dentro de mí y es la perfección encarnada. Mierda, podría correrme solo con él así dentro de mí. Ya estoy al borde.

Y, cuando miro por encima del hombro, esa sonrisa en su cara... pura satisfacción.

—Tómame como la niña buena que eres —gruñe, justo antes de empezar a atizarme.

Si no fuera porque el escritorio soporta mi peso, me desplomaría. Me tiemblan las piernas sin fuerza. Las fuertes manos de Gavriil me sujetan a la fría superficie de madera, una en la cadera y la otra presionando con fuerza en la nuca.

Me folla duro. Me folla crudo.

Nunca supe que podía hacer sonidos así, gimiendo y perdiéndome como si él fuera lo único en el mundo.

Cuando me azota y llego al orgasmo, me tapo la boca con una mano para no gritar.

Pero Gavriil gruñe de furia y me la arranca de los labios.

—Ni de coña, *kiska* —gruñe—. Quiero oír cada sonido que hagas.

Gavriil no me da tiempo a recuperarme. Apenas llegué al clímax cuando me sigue follando, con la polla tan dura y perfecta como siempre.

Lo único que puedo hacer es gemir mientras otro clímax me invade una docena de veces más tarde. Él dentro de mí, sus brazos a mi alrededor, se siente tan bien. Tan correcto.

Como si estuviera hecha para ser suya.

Gavriil nos tira al suelo. Me coge en brazos y me mueve como si fuera su juguete. Pierdo la cuenta de cuántas veces me disuelvo en orgasmos, en gemidos y súplicas de más con una voz que no parece la mía.

Hasta que, por fin, con sus brazos alrededor de mí, su cuerpo detrás de mí, su polla

martilleándome, me folla más fuerte que nunca: tan rápido, tan duro, tan profundo... y, cuando pierdo el control y todo llega al clímax, su polla sufre un espasmo dentro mío.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así en el suelo. Solo sé que, una vez que se levanta, parece demasiado rápido. De repente tengo frío. Echo de menos los latidos de su corazón en mi oído.

Tardo unos segundos en girar sobre mi espalda y parpadear hacia él, confundida.

Me mira con una sonrisa burlona y me tiende la mano para ayudarme a ponerme en pie, pero niego con la cabeza. Necesito unos minutos, quizá incluso unas horas, para asimilar lo que acaba de ocurrir.

No sabía que el sexo podía ser así.

¿Y con mi jefe? ¿Con *este* jefe en particular?

Me estremezco. Finalmente, empiezo a ponerme en pie sobre patas de bambi. Pero el ruido de papeles rasgándose atrae mi atención hacia el escritorio de Gavriil.

Tiene mi carta de renuncia en la mano. O, mejor dicho, los trozos desgarrados.

—No soy un mafioso violento, Srta. Hall — su voz es aguda, con más chasquidos de ese látigo cruel, y de alguna manera, me estoy excitando, aunque me corrí más veces en un corto período de tiempo que nunca—. Soy Gavriil Nikolaev, Jefe de la Bratva Nikolaev de Boston, y no acepto tu renuncia.

Y entonces, se va, dejándome con un hecho y solo un hecho: que yo tenía razón.

Peor que eso es el temblor que me recorrió al oír sus palabras. No fue solo por miedo. Ni siquiera porque Gavriil Nikolaev no es claramente el tipo de hombre al que le dices que no.

Es que no quiero decir que no en absoluto.

GAVRIIL

No me gusta cambiar de planes.

Sin embargo, cuando Bastien me llamó hace una hora con una lista de todas las razones por las que no debía ir al paseo marítimo, tuve que admitir que eran buenas.

Lo suficiente como para cambiar mis planes.

Así que aquí estoy, paseando por mi ático y contemplando la ciudad iluminada. Aunque donde realmente quiero estar es en el paseo marítimo, en medio de la acción.

Uno de los argumentos de Bastien fue que me ponía en peligro innecesariamente, pero no es eso lo que me hizo aceptar quedarme aquí. Es simple logística.

Necesito poder dirigirme rápidamente a donde salte la trampa. El paseo marítimo está demasiado lejos del bar para llegar a tiempo si descubro que los irlandeses atacaron allí. Pero mi ático, en cambio, tiene una ubicación ideal.

Así que aquí estoy.

Esperando.

Desprecio la espera.

Marco un número para no volverme loco de impaciencia. —Hermanito —dice Dmitry cuando descuelga—. He oído cosas buenas.

—Entonces no has estado hablando con mamá —le digo con sorna.

Se ríe entre dientes. —Sabes que no puede evitar criticar. Y sabe que construir un imperio es un asunto delicado.

—No lo sabría mirándote, hermano. Haces que todo parezca fácil. Casi has finalizado tu control sobre Nueva York.

—Ambos sabemos que tuve ayuda —admite con pesar—. Generaciones de Nikolaev trabajaron en ello. Aunque echo de menos tener a mis hermanos a mi lado.

—Algún día volveremos —le digo—. Con otra ciudad entera a nuestra disposición. A menos que quememos este agujero de mierda. El veredicto está a la espera.

Dmitry vuelve a reír. —No disfrutas de las delicias que se ofrecen en Boston, ¿eh?

—No es Nueva York. Los clubs son una puta basura, y las mujeres son...

Me detengo cuando mi polla se pone tiesa con solo pensar en Hannah.

Lo que iba a decir es que las mujeres son peores. Quizá era mi impresión antes, pero ahora...

Dmitry se ríe. Últimamente siempre está de muy buen humor. Es cosa de su mujer Shannon, sin duda.

—Quizá eso sea bueno, entonces —dice finalmente—. Te mantiene en la tarea. Evita que metas la polla a lo loco, como has hecho otras veces.

—No empieces con los malditos sermones.

—Tranquilo, vaquero. Todo lo que digo es que deberías pecar de precavido. Hay un momento para jugadas audaces, pero no es ahora. Aún estás construyendo la presencia de la Bratva en Boston. No tienes los números o la fuerza que Padre o yo tuvimos cuando fortalecimos la nuestra aquí en Nueva York. El mismo tipo de estrategia ofensiva no es necesariamente posible allí. Ni aconsejable.

—Bastien te habló de nuestra trampa —digo con el ceño fruncido, dándome cuenta mientras lo digo—. Por eso me llamó para convencerme de que me quedara en mi ático en vez de salir.

—Puede que hayamos charlado, sí.

—Bastardo.

—Quería consejo —explica Dmitry—. Tu plan es bueno con una excepción. Olvidaste la regla cardinal de papá: nunca te pongas en peligro innecesariamente.

—Un buen Jefe no espera al margen mientras sus hombres corren a la línea de fuego —argumento.

—Podemos encontrar una cita para cada postura —dice Dmitry con una voz demasiado paciente, que empieza a irritarme. El hermano mayor al que estoy acostumbrado ya estaría echando humo porque discuto con él.

Pero el Dmitry de ahora no. Desde que se casó, cada vez que lo veo parece que volviera de pasar seis meses en un balneario de Maui. Nirvana, felicidad, calma pura.

Es nauseabundo.

—Todavía eres nuevo en esto, Gav.

—Eso no significa que sea un puto estúpido —gruño con más fastidio en la voz del que pretendía —. Tampoco significa que necesite que me lo recuerden todo el tiempo. Mamá y Bastien no paran de molestar.

—Me alegra oírlo —dice Dmitry—. Ahora, en un tema más ligero, Madre tiene una idea que ha estado cocinando para nuestra visita.

—¿Por qué no me parece un tema más ligero?

—Ya sabes cómo es cuando se le mete una idea en la cabeza.

—Casi tan obstinada como tú —hago una mueca—. Quizá peor. ¿Qué pasa esta vez?

—Es solo una cena.

—¿Eso es todo? —digo con suspicacia—. Seguro que hay gato encerrado.

—No hay nada oculto. Bueno, un detalle menor.

—Coño, lo sabía.

—Será una cena familiar, con Shannon y conmigo allí. Pero también tratará de emparejarlos a ti y a Bastien con algunas “chicas lindas”.

Gruño. —Tienes que estar bromeando.

—Bastien está resignado —dice Dmitry—. En mi opinión, ¿por qué no seguirle la corriente? La última vez que mamá me tendió una trampa, no acabó mal.

—Escuché eso —grita Shannon desde más lejos.

Dmitry se ríe y, en voz más baja, dice—: El embarazo la está poniendo inquieta.

—Eso también lo escuché —dice.

Los dos nos reímos, aunque a mí me da vueltas la cabeza.

Incluso si esa “buena chica” con la que mi madre planea emparejarme no es un completo desastre, la cena en sí será una tortura con todas las maquinaciones de mi madre. Y después me molestará para que busque algo serio con la soltera del año que se le ocurra.

A menos que...

—¿Y si ya tengo a alguien en mente? —pregunto en un tono despreocupado.

—Dijiste que las mujeres en Boston eran... —Dmitry se detiene—. ¿Quién es ella?

—No es una stripper, ni una asesina, ni una drogadicta, ni una cazafortunas —respondo, enumerando fácilmente los grandes éxitos de mi carrera de citas—. Tiene... clase.

—¿Y tú estás interesado en ella? —pregunta Dmitry con suspicacia.

—Lo suficiente para llevarla a cenar.

—Eso podría sacarte a mamá de encima —admite—. Para la cena, al menos.

—Me sirve.

No me importaría tener una excusa para pasar más tiempo con Hannah Hall. Darle un zarpazo en la cena también podría ser divertido. Hacerla retorcerse un poco. Me estoy volviendo rápidamente adicto a ese pequeño jadeo suyo.

—Solo ten cuidado de que esta mujer no sea demasiada distracción.

—Ni lo sueñes, hermano mayor.

Para mis adentros, añado: *Demasiado tarde para eso*.

—¿Y Bastien?

—¿Qué pasa con él?

—Él no tiene una cita, ¿verdad?

—¿No acabas de hablar con él?

Resopla. —Ya sabes cómo es. Sólido para las actualizaciones de negocios, pero, cuando se trata de divulgar una sola sílaba sobre su vida personal...

No puedo evitar una risita. —¿Qué vida personal?

—Es una forma de decirlo. ¿Así que todavía no conociste a ninguna de sus novias?

—¿Qué novias? —replico—¿No recuerdas...?

—*"No me gustan las novias"* —recitamos juntos.

Si lo he oído una vez, lo he oído mil veces. Y, desde que lo conozco, es verdad. Se acuesta con una buena cantidad de mujeres, por supuesto. Bastien Nikolaev no es exactamente un santo virginal. Sus mujeres tienden a tener fecha de caducidad de una noche. Si acaso.

—Por lo menos, no hay peligro de que se distraiga.

Dmitry emite un sonido poco convincente. —Una buena mujer puede ser una ventaja, si manejas las cosas adecuadamente.

—Shannon sigue escuchando, ¿no?

—Eso no lo hace falso.

—No te preocupes —bromeo—. No le diré a nadie que te has ablandado.

En el fondo, Shannon cacarea una risa. Debo estar en el altavoz.

—Madre puede ser... agresiva en algunos de sus puntos de vista —dice Dmitry por encima de nuestras risas—. Pero, en este caso, la experiencia le da la razón: estar con la persona adecuada lo hace todo más fácil.

Una parte de mí piensa que me gustaría poner a prueba esta pequeña teoría de Dmitry. No es que Hannah sería la mujer para ello, necesariamente. Solo que es la única que se me ocurre con la que puedo estar en una habitación más de diez minutos sin follar.

Me sacudo el pensamiento. No iré allí con ella. Sobre todo porque no iré con nadie.

—¿Cuándo está prevista esta sesión de tortura? —le pregunto.

—La semana que viene. ¿Crees que puedes manejarlo?

—Si sobrevivo esta noche, claro —le digo—. Te veré entonces.

—Asegúrate de hacerlo —dice Dmitry, con una nota de advertencia en su tono severo—. Ten

cuidado. Sabemos lo astutos que pueden ser los irlandeses —luego, como una idea tardía, añade —: Y, si hay algo que pueda hacer para ayudar...

—Mete a mamá en una residencia —bromeo.

—Nos mataría a los dos antes de que termináramos de decir las palabras.

Una sonrisa despiadada se dibuja en mi cara mientras tamborileo con los dedos en el reposabrazos. —En cuanto a esta noche... por fin, los irlandeses podrían pagar por lo que nos hicieron.

—Mantenme informado —dice Dmitry.

Y así, toda la ligereza desaparece de su voz. Está pensando lo mismo que yo: que esta venganza hace tiempo que debería haberse producido.

Cada gota de sangre irlandesa derramada esta noche valdrá la pena. —Lo haré —le digo—. *Do skorogo, sobrat.*

Colgamos. Al levantarme, miro el paisaje urbano, que brilla como una constelación.

El cielo es una masa de niebla tóxica y nubes, que ocultan todo lo que brilla más allá de ellas. Aunque las estrellas no son invisibles, por supuesto. Si te adentras lo suficiente en el campo, reaparecen tan brillantes como siempre.

Los irlandeses son iguales. Están en algún lugar de la ciudad. Solo que no los buscamos desde el punto de vista correcto, así que parecen invisibles.

Me apoyo en la ventana. Miro hacia fuera. ¿Qué tenemos que cambiar para verlos?

La respuesta no es una palabra, no es un pensamiento, no es realmente un sentimiento.

Sea lo que sea, se disipa cuando una llamada hace vibrar mi teléfono.

—¿Sí? —digo.

—Nada de irlandeses —dice Bastien—. Ni aquí en el bar, ni en el paseo marítimo. O ninguno de los dos es una rata, o los irlandeses están siendo cuidadosos.

—Mierda —me tiro en mi sillón de cuero. Luego, vuelvo a levantarme de un salto y empiezo a pasear—. Y ahí se va la trampa perfecta. Más bien una completa pérdida de tiempo.

—No fue una completa pérdida de tiempo —argumenta Bastien—. Si hubiera funcionado...

—Tenemos que hacer esto de otra manera —interrumpo, cambiando de marcha—. Yo mismo interrogaré a los hermanos. Averiguaré si le dijeron a alguien que iban al bar el día que nos atacaron. Tú puedes interrogar a los demás. Pregunta por ahí si Demyan o Jakob han estado actuando raro últimamente.

—Suena bien —dice Bastien. Luego, hace una pausa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Puede que no sea nada —dice—. Solo recordé que, en una patrulla, vi a Demyan dejar a una

de las bailarinas.

—¿Qué aspecto tiene?

—Rubia —dice—. Delgada.

—Ya sé cuál —gruño—. Crees que estaban...

—Podría ser —sugiere—. Hablar en la cama puede ser... revelador. Si Demyan le mencionó nuestra reunión, y ella se lo dijo a los irlandeses...

—Entonces, podríamos tener nuestra rata —termino por él.

El pulso me retumba en el pecho. Ya quiero convocar a los dos hermanos y a la bailarina a la vez para arrancarles la verdad.

Pero tendré que ser inteligente. Metódico.

—Llamaré a Demyan, pero tú haz algunas averiguaciones ligeras. Pregúntale a Jakob si su hermano está viendo a alguien.

—Lo haré —dice Bastien—. ¿Te enteraste de lo de la cena?

—Sí —le digo—. He oído que mamá puede tener una cita para ti.

—Para nosotros. Me temo que de esta no hay salida.

—Hablemos de ello más tarde.

—O no —cuelga.

Él lo entiende. Una vez que tengo el hedor de rata en mis fosas nasales, no puedo parar. Él es igual. Está en nuestra sangre.

Llamo a Demyan. —Vuelvo a patrullar, jefe —me informa en cuanto contesta.

Ninguna mención de cómo no aparecí en el bar. Por otra parte, Bastien debe haber hablado con él para saber que el plan fue un fracaso.

Voy al grano. —Háblame de la chica.

—¿Jefe? —dice. Aparenta confusión. Casi puedo ver sus cejas nerviosas.

—Deja de actuar —le digo—. Eres mi mejor teniente. Te has probado a ti mismo, pero si no puedo confiar en ti, entonces no puedo tenerte a bordo. ¿El tiroteo de la otra noche? No ocurrió por casualidad. Los irlandeses no nos encontraron por pura suerte. Tienes que saberlo.

—Pero qué estás...

—Lo que digo es que o tú o tu hermano son ratas. O pasó algo más. Alguien más.

Suspira. —Puede que me haya enrollado con una bailarina algunas veces.

—¿Sí? —hago una pausa en mi paseo y asiento. Ahora estamos llegando a algo. A veces solo hacen falta las preguntas adecuadas. —Y mientras tal vez estabas saliendo con ella,

¿mencionaste que te dirigías al bar?

Un largo silencio y finalmente dice—: Mierda. Lo siento, jefe. Metí la pata. Pero incluso después del tiroteo, no pensé que ella... ¿Cómo iba a conocer a los irlandeses? Es solo una bailarina. Si hubiera pensado que estaba vinculada de alguna manera...

—La próxima vez no pienses, ¿entendido? —le digo bruscamente—. Dime lo que pasa, aunque no creas que sea importante. Y asegúrate de no mezclar los negocios con el placer. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

Por suerte para Demyan, su tono suena genuinamente acobardado y de disculpa. De lo contrario, lo reprendería mucho más.

—Casi haces que nos maten —digo.

Un largo silencio. —Me retiro, jefe. Vuelvo a ser un soldado. Deja que otro hombre...

—¿Te he pedido que te retires?

Silencio.

—¿O es así como te enfrentas a los tiempos difíciles cuando la mierda embarra las paredes? ¿Huyes?

Más silencio.

—No te retirarás, Demyan —le digo—. Da la cara. Mejora. Encuéntrame a los irlandeses. Ayúdame a aumentar el poder de nuestra Bratva hasta que sea intocable.

—Lo haré, Jefe Gavriil.

No necesito ver la cara de Demyan para saber que está puesta con determinación, teñida de algún resto de vergüenza.

Para mí es suficiente. Cuelgo.

Cuando vuelvo a llamar a Bastien, no lo sorprende mi informe. —Jakob dice que su hermano no paraba de hablar de lo buena que estaba la bailarina. Al parecer, da buenos bailes eróticos.

—Todos tenemos nuestras debilidades.

—¿Piensas en una en particular, Gav?

—Estoy pensando en todas ellas, *mudak* —respondo con brusquedad—. La cuestión es: vigila a Demyan y a los otros hombres. No creo que Demyan vuelva a meter la pata, no en mucho tiempo. Pero si esta bailarina trabaja para los irlandeses, seguro que irá a pescar otras presas a las que sacar información.

—¿Así que dejaremos a la bailarina en su sitio por ahora? —pregunta Bastien, con escepticismo en la voz.

—¿Qué fue lo que dijiste? —recuerdo—. Alimentemos a la rata con lo que queramos. Sí, podemos engordarla con una dieta de mentiras. Nada grande para delatarnos, sino pequeñas

cosas hasta que cuente.

—Aunque, al final... —Bastien se interrumpe.

—Llegará cuando tenga que llegar —digo—. Una vez que consolidemos nuestro dominio sobre Boston, una bailarina chivata no será más que una molestia pasajera. En cualquier caso...

—Nosotros no matamos mujeres —termina Bastien. Sí, puede que haya cambiado después de convertirme en Jefe, pero no tanto—. Por supuesto, hermano. Deberías dormir un poco.

—Sí, madre —lo reprendo—. Tú también deberías.

Cuelgo, sonriendo un poco. Entonces, se me ocurre algo. Una pregunta que olvidé hacerle a Demyan. Le mando un mensaje.

¿Cómo se llama la bailarina que nos está delatando?

Su respuesta es inmediata.

Stacy Navarre.

HANNAH

—Otra noche exitosa —grita Stacy.

—Suficiente éxito como para que esto merezca alguna celebración, ¿no crees?

Su sonrisa se ensancha. —Me has leído el pensamiento.

Mientras recogemos y nos dirigimos a Gabo, el bar de copas de al lado, miro a mi amiga con incertidumbre. Últimamente, parece cada vez más cansada, aunque su baile sigue siendo tan impecable como siempre.

—¿Cómo lo haces?

Ella parpadea confundida. —¿Hacer qué?

Suelto una carcajada. —Bailar durante horas y horas. ¿No te duelen... no sé, las piernas?

Stacy sonríe diabólicamente. —Si me duelen las piernas de sacudir el culo, cambio a sacudir las tetas hasta que me duelen los hombros. Un sistema a prueba de fallos. O me voy al baño. O, lo mejor de todo, me siento en el regazo de algún pobre imbécil y le susurro cosas dulces al oído hasta que se queda sin dinero.

—Veo que lo has pensado bien —comento con ironía.

—Conocimiento de calle, nena. Además —añade guiñando un ojo—, puedo reportar los masajes como gasto empresarial.

Dentro de Gabo, nos sentamos en una mesa de metal negro en la esquina con una vela azul brillante en la ventana. La gente pasa en tropel fuera, y yo los observo a todos, preguntándome qué estarán pensando, hacia dónde se dirigen, de qué huyen.

Me pregunto lo mismo sobre mí misma, para ser honesta.

—De verdad —dice Stacy—. Mi trabajo es pan comido comparado con el tuyo. Solo tengo que estar guapa y mover el culo. La descripción de tu trabajo implica unas cincuenta cosas diferentes, la mitad de las cuales pueden cambiar cualquier noche.

Levanto la carta de cócteles plastificada y sacudo la cabeza. —Me das demasiado crédito. Además, ahora que el Sr. Nikolaev se pasa por aquí y ayuda un poco, las cosas son más fáciles.

—Querrás decir *Gavriil* —aclara Stacy con una sonrisa pícara.

Intento no sonrojarme. —Claro. Gavriil.

Me esfuerzo todavía más por no mostrar el efecto que me produce el simple hecho de pronunciar su nombre. Se me eriza el vello de la nuca y se me pone la piel de gallina.

—Cuéntamelo —insiste—. ¿Qué es lo último? Me has estado ocultando secretos.

—No tuvimos tiempo de ponernos al día hasta ahora —señalo, aunque sinceramente me siento culpable por no habérselo contado todo todavía—. Y no iba a decírtelo de camino a la sala de descanso.

Las cejas de Stacy vuelan sobre su frente. —¿Decirme qué?

En ese momento, pasa la camarera y pedimos nuestras bebidas. Un vodka con soda para mí, tequila para Stace.

La camarera apenas se da la vuelta antes de que Stacy reanude su inquisición. —¿Y bien?

—Vale, no te asustes —digo, inclinándome—. Pero como que... lo hicimos en su oficina.

—¿*Como que lo hicieron*? —cacarea Stacy. Se lleva la mano a la boca y frunce las cejas—. ¿Qué es "como que lo hicimos"?

—Bien, lo hicimos —admito, dejándome caer en la silla con las mejillas coloradas.

Admitirlo se siente bien. Cargué con este loco secreto y poco a poco me está comiendo viva. Necesito compartir la carga con alguien más antes de enloquecer.

Y también hay algo en el acto de compartir cotilleos con tu mejor amiga que normaliza lo que estás compartiendo. Casi como si lo que pasó entre Gavriil y yo pudiera ser normal o bueno. Me quedo con "no totalmente loco", como mínimo.

—¡Lo sabía! —declara Stacy triunfante mientras nos sirven las bebidas—. Fue bueno, ¿verdad? ¿Fue alucinante, se te entumecieron los dedos de los pies, el mejor sexo de tu vida?

—No estuvo mal.

Stacy resopla, le da un trago largo a su tequila. —Mentirosa.

—Bien. Entonces fue mejor que eso —tomo un sorbo de mi bebida y me sereno—. Pero, al fin y al cabo, sigue siendo mi jefe. No debería involucrarme con él.

Miro a Stacy y veo que ya se bebió lo que le quedaba de copa. ¿Soy yo o últimamente bebe más rápido? La quimio de su madre debe estar pesando sobre ella.

—Creo que ese barco zarpó, Han —dice—. ¿Por qué luchar contra él? El hombre es un semental.

—Es peligroso —señalo—. Ya viste lo que les hizo a esos irlandeses. No fue bonito.

—Fue excitante —replica Stacy. Hace un gesto a la camarera y pide otro trago.

—Dio miedo.

—Vamos. Te excitó mucho.

—¡Stacy! —digo, extendiendo la mano sobre la mesa para golpearla.

Mientras retrocede a la defensiva, la luz se refleja en ella, iluminando momentáneamente su cuello... que tiene un chupón.

—¡Hablando de estar excitada...! —digo, contenta de que por fin me toque a mí esbozar una sonrisa cómplice—. ¿Quién es el nuevo caramelito?

Sonríe y da un largo sorbo a su segunda bebida en otros tantos minutos. Luego, hace como si tuviera un cierre en sus labios.

—Mira quién habla —regaño—. ¡*Tú* me has estado ocultando cosas!

—La verdad es que no —toma otro sorbo más largo—. No es nada serio, ni nada.

—¿Y el Sr. Mafioso Nikolaev es el amor de mi vida? Ahora escupe, hipócrita.

Se muerde el labio. —Supongo que se podría decir que está... fuera de los límites. Es uno de los chicos de Gavriil.

—¿Eh? —digo.

Sus palabras resuenan en mi cabeza: *Uno de los chicos de Gavriil...*

Supuse que Gavriil solo intentaba dar miedo cuando me dijo que era el "Jefe" de una "Bratva", signifique eso lo que signifique. El hombre tiene un retorcido sentido del humor. No puede estar hablando en serio.

Pero la forma en que Stacy acaba de decirlo me hace dudar. Tal vez "mafioso violento" era en realidad subestimarlo.

—En realidad no sé cómo funciona —vacila—. Pero ayuda a Gavriil con... cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—No sé. ¿Vendedor? ¿Seguridad? Ese tipo de cosas, creo. Es muy vago al respecto.

—Stacy —dejo mi bebida, negándome a romper el contacto visual, aunque puedo ver que está incómoda. Esto ya no es cosa de broma—. ¿Están vendiendo drogas?

—¡No! —protesta—. Quiero decir, no lo sé. No me lo dijo. Pero sé que no hacen juguetes para niños, si te refieres a eso.

Me desplomo en mi asiento, sin saber si mi estómago se revuelve de decepción o de alivio.

¿Qué esperaba realmente: encontrar pruebas concretas de que Gavriil Nikolaev es una manzana podrida? Como si lo que he visto y oído no fuera ya suficiente para confirmar mis peores sospechas.

—No puedo creer que estuvieras a punto de renunciar —murmura Stacy, mirándome fijamente —. ¿Y abandonarme así?

—Me habría asegurado de que estuvieras bien —le digo—. O te habría conseguido un puesto en

el trabajo de mi tía, sé que está contratando personal.

—Para ser una camarera de Hooters —dice Stacy con un resoplido desdeñoso—. Ganando el cincuenta por ciento de lo que gano en Eleganza.

—Tienes razón. Te pido disculpas. No estaba pensando. Solo sentí que ya no podía estar allí. Es difícil de explicar.

—¿Solo porque nuestro jefe podría ser un capo mafioso? —dice Stacy. Se encoge de hombros indiferente, como si hubiese dicho "operador de grúa" en su lugar.

—¿No es esa una bandera roja?

—En todo caso, podría ser un beneficio. Significa que nuestro club está mejor protegido —argumenta—. De todos modos, encuentro el lado de chico malo Demyan muy excitante. Es un animal en la cama. Y, a juzgar por lo que has dicho de ti y del jefe, creo que sabes de lo que hablo.

Mis mejillas se ponen aún más rojas. —Sí, bueno —es todo lo que se me ocurre decir.

Normalmente, tengo alguna respuesta ágil para lo que sea que Stacy me lance, pero mi cabeza aún está hecha un lío por lo de esa noche.

El calor que aumentó entre mis piernas cuando rompió mi carta.

Cómo me tomó y me hizo suya tan rápido.

No. Sacudo un poco la cabeza. Concéntrate.

—Admítelo —continúa Stacy—. Te hizo un favor rompiendo esa carta. Probablemente lo esperabas en secreto.

Estoy a punto de discutir con ella, cuando decido dejarlo así. No tengo energía para esto, para discutir sobre lo que puedo o no haber sentido.

—Bien, me ha descubierto, Dra. Stace —le digo en su lugar, con las manos en alto—. Tengo el mejor trabajo del mundo. Quiero a mis colegas, te quiero a ti, y el dulce Sr. Nikolaev me hizo un gran favor. Ahora, ¿puedo beber y ahogar mis penas en silencio?

Stacy sonríe. —¿Qué penas? Tienes un trabajo estupendo y te estás tirando a un semental. Yo diría que estamos bebiendo para celebrarlo.

Sacudo la cabeza apresuradamente. —Nada de "me estoy", nada de "tirando".

—Lo que tú digas, cariño.

No puedo expresar lo que quiero decir, esa extraña sensación que no parece desaparecer.

Que estar involucrada con Gavriil Nikolaev no es más que peligroso. Por quién es.

Por lo que es.

Pero lo peor de todo...

Por lo que me hace ser cuando estoy con él.

Meto la mano en el bolso para hacer sonar las llaves del club, aunque no consigo encontrarlas entre la masa de mi cartera, bálsamos labiales y demás parafernalia.

Es un hábito extraño que adquirí últimamente, por la razón que sea. Mis dedos rebuscan en el bolso, incluso en los bolsillos laterales, pero no encuentran nada.

Cuando empiezo a amontonar el contenido de mi bolso sobre la mesa, Stacy emite un sonido de compasión. —¿Dejaste las llaves en el club?

Luego de echar un último vistazo al contenido de mi bolso sobre la mesa, asiento. —Mierda, sí, supongo que sí. Será mejor que vaya a buscarlas. ¿Estarás bien?

Stacy asiente. —No te preocupes por mí. Tengo todos los cotilleos que puedo aguantar esta noche. Además, esta noche tengo que pasar por casa de mamá. Le compré un montón de esos chocolates blancos que le encantan.

—¿Segura que no quieres que te acompañe?

Niega con la cabeza, haciéndome un gesto con la mano. —Ya la has visitado bastante. De todas formas, esta vez me gustaría ir sola.

—Bueno —le digo, dándole un rápido abrazo antes de irme—. Si estás segura.

—Segura. Hasta luego.

De vuelta al club, no hay nadie, pero me apresuro a entrar de todos modos. No quiero ver a nadie en este momento, dado lo inestables que son mis pensamientos últimamente.

Sobre todo, no quiero verlo...

A él.

HANNAH

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

Está de pie detrás de la barra, con el botiquín abierto sobre la superficie de madera frente a él. Solo estamos él y yo, lo que me pone la piel de gallina. Es una locura que haya trabajado en el mundo de la noche durante toda mi carrera y que, aun así, me dé un miedo atroz estar en un club vacío y tranquilo. Nunca me acostumbré.

—No era una pregunta capciosa, Hannah. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Quién pregunta?

—Yo. Pero ya no te lo preguntaré. Vete a casa.

—Estamos fuera de horario laboral —respondo—. No puedes decirme lo que tengo que hacer.

La diversión se dibuja en su rostro. —¿No?

Trago saliva y le miro la mano. Tiene los nudillos raspados y ensangrentados. Se los está vendando. —Puedo ayudarte.

Su voz es ronca. —No necesito...

—Lástima —me acerco a grandes zancadas, le quito la venda de la mano y empiezo a vendársela yo misma.

No es que yo sea una experta en vendajes, pero a estas alturas, cualquiera con manos en buen estado puede hacer un trabajo mejor que el que estaba haciendo él.

Pero estar tan cerca suyo es como inhalar helio. No puedo pensar con claridad.

Aunque soy lo suficientemente sensata como para no preguntar cómo se lastimó así.

Cada vez que nuestras manos se rozan mientras trabajo, la sensación me recorre por completo. Está tan *cerca*. Pero no quiero pensar en eso.

No de nuevo.

—Muchas gracias —murmura Gavriil cuando termino.

—Por supuesto —mi voz suena antinatural a mis oídos, como si intentara ser una alegre

vendedora de coches—. De todos modos, debería...

—Tómate un trago conmigo —interrumpe.

Hago una pausa. —Eh...

—Esta vez no aceptaré un no por respuesta.

Me río a carcajadas. —No pareces el tipo de persona que acepta un no por respuesta.

Sonríe, lo que hace que mis ovarios den una voltereta hacia atrás. —Ahora está aprendiendo, Srta. Hall.

Me quedo inquieta en el otro extremo de la barra mientras Gavriil busca en la estantería y saca nuestra mejor botella de whisky. Sirve dos vasos y me acerca uno.

Le doy un sorbo a regañadientes. El trago que me tomé en Gabo con Stacy parece que se me subió a la cabeza. Este segundo no ayuda. Principalmente, porque me quema como gasolina cuando baja por la garganta.

Gavriil sorbe el suyo como si fuera agua. Me mira todo el tiempo. —Hay una cosa que me he estado preguntando sobre ti.

—¿En serio? —*hay como mil millones de cosas que yo me pregunto sobre ti.*

—Trabajas duro.

—¿Es una pregunta?

—Es una observación —corrige—. A la mayoría de las mujeres que conocí en la veintena no les importan las cosas que a ti parecen importarte.

—Supongo que aprendí joven —admito—. Llevo el ajetreo en la sangre, ¿sabes?

Ladea la cabeza. —Cuéntame más.

Trago saliva. —Mi madre tenía una pista de patinaje. Ayudaba después del colegio, los fines de semana, ese tipo de cosas.

Me pregunto si se da cuenta de lo cerca que estamos. De cómo su cercanía es palpable. Cómo su silencio parece arrancarme las palabras de la garganta hasta que balbuceo como un payaso en su presencia.

Todo.

El.

Tiempo.

—Me dejaba patinar cuando no había mucho trabajo, así que mi ayuda no era completamente por la bondad de mi corazón. Me encantaba. Mambo Nº5 era mi canción favorita. Solía repetirla. Tenía toda una rutina preparada y todo. La obligaba a bailar conmigo si no estaba ocupada.

Gavriil se ríe. —Una niña de mamá. Debería haberlo sabido.

—¿Y tú qué eras? ¿El niño de papá? O, espera, no, déjame adivinar, un pequeño alborotador. Definitivamente, ese eras tú.

—No tienes ni idea.

Su mirada me atraviesa. Solo Gavriil Nikolaev puede mirarte tan intensamente como para que se sienta más que el tacto de la mayoría de los hombres.

—De todos modos —digo. Trago saliva nerviosa, como si no me follara con la mirada sin cesar —, la ayudaba a reponer los patines, registrar los pedidos del puesto de comida, cosas cotidianas de esas. Será por eso que me gustan tanto estos trabajos logísticos.

—¿Dónde estaba tu padre?

—Muerto —digo brevemente.

—Ah. Ya veo.

Me gusta que no diga "lo siento". Dios sabe que ya lo he oído bastante. No ayuda en nada, no cambia nada, y seguro que no me hace sentir mejor.

—Tuvo un accidente de coche —añado, aunque no me lo preguntó—. Tenía tres años.

Gavriil frunce el ceño. —Tu madre no la tuvo fácil en esta vida, ¿verdad?

—Podría decirse. Era una madre soltera con un negocio que dirigir. Creo que por eso huyó a Australia con su nuevo marido a la primera oportunidad que tuvo.

Aunque suelto una risita oscura ante lo que no debería ser una broma, Gavriil me mira con recelo. —¿De verdad está en Australia?

—Sí —digo—. Pero no es tan malo. Nos turnamos para visitarnos una o dos veces al año.

Gavriil ya sacude la cabeza. —Al otro lado del globo. Demasiado lejos. La familia lo es todo. Si fueras mía...

Sus palabras me atraviesan con una verdad que parece equivocada. *Si fueras mía...*

—¿Y tú? —pregunto, antes de que la sensación se convierta en algo más concreto e inevitable—. ¿Cómo es tu familia?

—Son un caso de estudio. Mi madre es una tirana, así que aprendí de la mejor. Supongo que es natural cuando crías a tres niños Nikolaev.

—Oh —digo—. Pensé...

—¿Que era hijo único? —Gavriil sonríe divertido—. ¿Por qué? ¿Porque no juego bien con los demás?

—Bueno, cuando lo pones así... no, no lo haces.

Se ríe. —Soy el del medio. Dmitry es el mayor. Está casado, no para de hablar de su mujer. Bastien es un solitario —vuelve a mirarme—. ¿Tienes hermanos?

Sacudo la cabeza. —Soy hija única. Cuando era niña siempre quise tener una hermana, pero

luego conocí a Stacy, y somos casi hermanas, así que ya está bien, supongo.

—¿Stacy? ¿La bailarina? —pregunta Gavriil bruscamente.

—Sí, y no la habría contratado si no tuviera las aptitudes necesarias —digo secamente, maldiciéndome en silencio.

Maldita sea yo y mi bocaza. Está en el manual de *Cómo ser un buen jefe 2.0*: no contrates a tus amigos.

—Ya vinieron varias personas a decirme lo estupenda que es —añado cuando él no dice nada. Es cierto, pero aún así.

—Ya veo —dice escuetamente, callado de repente.

—Nunca mencionaste a tu padre.

La cara tensa de Gavriil se pone más tensa. —¿No lo hice?

—No —le digo—. No lo hiciste.

Quizá debería dejarlo pasar, considerando lo reticente que parece Gavriil. Pero no quiero que volvamos al tema de Stacy. Aunque, diga lo que diga, me mantendré firme. Eso es lo que hacen los amigos.

Gavriil se levanta. —Es una historia para otro momento. Deberíamos irnos. Es tarde.

Parpadeo, sorprendida por el final inesperado de este capítulo de mi noche.

Se detiene y me mira. No es la primera vez que pienso que es realmente increíble lo guapo que es. Cincelado y duro por todas partes, vestido inmaculadamente, con un aura que me hace estremecer cada vez que se acerca.

Su ceño fruncido parece querer decir algo más. Espero con la respiración contenida.

Pero nunca llega. En lugar de eso, se limita a decir—: Buenas noches, Srta. Hall —luego se aleja y se funde en las sombras.

Me quedo un rato sentada en el bar vacío, intentando ordenar la cabeza con poco éxito. Cuando me harto de luchar con mis pensamientos, lavo los vasos que me quedan y salgo por la puerta.

Esta noche me tomé dos cócteles muy fuertes, pero el que me ha dejado de piedra ha sido el cóctel de emociones que Gavriil me ha hecho tragar.

Confusión.

Emoción.

Y miedo.

Mucho miedo.

HANNAH

La noche siguiente, estoy ayudando en el bar cuando uno de los hombres de Gavriil se me acerca. —El jefe quiere verte.

—Bien —digo—. Solo dame unos minutos para que pueda...

—Ahora —me interrumpe.

Resisto el impulso de gritarle. Al fin y al cabo, si Gavriil quiere verme cuanto antes, no es culpa de este hombre.

—¿Estás bien? —le pregunto a Benji, corriendo a mi izquierda.

Asiente. —Aún es temprano. Debería estar bien. Mejor ve a ver qué quiere el gran hombre.

Así que voy tras el hombre de Gavriil, pensando en mi estrategia mientras avanzamos. Puede que tenga que hablar con Gavriil sobre la paciencia. Aunque, conociéndolo, la conversación no acabará como yo pretendo, por muy minuciosa que sea mi planificación de antemano.

El hombre es una bola de demolición.

En lo alto de la escalera, el matón me hace un gesto para que me acerque a la oficina y vuelve a bajar las escaleras con un gruñido. —Encantada de hablar contigo también —refunfuño.

Me vuelvo hacia el despacho y empiezo a entrar, pero luego me detengo con la misma brusquedad. Un pie en la puerta y ya estoy confundida.

¿Dónde está Gavriil?

Hay algo en su escritorio, pero ni rastro de él. Avanzo hacia eso. *Esto se pone cada vez más raro...*

Me pauso ante el escritorio y veo lo que hay encima: un precioso vestido rojo de seda.

A su lado, unos zapatos plateados y una gargantilla de brillantes a juego. Todo se ve precioso, invaluable, impecable.

Pero... ¿por qué?

Lo siento acercarse por detrás mucho antes de verlo. —Vístete. Te llevaré a cenar —la voz de Gavriil es una orden gruñona en mi oído. Sus manos transmiten una exigente demanda en mis

caderas—. Y, por una vez, no hagas preguntas estúpidas.

Sus manos me sueltan con un pequeño empujón.

Lo que debería hacer es darle una bofetada por ser tan presumido y violar todas las normas de decoro laboral conocidas.

Lo que *quiero* hacer es... exactamente lo que me ordenó.

¿Adivina cuál gana?

Doy vueltas en mi sitio. —¿Ahora?

Me desabrocha un botón de la blusa. —Ya, ya. No me hagas repetírtelo.

Su aspecto es lo bastante sexy como para hacerme dudar: con esa camisa blanca color crema, abotonada con las mangas remangadas hasta los codos, mostrando sus brazos bronceados y musculosos.

Sus ojos se clavan en los míos. —En realidad, ahora que lo pienso... quizás necesites ayuda.

No pestañeo, aunque siento que tiemblo como una hoja mientras desabrocha el siguiente botón.

Y el siguiente.

Y el siguiente.

Sus ojos hambrientos se tragan los míos. No podría apartar la mirada, aunque lo intentara. Soy masilla en sus manos. Estúpida, ingenua, perdida en la lujuria.

Y la forma en que me devuelve la mirada... ningún otro hombre lo ha hecho igual.

—¿Puedo saber dónde será la cena? —pregunto con voz ronca mientras él desabrocha lentamente el siguiente botón.

—No. Es una sorpresa.

—Eso no es justo.

—¿No te gustan las sorpresas? —siento calor entre las piernas. Me toca el siguiente botón. —Solo faltan un par más...

Pero, justo cuando su mano se desliza hacia mi pecho, me aparto.

—¿Llamas a esto ayuda? —pregunto débilmente.

Sus ojos brillan por un momento y retroceden. —¿Por qué no me enseñas cómo se hace, entonces?

Retrocede medio paso, cruza los brazos y me clava una mirada tranquila que me eriza la piel.

Me tiemblan tanto los dedos que es un milagro que consiga que cooperen. Gavriil no aparta la mirada mientras me desabrocho el penúltimo botón. Uno más y mi camisa se abre por delante, dejando al descubierto mi sujetador negro.

Disfruto su ceño fruncido mientras me encojo de hombros y tiro la blusa a un lado.

—Ahora los pantalones —murmura, apuntándolos con la barbilla.

Trago saliva. Se me hace un nudo en la garganta, increíblemente grande. Pero, como si me controlara con hilos de marioneta, mis manos se deslizan hasta el cierre de mis pantalones de cuero.

Hay tanto silencio que escucho el murmullo del tráfico de fuera. El leve ruido de la música en el club. El sutil murmullo de nuestras respiraciones entremezcladas.

No me canso de ver esa intensa concentración en su cara. Es hipnótico.

Despacio, despacio, despacio, me desabrocho los pantalones y me los quito. Nuestras miradas se cruzan.

—Eso es —gruñe, da zancadas hacia delante. Con un movimiento suave, me agarra.

—¡Gavriil! —protesto—. No quiero...

Ignorándome, mete la mano en mi ropa interior y la pasea por mi humedad. Cuando la vuelve a sacar, agita los dedos brillantes delante de mi cara.

—Creo que sí quieres —susurra—. Creo que esto demuestra que lo mucho que lo deseas.

Me aprieta la cadera y lo único que puedo hacer es gemir.

Asiente, satisfecho. —Eso es lo que pensaba.

Todo lo que ocurre a continuación es muy rápido. Me hace girar y me inclina sobre el escritorio. Detrás de mí, noto vagamente cómo se baja la cremallera y sus pantalones caen hasta los tobillos. Cuando intento mirar por encima del hombro, coge mi pelo por las raíces y me lo tira hacia atrás, de modo que solo puedo gemir y mirar al techo.

Luego, me aparta las bragas y me mete la polla.

Mi visión se oscurece en las esquinas al instante. Mi cerebro sufre un cortocircuito. Su polla es mejor que el mejor vibrador puesto a cien. Ya me tiemblan las piernas de placer. Mis gemidos suenan totalmente impotentes, quizá porque eso es exactamente lo que soy.

Con su polla dentro mío, no soy más que su juguete. No puedo pensar. Apenas puedo respirar.

Todo lo que hay es su cuerpo y el mío.

—Me tomas como una gatita buena —gruñe Gavriil mientras me da golpes rápidos y sin piedad. Su mano sigue sujetándome el pelo y la tensión me quema el cuero cabelludo, pero no me importa. En todo caso, no hace más que aumentar la mezcla de sensaciones que me consumen ahora mismo.

Solo sé que necesito más. Y me lo da.

Más duro y rápido, una y otra vez. Más profundo, áspero y salvaje. Más hasta que me estremezco, medio incoherente, y me corro con él en un jadeo.

Y, aun así, no terminó conmigo. Sigue golpeando el mismo punto perfecto sin descanso. No tengo que decirle lo que tiene que hacer, lo sabe como si estuviera hecho para hacérmelo.

La siguiente vez que me pierdo, él también. Gruñe de placer mientras se corre.

Después, se sale de mí. Me desplomo contra el escritorio, respirando con dificultad.

—Bien —dice con aprobación—. Ahora puedes terminar de vestirte.

Abro la boca para responder, pero me quedo muda. Mi mente está confusa y me resulta imposible pensar.

Cuando nota mi batalla interna, sonríe irónicamente y me tiende la mano. La tomo.

Aunque, apenas me pongo en pie, se acerca a la puerta y me dice por encima del hombro—: Deprisa, o llegaremos tarde.

La puerta se abre y se cierra. Entonces, estoy sola.

Una vez que se va, me lleva un buen minuto o dos recuperar el aliento. Mierda. Yo... probablemente sea mejor no pensar en lo que acaba de pasar.

Mejor tomar el vestido y ponérmelo. Seguir órdenes parece lo mejor en este momento, porque solo Dios sabe qué ideas terribles se le ocurrirán a mi mente si la dejo libre en su estado actual. Es mucho, mucho más fácil hacer lo que Gavriil dice.

Me pongo el vestido y me subo la cremallera. No hace falta que me mire en el espejo: con solo mirar hacia abajo, me doy cuenta de que la seda roja y ceñida me sienta como un guante.

Me estremezco de placer. Antes de ponerme a analizar lo que significa que mi jefe conozca mi talla exacta, me quito los zapatos, me pongo los tacones y me abrocho la gargantilla al cuello.

Antes de detenerme a dudar, me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

Fuera, Gavriil me está esperando. —Bien —dice—. Te queda bien. Sus ojos me recorren de arriba abajo, me absorben y me gusta. Vuelvo a estremecerme.

Como si no pudiera evitarlo, empieza a alargar la mano, y me pregunto si ya vamos a caer el uno sobre el otro otra vez.

Pero entonces se detiene con la mano suspendida en el aire entre nosotros.

Sacudiendo la cabeza, dice, sobre todo para sí mismo—: No. Más tarde.

—Si es que tienes tanta suerte —murmuro. Sinceramente, la broma me sorprende tanto como a él.

Parpadea un momento y luego sonríe. —Sigue contestándome, pequeña —susurra— Me gusta tu fuego.

No hay ninguna broma en respuesta por mi parte. Tuvo suerte de que me saliera una. Mi mente sigue estando estúpida por el sexo.

Mientras Gavriil y yo salimos, le digo—: ¿No es un poco irresponsable dejar el club sin gerente?

Gavriil se ríe. —Algo me dice que no eres capaz de lidiar con mucho en este momento.

Me sonrojo y miro hacia abajo. No se equivoca. Ni siquiera un poco. En mi actual estado de embriaguez no podría ni con un Cuba Libre, y mucho menos con una discoteca.

—Yo... —pero mis palabras vacilan.

Asiente. —Eso es lo que pensaba —volviéndose hacia la carretera, señala una limusina al ralentí junto a la acera—. Es para nosotros.

Me guía hasta la puerta y me ayuda a entrar. Luego, me sigue y cierra la puerta tras nosotros. En cuanto nos sentamos, el coche arranca suavemente.

Echo un vistazo al habitáculo. Asientos acolchados de cuero negro, una mampara que nos separa del conductor y una mininevera con champán helado.

—Casi lo olvido —dice mientras se detiene en la carretera—. Esta cena es con mi familia.

A punto de abrocharme el cinturón, se me cae y me golpea el hombro. —¿Cómo dices? —replico.

—No parezcas tan entusiasmada.

Ni siquiera puedo formular una respuesta. Solo puedo mirarlo boquiabierta.

Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

GAVRIIL

Hannah no parece contenta. —¿Casi lo olvidas? —frunce el ceño—. Y una mierda.

Hago un gesto hacia fuera, hacia la autopista por la que entra la limusina. —¿Prefieres quedarte aquí?

—Funciona para mí.

Enarco una ceja. —¿Estás segura?

Ella no parpadea. —Completamente.

—De acuerdo —me encojo de hombros y me acerco a la puerta—. Si estás segura... —abro la puerta. Hannah grita cuando el sonido de la carretera a toda velocidad llena el habitáculo.

—¡No! —grita.

Cierro la puerta de golpe y giro para sonreírle. —No estas tan segura después de todo —me estudia.

—En realidad no ibas a...

—Haces que sea muy fácil presionar tus botones, Srta. Hall.

Ni siquiera cruzar los brazos sobre el pecho lo ayuda en su lucha contra esa sonrisa que se aproxima. —Idiota.

—Eres linda cuando te enfadas.

Me empuja. —Y tú eres un imbécil cuando…. Oh, espera, todo el tiempo.

La tomo por la muñeca. —Si comprarte ropa cara me convierte en un imbécil, entonces soy tan malo como el más malo.

—Oh —se muerde el labio, parece culpable—. Cierto. Olvidé darte las gracias por todo esto. Es precioso.

—De nada —le digo. Suelto su mano y me echo hacia atrás en el asiento para mirarla.

—¿Y si hubiera dicho que no?

—Ni se te ocurriría decirme que no.

Suspira y cede. Sabe que tengo razón. —Deja de mirarme así —refunfuña.

—Como quieras —me giro para mirar atentamente por la ventana.

El motor retumba y el coche se queda en silencio durante un rato. Pero Hannah no soporta el silencio, la tensión. Se romperá, lo sé. Podrías poner un reloj para ver lo predecible que es.

Tres... dos... uno...

—¿Así que no admitirás que esto fue grosero? —exige—. Soltarme un *"Oh, por cierto, mi familia va a estar allí"* sin previo aviso es una mierda.

Me vuelvo de nuevo hacia ella. —¿Tienes miedo?

Su mirada es ardiente, pero su sonrisa es nerviosa. —Un poco, sí. ¿Es realmente toda tu familia?

—Todos los vivos. No te preocupes: te mantendré a salvo.

—Genial. Ahora me siento completamente bien —dice con una risita aguda. Sus ojos bailan sobre mis labios. Yo hago lo mismo con ella. Puedo sentirlo. El calor en el aire, cada vez más cálido a medida que mi hambre por ella se intensifica.

—Bien —digo, dándome la vuelta. Ya es suficiente.

—Bien —responde ella.

Miro por la ventanilla. La limusina está de nuevo en el corazón de la ciudad, pasando por manzanas abarrotadas de tiendas y gente.

Ya casi llegamos.

—¿Hay algo que deba saber para esta noche? —pregunta—. ¿Algo que hacer o no hacer cuando cene con los Nikolaev?

—Buenos modales básicos y etiqueta deberían bastar —finjo escrutarla—. Tu madre te enseñó a usar los cubiertos, ¿verdad?

Hannah pone los ojos en blanco. —Ups, olvidé mencionarlo... cuando era niña, comíamos montones de patatas fritas del suelo de la pista de patinaje y sorbíamos sopa directamente del cuenco.

—Entonces, haz exactamente lo contrario y deberías estar bien.

Su ceño no se frunce. —"Deberías" no quiere decir que así sea.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que serías una gran abogada?

Casi sonríe. —Mi ex, en realidad.

Eso me hace detenerme, entre otras cosas porque enciende una llamarada de celos en mi pecho. Es estúpido, ella no significa nada para mí. Pero de todos modos está ahí, innegable e hirviente.

La miro. —Nunca lo habías mencionado antes.

Se encoge de hombros y vuelve a mirar por la ventana. Pérdida de interés o un intento por evitar mi mirada indiscreta. —No hay mucho que mencionar. Terminó. Por lo tanto es mi "ex".

—¿Oh?

Se gira e inclina la barbilla para mirarme a los ojos. —¿Y tú? ¿Alguna ex?

—Ninguna digna de mención.

—Me parece bien.

Debería dejarlo, sea lo que sea esto que no se dice en el aire. Pero tengo tiempo para matar, y nunca me ha gustado no saber las cosas.

Así que me inclino para gruñirle al oído—: No librarás tan fácilmente.

—¿No?

Mi mano aprieta su cadera. Ya se me está poniendo dura. —Ni en tus sueños más salvajes.

Se da la vuelta y apoya las manos en mi pecho. Aunque noto que no me aparta cuando pregunta —: ¿Por qué te importa?

—¿Por qué evitas responder?

Sus ojos buscan los míos. Parecen más azules de lo normal, o quizá solo sea la oscuridad.

Evidentemente, no está contenta con lo que encuentran, pues se voltea. —No. No voy a hacer esto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir —dice ella, con tono frío—, que a ti, Gavriil Nikolaev, te gusta recibir mucho más de lo que das.

Me río. Alargo la mano y toco el colgante de la gargantilla que lleva en el cuello. Levanto la mirada para mirarla y le digo—: Me gusta tu aspecto cuando llevas mis cosas.

Sus mejillas se ponen rojas de inmediato. Dejo caer la gargantilla y me recuesto en el asiento.

Hannah se humedece los labios. Intenta recobrar la compostura. Cuando se mueve, la tenue luz del techo tiñe su pelo de rojo escarlata por un momento. Se me ocurre algo.

—No eres irlandesa, ¿verdad?

Arruga la nariz. —¿Qué clase de pregunta es esa?

Me encojo de hombros. —Te gusta discutir. Muy irlandés por tu parte.

Hannah se echa a reír, con las cejas levantadas por una incredulidad de buen humor. —¿Eres de estereotipos? ¿Y los rusos son conocidos por ser ratoncitos tímidos?

—Touché.

—Eso es lo que pensaba —resopla, aunque sonríe.

—La única razón por la que lo menciono —continúo—, es que el único verdadero motivo de problemas para mi familia sería que fueras irlandesa y estuvieras asociada con cierto grupo de ellos que nos estuvieron molestando durante algún tiempo.

—Hm —Ladea la cabeza—. ¿Un enemigo de la familia?

Asiento. —Exacto.

—Bueno, no soy irlandesa, y ni siquiera conozco a muchos irlandeses, ahora que lo pienso —dice, pensativa—. No es que deba importar.

—Bien —digo, dándome la vuelta, frunciendo el ceño.

Ya he dicho demasiado. ¿Por qué contarle lo de los McNulty? ¿Por qué ir allí? Estúpido de mi parte. Necesito ordenar mis pensamientos.

Nos quedamos allí sentados unos minutos más, con Hannah moviéndose de vez en cuando.

—Sigues nerviosa —digo finalmente.

—¿Cómo podría estarlo? —dice sarcásticamente—. ¿Con todos los consejos estelares que me diste?

—Mi familia no es tan mala. Son... bueno, quizá lo sean. Si no sabes en lo que te estás metiendo.

—Encantador —Hannah hace una mueca—. Eso suena extremadamente prometedor.

En ese momento, la limusina llega al restaurante y nos bajamos. Tomo a Hannah del brazo, salgo y contemplo la escena. Veo a mi familia sentada a la mesa a través de las ventanas del edificio de piedra. Hannah y yo llegamos un poco tarde, sobre todo por nuestro encuentro de antes.

Todavía no me creo que esté haciendo esto.

Es una gran broma divertida, llevar a Hannah a conocer a mi familia. Excepto que... no es realmente una broma. Y tampoco es tan divertida.

La cojo con fuerza del brazo y la miro. Sí, está tan buena como esperaba cuando elegí el vestido, pero... mierda.

Traigo una mujer a casa. ¿En qué coño estaba pensando?

—¿Este es el lugar? —dice Hannah—. ¿Arkady Novikov? ¿Lo he pronunciado bien?

Me río entre dientes. —Ni por asomo.

Entonces, suspiro, la cojo de la mano y entramos.

Que empiece el espectáculo.

GAVRIIL

Damos un paso más allá de las puertas de madera pulida de Arkady Novikov, y el rico y cálido aroma de la comida me golpea. Se me revuelve el estómago.

Atravieso el suelo de piedra y me dirijo a nuestra mesa. Bastien es el primero en verme, con sus dotes de observación, como siempre.

Asiente y le da un codazo a mamá, que sonríe. —¡Ah, así que al menos no le mentiste a tu madre!

Lleva un vestido negro entallado y un abrigo rosa. Se levanta y viene a abrazarme.

Su perfume es tan espeso y empalagoso como siempre, pero no sería ella sin él.

—¿Me llamas mentiroso? —pregunto mientras nos separamos.

Le hace un gesto burlón a Bastien con las uñas cuidadas. —Tu *hermano* me aseguró que traería una cita. Sin embargo, aquí está: sin cita. A no ser que esté ciega.

Bastien está vestido de negro de pies a cabeza, y con su rostro adusto parece que también está en un funeral. —Cambié de opinión.

Los demás, excepto mi madre, nos reímos. Ya ha visto a Hannah. —¿Y quién es ella?

—Hannah —digo.

—Encantada de conocerte —dice Hannah, sonriendo con timidez mientras se dan la mano.

Una parte de mí se pregunta si el férreo control de mi madre ya la asustó. Pero Hannah no se asusta fácilmente.

Me dirijo a los demás. —Este es mi hermano, Dmitry, y su mujer, Shannon —extiendo el brazo para indicar a Dmitry, que lleva una camisa azul brillante que estoy seguro que eligió Shannon. Ella lleva un vestido del mismo tono que cubre su barriga de embarazada.

Asiento a Bastien, que sigue tan malhumorado como siempre. Probablemente se le ocurran una docena de cosas más productivas que podría estar haciendo con su tiempo. —Y Bastien, que vive aquí en Boston conmigo.

Hannah apenas ha terminado de saludar a Bastien con la mano cuando mi madre la mira

fijamente con ojos oscuros e intensos. —¿A qué te dedicas, Hannah?

Resisto el impulso de hacer una mueca.

—Dirijo un club nocturno —dice Hannah con diplomacia. Me mira con el rabillo del ojo como diciendo: *¿Debería decir cuál?*

—¡Ah, una mujer trabajadora, qué maravilla! —dice mamá. Señala la botella que hay sobre la mesa—. ¿Quieres vino?

—Claro —dice Hannah mientras nos sentamos—. ¿Te quedarás mucho tiempo en la ciudad?

—Solo el fin de semana —dice mamá mientras se sirve una copa a sí misma y a Hannah—. Suficiente tiempo para visitarlos, pero no tanto como para molestarlos —se ríe, inclinándose con un brillo conspirador en los ojos—. Mis hijos están muy ocupados con sus negocios.

Hannah sonríe amablemente, claramente insegura de qué decir. Probablemente porque sabe más de mis "negocios" de lo que quisiera.

—Tuve suerte de reunirlos a todos para esta noche —continúa mi madre, acercándose para darme una cariñosa palmadita—. Este ha estado trabajando sin parar. Cada vez que hablo con él, ha abierto otro negocio. Y es tan arisco.

Hannah se ríe y Shannon asiente. —"Arisco" ni siquiera empieza a describir a Dmitry en un mal día. Además, tiene una ética de trabajo que pondría celoso a Stephen King. Tengo suerte de tener a Vanna para visitar las galerías de arte conmigo.

Mi madre sonríe, levantando su copa de vino para brindar por eso. —Yo soy la afortunada. No tienes ni idea de con qué tendría que amenazar a estos chicos para que fueran al MOMA o al Guggenheim.

—Por el buen gusto —Shannon levanta su vaso de agua para vitorear a mi madre, antes de mirar a Hannah con interés en sus ojos verdes—. ¿Cómo se conocieron?

—En el club —dice Hannah. Me dirige otra mirada interrogante.

—El Eleganza —explico.

Que se jodan: estoy cansado de caminar en esta cuerda floja conversacional. Si la van a desaprobar, que la desaprueben. Me importa un carajo.

Aunque el ceño de Bastien se frunce imperceptiblemente, seguramente porque está claro que no sigo su consejo, mi madre no parece afectada. Probablemente se esté reservando su opinión hasta conocer mejor a Hannah.

—Debes de gustarle mucho a Gavriil —comenta Shannon—. Nunca trajo a nadie a cenar, aunque Dmitry me ha dicho que ha tenido bastantes novias.

—Yo no las sometería a este tipo de inquisición —digo.

—Oh, tonterías —madre hace un gesto desdeñoso con su muñeca adornada por un brazalete dorado. Se vuelve hacia Hannah—. Créeme: cuando Gavriil quiere hacer algo, lo hace. Así que debe querer que estés aquí.

—Supongo que debería sentirme honrada —bromea Hannah.

—Así son los hombres Nikolaev. Totalmente testarudos una vez que eligen algo. O a alguien.

Hannah se sonroja, aunque sigue riendo entre dientes.

—Eso no es nada comparado con las mujeres Nikolaev —insisto.

—No lo sé —mi madre mira a Shannon de reojo—. Yo diría que las mujeres Nikolaev somos bastante mansas, ¿no?

—Extremadamente —dice Shannon, chocando sus bebidas de nuevo.

Dmitry se ríe de buen humor, Bastien sonríe satisfecho y yo sonrío para mis adentros.

Hannah Hall es muchas cosas. “Mansa” no es una de ellas.

En ese momento, vuelve el camarero. Cuando le damos la orden y se marcha, mamá se vuelve y mira a Bastien con el ceño fruncido.

—Bastien, estás siendo antisocial. Ven, dile algo a Hannah.

—Está bien, de verdad —dice Hannah—. Yo también soy bastante tímida.

—No, no está bien —insiste mamá—. Es una cena familiar, y apenas ha dicho cinco palabras a nadie.

—¿Y eso por qué es inusual? —señalo.

Sin embargo, Bastien ya está inclinado hacia delante en su silla y mira a Hannah con un interés poco convincente, pero cortés. —¿Qué te parece Boston?

—Me gusta —dice Hannah—. Supongo que tiene que gustarme, pues he vivido aquí toda mi vida. Gavriil insiste en que no estamos a la altura de Nueva York, pero no sabe de lo que habla.

—Es normal —dice Dmitry.

Le muestro el dedo.

Mi madre se ríe. —Oh, me gusta.

—Si crees que ahora es peleona —le digo—, deberías verla en el club, en su elemento.

—Bien por ti, Hannah —Dmitry asiente con la cabeza—. Gavriil puede ser muy duro a veces. No aceptes ninguna mierda de él.

—Qué bien lo estamos pasando todos aquí —murmuro—. ¿Para qué está la familia?

—Para ponerte en tu sitio —me informa Dmitry.

La mesa se ríe a carcajadas. Incluso yo me río. Es fácil cuando se siente así de fácil.

Pero ese es el problema.

En cuanto me doy cuenta de lo cómodo que es, una sensación sigilosa le sigue de cerca. Terror, o algo parecido.

Esto...

Esto no es...

Esto no es lo que necesito hacer.

Me excuso para ir al baño. De camino, la sonrisa que llevaba se me borra tan rápido que es como si nunca hubiera estado ahí.

Un vistazo atrás me muestra que Hannah sigue sonriendo y bromeando con los demás.

Me rechinan los dientes. Mejor no pensar en ello.

Dentro del baño, me meto en una cabina para forzar mi respiración y volver a la normalidad. No hay necesidad de exagerar. Entonces, ¿por qué tengo ganas de golpear una puta pared ahora mismo?

Porque veo lo que viene. Lo que me está haciendo. Lo que está gestando en mí.

Debilidad.

—No —siseo—. No lo volveré a hacer.

Mi mano se cierra en un puño mientras todo vuelve a mí. Fue hace más de una década, pero lo recuerdo tan bien como si estuviera sucediendo ahora mismo...

La sangre corre por mi hombro, lenta como el deshielo.

Polvo, por todas partes: llena mis fosas nasales, mi garganta. Polvo espeso como nubes. Hedor metálico y polvoriento. Las palmas de las manos llenas de polvo y las rodillas en carne viva y...

—No. Ahora no —gruño para mis adentros—. Ahora no, maldición.

Mis manos se aferran al soporte del papel higiénico y lo desgarran. La cajita de metal se desprende de mis manos como si fuera un juguete. La golpeo contra la pared de madera de la cabina y rompo el panel por la mitad.

Pero eso no es suficiente. Mi rabia exige más. Más violencia. Más destrucción.

Agarro la puerta, la arranco de las bisagras y la lanzo por la habitación. Arranco el asiento del inodoro y lo arrojo contra el espejo como una jabalina. El cristal se rompe y los fragmentos estallan por todas partes como una ventisca lateral.

La puerta del baño se abre de golpe. —¿Gav? —Dmitry pregunta—. ¿Qué estás...?

Se detiene en seco al verme allí de pie, con las manos ensangrentadas, el pelo revuelto y la cara amoratada por la ira. Su mirada me dice que he ido demasiado lejos.

Me obligo a inspirar. A erguirme y arreglarme en mi reflejo resquebrajado. Cada respiración me quita la rabia hasta que vuelvo a tener el control.

Fue estúpido exagerar de esa manera. Mañana enviaré al restaurante una donación anónima para cubrir los daños.

Dmitry no se mueve. Se queda donde está, mirándome fijamente.

—Estoy bien —respondo antes de que pueda preguntar.

—No lo parece.

—No empieces.

Dmitry abre la boca justo cuando se oye un disparo fuera de la habitación.

Los ojos de Dmitry y los míos se encuentran. Nos quedamos inmóviles, esperando. Debemos haber oído mal. Seguramente no pudo haber sido...

Pero entonces, vuelve a sonar. Esta vez, no hay duda: ha sido una bala. Más cristales se hacen añicos. Esta vez, no es obra mía.

Sin mediar palabra, nos damos la vuelta y salimos corriendo.

HANNAH

“Rápido” no es la palabra correcta para describir los milisegundos en los que sucede todo.

La ventana se hace añicos.

Disparos perforan el aire.

La habitación se vuelve negra cuando se corta la luz.

Se me escapa un grito cuando unas manos ásperas me tiran al suelo. —¿Dónde coño están los guardias? —ruge una voz que parece la de Bastien.

Una mano suave y pequeña coge la mía. —Está bien —susurra Shannon—. Todo saldrá bien.

—Vengan por aquí —dice Vanna, consiguiendo inyectar mando en su voz a pesar del caos que reina a nuestro alrededor.

Me llevan de manos y rodillas, haciendo todo lo posible por mantener la compostura.

¿Cómo demonios no enloquecen como yo? Todos los demás lo están. Hay gente aterrorizada esparcida a nuestro alrededor, murmurando, susurrando y llorando en silencio.

Pero ellos no.

Es casi como si los Nikolaev hubieran estado en situaciones como esta antes.

Mis rodillas rozan el áspero suelo de piedra, aunque si un poco de incomodidad física significa para mí la diferencia entre la vida y la muerte, puedes apostar a que la aceptaré.

Una mano en el hombro me dice que me detenga. Apenas puedo distinguir en la oscuridad el bar tras el que nos hemos escondido.

—Quédate aquí —ordena Vanna—. Aquí estaremos a salvo.

—¿Qué está pasando? —susurro.

—Algo que no debería pasar —susurra ella. Asesinato en su voz—. Pagarán por esto.

—A menos que nos hagan pagar primero —digo, con la voz temblorosa.

—No seas ridícula —sisea Vanna—. Mis hijos nos protegerán. ¿Realmente lo dudas?

—Por extraño que parezca, no.

—Entonces, tienes sentido común —me dice. Aunque está demasiado oscuro para ver, estoy segura de que está contenta con mi respuesta.

Quizá sea el shock, pero una parte de mí todavía quiere complacer a la madre de Gavriil, a pesar de que estamos en medio de un tiroteo.

O lo estábamos, al menos. Las balas parecen haber disminuido, por ahora.

Quienquiera que nos estuviera disparando no podía haberse rendido ya, ¿verdad? Un escalofrío me recorre cuando se me ocurre la respuesta obvia.

A menos que ya hayan alcanzado su objetivo.

Lo que lleva a la pregunta: ¿Dónde está Gavriil?

—No seas tan dura con ella, Vanna —dice Shannon en voz baja—. No está acostumbrada a esto.

—Bueno, será mejor que se acostumbre —el tono de Vanna es nítido y sin tonterías. Una parte de mí se pregunta si quienquiera que nos estuviera disparando seguiría molestando después de que ella le echara la bronca—. Al menos, si está planeando pasar más tiempo con Gavriil.

Shannon solo se ríe. —Quizás necesite un fin de semana contigo.

—Creo que este curso intensivo será suficiente, gracias —digo, sorprendida de encontrar una nota de humor negro en mi voz—. Aunque, ¿no estarás diciendo en serio que este tipo de cosas son normales?

—En absoluto —dice Vanna—. Mis hijos son muy estrictos. Esto es... inusual.

—Vanna tiene razón —Shannon coincide—. Nuestros chicos se encargarán.

El ruido de la carrera llena el restaurante. El golpeteo de los pies, la respiración agitada.

—¡Hannah! —Gavriil ruge—. ¿Dónde estás? ¡Hannah!

—¡Estoy aquí! Detrás de la barra —grito en respuesta—. Estoy... estoy bien.

Bueno, todo lo bien que se puede estar, con la luz cortada y un tiroteo estropeando una cena familiar en un buen restaurante.

Algo más me molesta, sin embargo, por debajo de todas las cosas obvias. Es extraño que Gavriil realmente sonó como... bueno, casi como si le importara. Como si temiera que me hubiera pasado algo.

Como si no supiera qué hacer si algo hubiera pasado.

Cuando mis ojos se adaptan mejor a la oscuridad, distingo el asentimiento satisfecho de Gavriil antes de darse la vuelta.

Él y Dmitry se esconden detrás de las mesas, sacan pistolas que yo no sabía que llevaban en la cadera, se arrodillan y disparan por la ventana hacia la noche. Algunos hombres más entran corriendo y se les unen. Los disparos se duplican, se triplican y entonces me doy cuenta de que

también vuelven a *entrar* por la ventana.

Sea quien sea, todavía no terminó.

Me doy cuenta de que agarro el borde rugoso de la barra con tanta fuerza que me estoy lastimando los dedos. Hago un esfuerzo para sacarlos y me los pongo en el regazo.

Todo va a salir bien, me digo. *Tiene que ir bien.*

Dentro estallan más disparos, pero Dmitry, Gavriil y los otros hombres que los acompañan son implacables. Los disparos parecen imposiblemente fuertes. Como si ocurrieran justo dentro de mis tímpanos.

—¿Lo ves? —dice Vanna, con una confianza que me gustaría tener—. Es solo cuestión de tiempo. Sea quien sea esta gentuza, no es rival para los hombres Bratva.

Aunque obviamente no conozco a Gavriil y a sus hermanos ni la mitad de bien que su propia madre, Vanna tiene razón. Gavriil es el hombre más capaz que conozco. Si alguien puede manejar esto, es él.

Suenan un par de disparos más. Luego, nada.

Hacen falta unos minutos de silencio para que me crea que quien ha estado disparando se ha ido por fin, de verdad.

Alguien acciona un interruptor y todos entrecerramos los ojos ante una semiluz parpadeante.

Mientras mi visión se vuelve estrellada, veo a Gavriil rodeando a Bastien, con la pistola aún en la mano. —¿Qué demonios ha sido eso? ¿Por qué tardaron tanto en llegar nuestros refuerzos?

Los hermanos se miran fijamente durante unos segundos y Bastien se marcha sin contestar, con cara de asesino.

Que es exactamente como Gavriil luce, también. Guarda su pistola como si fuera a caer en la tentación de usarla si no la pone inmediatamente fuera de su alcance.

Mientras tanto, Dmitry ya guardó su arma y se acerca a nosotros, con los ojos puestos en Shannon. —El bebé...

—Está bien —termina Shannon por él. Se abrazan con fuerza.

—Gracias a Dios —dice roncamente. Hunde la cabeza en su pelo—. Gracias a Dios, joder.

A mi lado, Vanna se levanta y se quita el polvo de la blusa y la falda con aire regio. Hace una pausa para dirigirse a la desconcertada y llorosa multitud, que apenas acaba de empezar a salir de los diversos rincones marcados por las balas en los que se escondían. —No se preocupen. Todo saldrá bien —luego, se dirige a grandes zancadas al cuarto de baño.

Una parte de mí quiere seguirla, encerrarme en un cubículo y respirar con pánico en una bolsa de papel marrón hasta calmarme.

Pero una parte más grande de mí quiere estar en los brazos de Gavriil. Esa es la parte que toma las riendas. Estoy a medio camino de él cuando su mirada despiadada me detiene en seco.

—¿De verdad te parece que ahora es el momento para eso? —gruñe—. Jesucristo. Creí que eras más lista.

Lo miro con incredulidad. ¿Qué le pasó al hombre desesperado por saber si estaba viva? Hace menos de cinco minutos, era *él* quien gritaba si *yo* estaba bien. Ahora parece que prefiere matarme antes que besarme.

Un alboroto en la puerta me distrae de mis pensamientos. Me doy vuelta y miro fijamente.

Lo que veo no tiene sentido. No tiene sentido. Las partes simplemente no suman un todo comprensible.

Porque Bastien arrastra a alguien a través de los restos de la puerta principal.

Y ese alguien es Stacy.

HANNAH

Corro hacia ellos dos. —¿Qué demonios? —pregunto, todavía sin creer lo que veo.

Bastien me rechaza con una mano fuerte y un gruñido sin palabras. Me detengo, pero no puedo evitar tender inútilmente la mano hacia mi mejor amiga.

—Oh, Dios, Stace —digo, viéndola de cerca ahora—. Oh, Dios...

Tiene los ojos morados. Le corren lágrimas por la cara. Corre sangre por su frente.

La emoción se apodera de mí, primitiva e ilógica. —¿Qué le hiciste? —le grito a Bastien, liberándome y abalanzándome sobre él—. ¡Enfermo hijo de puta!

Todavía moviéndome por puro instinto, echo la mano hacia atrás e intento golpearlo.

Mi único pensamiento es: *Hazle daño como él se lo hizo a ella.*

Nada más entra en mi conciencia. Solo violencia.

Pero mi violencia es temeraria. Sin entrenamiento. La de Bastien, en cambio, está afilada como el filo de un cuchillo. Me arranca la muñeca del aire y la retuerce hasta que vuelvo a gritar, esta vez de dolor.

Gavriil oye el ruido y corre hacia mí. Llega justo a tiempo para impedir que agite la otra mano contra Bastien. Me envuelve en un abrazo de oso y me aparta.

Aún así, lucho por agarrar a puñetazos a Bastien. Para hacerle pagar por lo que le hizo a mi amiga. Los poderosos brazos de Gavriil se cierran a mi alrededor, haciendo inútil cualquier otra lucha, pero sigo sin poder parar.

—Stacy —susurro, desesperada.

Gavriil me abraza con más fuerza y presiona mi cara contra su pecho con la cabeza.

Si fuera cualquier otro momento, la dureza de su pecho, el profundo olor de su almizcle, me sentirían bien, me tranquilizarían.

Pero Stacy...

—Ya está bien —murmura, frotando círculos lentos y tranquilizadores en mi espalda—. Todo va a ir bien. Respira hondo. Tómate un segundo.

Dios, sus brazos son poderosos, su voz tranquilizadora.

Quiero escucharlo. Quiero creerle. Pero ahí está mi mejor amiga, rota, llorando y sangrando. Mi Stacy.

—¡No! —suelto con un chasquido, intentando liberarme de nuevo. Pero es muy fuerte. Demasiado fuerte—. No lo haré.

—No pasa nada, Han —solloza Stacy. Se sienta con la cabeza entre las rodillas—. No fue él. Él no me hizo daño.

Cuando Gavriil por fin me libera, me arrastro a su lado y la estrecho en mi abrazo. —Entonces, ¿quién?

Deja escapar una exhalación que se convierte en un sollozo estremecedor. —Los irlandeses.

—¿Qué?

Ella levanta la cabeza. —Lo siento, Han.

Me acerco para apretarle la rodilla, sintiéndome tan impotente, tan inútil. ¿Cómo está sucediendo esto? ¿Por qué? Mejor aún, ¿*qué* está pasando?

Las respuestas llegarán pronto. Ahora mismo, mi amiga está sufriendo y eso me rompe el corazón. Necesito arreglar eso primero.

—No tienes nada que lamentar —le digo.

Emite una exhalación temblorosa antes de empezar a hablar. —Ellos... me obligaron a hacerlo. A espiarte a ti y a Gavriil. A vigilarlos. Me encontraron justo después de que abriera Eleganza. Me amenazaron si no les ayudaba.

La miro sin comprender. —Jesús.

La boca de Stacy se tuerce en una mueca. —También amenazaron a mi madre. Dijeron que la matarían y... —los sollozos sacuden su cuerpo de un lado a otro—. No podría vivir si le pasara algo. Así que hice lo que me pidieron. Los vigilé y les informé de lo que sabía y de lo que descubrí estando con Demyan, aunque él me gustaba de verdad.

—Pero ¿qué acaba de pasar? —le digo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te seguí hasta aquí y se lo dije a los irlandeses —dice—. Pero nunca pensé que intentarían dispararte, ¡lo juro! Yo... De todos modos, cuando llegaron los refuerzos de Gavriil, los irlandeses me golpearon al salir. Dijeron que debía haberlos traicionado para que los hombres de Gavriil llegaran tan rápido. Entonces, ellos... oh, Dios...

La rodeo con mis brazos, pero no alcanza, ni de lejos. Está temblando, sus lágrimas gotean por todas partes. La mezcla de su dulce perfume y la sangre cobriza me da náuseas.

Esto no parece real. Más bien parece un sueño raro que tengo después de quedarme despierta hasta tarde viendo algún drama de HBO sobre una mafia de prestigio.

No es mi vida real. No puede ser eso.

—La mataron —dice finalmente, con la mirada fija en la distancia. Extiende el teléfono, pero tiembla demasiado y lo deja caer—. Me enseñaron el video. Dijeron que debí alertarlos de alguna manera. Que era... culpa mía que la estuvieran matando.

—Pagarán por esto —gruñe Gavriil con las manos en los costados.

—¿Eso es todo en lo que puedes pensar ahora mismo? —me encuentro gritando, poniéndome en pie.

Estoy enfadada. Tan enfadada que podría pegarle yo misma. Esto es su culpa. Suya y de su puta Bratva, de su familia, de todos ellos. Son mala gente, corruptos y podridos hasta la médula. La violencia los persigue como una sombra.

Y ahora estoy atrapada en su oscuridad.

Le hago un gesto a Stacy. —Mi amiga acaba de recibir una paliza, su madre ha muerto, ¿y todo lo que puedes hacer es pensar en continuar con esta estúpida pelea de mierda? Ya ha matado y herido a varias personas, y lo único que te importa es vengarte.

Gavriil se eleva sobre mí. Frunce el ceño con una ferocidad que antes me habría hecho callar.

Pero no me siento intimidada. Ya no.

—No puedo creer —le digo, sacudiendo la cabeza y mirándolo fijamente—. Luchas y luchas, sin pensar en toda la gente a la que haces daño en el proceso. Toda la gente inocente a la que afectan tus decisiones egoístas.

Me agacho para ayudar a Stacy a levantarse. Luego la conduzco a la puerta. Allí, hago una pausa.

Está cocinándose en mí, esta última cosa que tengo que hacer, que por alguna razón una parte de mí todavía no quiere.

A nuestro alrededor, los demás clientes del restaurante empiezan a levantarse y a salir a toda prisa, evitando el contacto visual con nosotros, mientras los hombres de Gavriil conversan en voz baja.

Sin embargo, no me importa nada de eso. Ahora mismo, solo tengo ojos para Gavriil.

—Ah, por cierto —digo por encima del hombro mientras nos conduzco a la puerta—. Renuncio.

HANNAH

—¿Vas a contestar? —pregunta Stacy roncamente mientras mi teléfono suena por quinta vez. O quizá sea la sexta. He perdido la cuenta.

—No.

—No deberías culparlo por esto —dice Stacy suavemente—. Los irlandeses son despiadados. Asesinos a sangre fría.

—Si no lo hubiéramos conocido, tu madre seguiría viva —digo rotundamente.

—Tal vez —dice ella—. O tal vez no.

Mi amiga está tan hundida en mi sofá que casi parece que el cojín rojo se la esté comiendo. Otro sollozo, también he perdido la cuenta, sacude su cuerpo.

—Jesús. Soy la peor de las hijas. Debería habernos escondido, haber llamado a mi hermano. Cualquier cosa menos quedarme y poner a todos los que me importan en peligro.

—Odias a tu hermano —le recuerdo—. Y no ha estado desde el principio de la enfermedad de tu madre.

—Quizá podría haber ayudado de todos modos —murmura Stacy—. Hacer algo.

Pauso la película que en realidad no hemos estado viendo. Siento la mirada triste de Stacy sobre mí antes de volverme hacia ella. Abro la boca para decir algo, pero ¿qué hay para decir? Toda esta mierda va más allá de las palabras.

—Lo siento —murmura. Más lágrimas se derraman por su cara.

Tiene la máscara de pestañas tan corrida y la cara tan horrorosa que casi me recuerda a cuando nos disfrazamos de zombis en Halloween, con heridas rojas y sombra de ojos negra por todas partes. Nos pasamos media hora riéndonos de nuestros reflejos en el espejo.

La vida solía ser tan sencilla.

—No tienes nada que lamentar —le digo—. Te obligaron a hacerlo.

—Lo sé, pero... debería haber encontrado una forma de decírtelo, de advertirte. Casi te matan, Han.

—Y te dieron una paliza —le recuerdo en voz baja.

Suspira y rechaza mis intentos de comprobar la hemorragia en su frente. —Estoy bien.

—Estás muchas cosas, pero “bien” no está ni entre las cincuenta primeras —replico.

—Déjame...

¡Ring! ¡Ring! Mi teléfono vuelve a sonar. Stacy lo coge y me lo tiende. —Sólo contesta.

Me doy la vuelta, sacudiendo la cabeza. —No quiero.

—Más vale acabar de una vez —dice.

—No tengo nada que decirle.

—Seguirá llamando.

—Entonces apagaré el teléfono —digo. Fuerzo la voz para mantenerme firme—. O lo tiraré por la ventana. Aún no lo decidí.

—¿Y si se aparece aquí? —dice en voz baja.

—No sabe dónde... —me detengo en seco y exhalo.

Claro que sabe dónde vivo. Lo escribí en el estúpido currículum que le di cuando solicité ese estúpido trabajo en el estúpido club. Y, aunque no lo hubiera hecho, tengo la sensación de que Gavriil lo averiguaría pronto. Se entera de todo muy pronto.

—Bien —digo y atiendo. Cualquier cosa es mejor a que aparezca por aquí. Lo último que necesito es llegar a eso.

—¿Qué quieres? —hablo bruscamente por teléfono.

—Hablar.

No necesito ni medio segundo para pensarlo. —No pasará. Ahora, ¿puedes dejarme en paz?

—No —dice simplemente.

—Gavriil.

Respira en silencio. Suena como un gruñido suave y creciente, como un volcán esperando su momento.

Yo también soy como un volcán, pero solo en el sentido de que puedo explotar en cualquier momento si él aprieta los botones equivocados. Gracias a la maldita cruzada de Gavriil, la vida de Stacy está arruinada. Si él piensa que me voy a olvidar de eso, entonces está delirando.

—Siento lo de la madre de Stacy —dice—. No se suponía que pasara.

Parpadeo estúpidamente durante un segundo. No creía que Gavriil supiera lo que significaban las palabras “lo siento”, y mucho menos que fuera capaz de pronunciarlas con su propia boca.

—Sí, bueno, pasó —digo cuando me recompongo—. Eso es lo que pasa cuando te metes en

asuntos sucios.

—No fue cosa nuestra.

—No directamente —admito—. Pero, si no hubieras sido nuestro jefe, los irlandeses no se habrían interesado por ella. Fin de la historia. Y honestamente, he terminado de debatir semántica contigo. Borra mi número. Sal de mi vida.

—Si crees que te dejaré ir, estás loca, Hannah.

Me estremezco. Su voz es promesa y amenaza en partes iguales. ¿Por qué se me pone la piel de gallina? ¿Por qué la forma en que habla de mí, como si me hubiera marcado, como si ahora le perteneciera y nadie más debiera atreverse a acercarse, me convierte en gelatina temblorosa?

—Te daré algo de espacio para que pienses —dice en voz baja—. Lo que tuvimos...

—Lo que teníamos era un club de éxito y una aventura tonta —respondo—. Por ninguna de las dos cosas vale la pena arriesgar mi vida o la de mi amiga. Así que, por favor, dame algo de espacio. Para siempre.

Se queda callado tanto tiempo que empiezo a preguntarme si me estaba escuchando. Si lo que digo le importa, o si Gavriil siempre va a hacer lo que Gavriil quiere.

Entonces—: Como desees. Adiós, Hannah. Estaremos en contacto —su voz sigue teniendo esa calma exasperante, que me hace querer gritar. Y añade—: Quizá quieras reconsiderar mi oferta. Mis hermanos y yo podemos ayudar a Stacy.

—No necesitamos tu ayuda —gruño—. Necesitamos que te largues, maldita sea. No vuelvas a llamar.

Cuelga. No sé por qué, pero entre la rabia, la desesperación y el miedo también hay decepción.

Como si una parte estúpida de mí quisiera que siguiera discutiendo conmigo. Que intentara disuadirme, aunque eso no funcionaría ni en un millón de años.

—No tienes que dejar tu trabajo por mi culpa —dice Stacy—. Sinceramente. Sé que Gavriil no me dejará volver, pero... era un buen trabajo, Han.

Ya estoy sacudiendo la cabeza. —No vale la pena, Stace.

Apoya la cabeza en mi hombro. —¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Dormir? —sugiero con los últimos restos de alegría que me quedan—. Dios sabe que me quedé sin otras ideas.

—Dormir suena bien —está de acuerdo—. No creí que fuera a volver a dormir. Pero mis pesadillas no pueden ser peores que la realidad.

Le preparo una infusión de manzanilla, la acomodo en la cama y me tumbo a su lado, mirando la grieta del techo.

El sueño reclama a Stacy rápidamente. Pero a mí me evita. Me tumbo boca arriba durante mucho tiempo, pero al final ya no puedo evitarlo.

Sé muy bien a qué se refiere Stacy con lo de las pesadillas. Todavía tiene que pagar las facturas médicas de su madre y no tiene trabajo con el que pagarlas.

Yo también estoy en paro y, con mis dos últimos trabajos sin referencias, la cosa no pinta bien para ninguna de los dos.

Hay una manera de salir de esto. Una oferta de ayuda que ha sido extendida. Pero ya hice ese trato con el diablo una vez. No lo haré de nuevo.

—Maldito seas, Gavriil Nikolaev —murmuro mientras cierro los ojos y veo su sonrisa danzando en la oscuridad—. Déjame en paz.

Pero ya sé que esta historia no acaba aquí.

GAVRIIL

—Sabe cómo odio decirlo, Gavriil, señor... —dice Ernie por teléfono.

—Entonces, no lo hagas.

Aprieto los dientes. Sabía que deberíamos haber tenido esta charla en persona, donde pudiera mirar fijamente la pequeña mueca calva de Ernie y hacerlo callar de una puta vez.

En lugar de eso, tengo que sentarme aquí en mi despacho y escucharlo soltar más idioteces que ambos sabemos que no quiero oír.

—Pero necesitamos dinero —continúa mansamente—. Más dinero. Mucho más.

—Eres contable —escupo, con un mordisco que debería recordarle con quién está hablando—. Tu trabajo es hacer que los libros cuadren.

Deja escapar unas notas de risa nerviosa. Oh, sí que lo recuerda. —Sí, jefe, por supuesto. Solo que...

Me trago mi irritación. No me está sirviendo de nada ahora mismo. —Solo... ¿qué? —digo con toda la paciencia que puedo, no mucha, pero mejor que antes.

Ser Jefe significa oír cosas que quieres y cosas que no quieres.

—No puedo cuadrar las cuentas si no entra lo suficiente. No es posible. Claro, tenemos mucho margen de crédito, con todos tus negocios y tu reputación, pero con la caída de ingresos de los últimos tiempos y el aumento del gasto defensivo...

Se interrumpe. No tiene que decir lo último: si no generamos más efectivo, somos vulnerables.

No dejaré que esa mierda ocurra bajo mi mando.

—Lo entiendo —digo fríamente—. Estaré en contacto.

Luego, cuelgo y me quedo pensativo. Parte del problema es obvio: el club no produce lo que debería.

Y la razón de ello también es obvia: Hannah no está allí moviendo los hilos.

Antes de adentrarme demasiado en esa madriguera de pensamientos improductivos, vuelve a sonar el teléfono. Miro el identificador de llamadas. *Bastien Nikolaev.*

—Dame putas buenas noticias, para variar —murmuro cuando respondo.

—No es una noticia. Solo un informe. ¿No es eso lo que pediste, *sobrat*?

—Pedí las cabezas de mis enemigos y una isla privada lejos de toda esta mierda, en realidad. Pero me conformaré con un informe.

Prácticamente puedo oírlo poner los ojos en blanco. —Adelante —suspiro—. Informa.

—La Srta. Hall parece haber trasladado definitivamente a la Srta. Navarre a su apartamento. Salen aproximadamente una vez cada cuarenta y ocho horas, normalmente al supermercado o a un restaurante de comida rápida —su voz es monótona, robótica. Incluso la forma en que se refiere a las mujeres, "Srta. Hall" y "Srta. Navarre", como si esto fuera una puta novela de Jane Austen, es desapasionada. Distante.

—¿Alguna visita? —mantengo mi tono casual. Es una pregunta estrictamente de negocios, después de todo. No tiene ningún aspecto personal.

—Ninguna.

—Bien —digo—. ¿Qué hay de la autopsia del ataque en el restaurante? ¿Averiguaste dónde coño estaban nuestros refuerzos?

—Los irlandeses organizaron un golpe cerca para distraer a nuestros chicos —explica Bastien—. Por eso nuestros hombres no llegaron enseguida. Fueron retenidos. No se sospecha juego sucio.

—Ya veo.

—No volverá a ocurrir —añade Bastien—. Estoy doblando la guardia.

—Bien.

No hace falta que diga el resto: necesitamos a los irlandeses, y pronto. No podemos seguir indefinidamente con este juego del gato y el ratón.

—No creo que Hannah hable —dice Bastien de repente.

—¿No?

—No.

—Aun así, es más prudente ser precavido y tenerlas vigiladas en el futuro inmediato —señalo—. Padre estaría de acuerdo.

—Hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir —dice simplemente.

—Exactamente —digo—. Pero solo estamos observando, Bastien. No haciendo daño.

—Sería más fácil si...

—No —interrumpo con dureza—. Nadie la tocará, maldición.

Suspira. —Sería más fácil si lo hiciéramos. Es todo lo que digo. Los muertos no hablan, Gav. Ciertamente, no espían.

Bastien debe estar muy tenso si sugiere medidas tan drásticas. Pero, si tuviera que apretar el gatillo, dudo que lo hiciera.

Mi hermano es un hombre de tradición, honor, lealtad a las reglas. Y una de las reglas es que no hacemos daño a mujeres inocentes. Ni siquiera el estrés y el peligro lo harán olvidar eso.

—Acabas de decir que no crees que Hannah hable.

—Si Stacy sigue en contacto con los irlandeses, podría llevarnos directo a ellos.

Sacudo la cabeza. —Dudo que sigan usándola. Ya no viene al club y mataron a su madre, coño. ¿Quién sigue siendo leal después de eso?

—Cierto —vuelve a suspirar—. Pero nada está garantizado.

—No —estoy de acuerdo—, nada lo está.

Pienso en papá, en Dmitry, en mí. En todos los caminos que van en zig cuando esperamos que vayan en zag. Que se bifurcan en direcciones oscuras e inesperadas.

Los dos nos quedamos callados un rato. Cavilando sobre el pasado y el futuro por igual.

Entonces, Bastien se aclara la garganta. —Solo lo diré una vez más...

—No lo hagas.

—Tienes que oír...

—He dicho que no, Bastien.

Duda, pero se lanza de todos modos. —Sabes que la gente normal no entiende nuestras vidas —dice, esta vez con un poco más de delicadeza—. No pueden. O los rompe o huyen de ella. Así que, si Hannah no está huyendo...

—Haré que lo entienda.

—O quizá tú podrías huir —sugiere en voz baja.

Guardo silencio un momento. Cuando vuelvo a hablar, lo hago con un gruñido despiadado. —No vuelvas a decirme eso, maldición —escupo—. Elegí mi camino. Cuestionarlo o huir de él sería negar quién soy. Sería traicionar a mi padre y a todos los hombres que le precedieron. Sería traicionarme a mí mismo. Así que sugiérelo de nuevo y te masacraré incluso a ti, *sobrat*.

Lo oigo asentir con tristeza. Es lo que sabía que diría. Es la única respuesta aceptable de un Jefe, en realidad.

Pero deja claro lo que ambos comprendemos desde el vientre materno: no hay forma de salir de esta vida salvo en una bolsa para cadáveres.

Hannah aún no lo entiende. También tiene que entender que ahora ha probado el agridulce veneno del mundo Bratva. Y, una vez que lo haces, no hay vuelta atrás.

Pronto estará donde debe estar: en la palma de mi mano.

Cuando por fin vuelve a hablar, lo único que dice es—: Avisaré en cuanto llegue nueva

información —Luego, un *clic* y la llamada termina.

Me siento y medito con rabia hirviendo a fuego lento durante unos largos minutos antes de que un golpe en la puerta interrumpa mis pensamientos.

Benji, el camarero, asoma la cabeza, aún más rojo y sudoroso de lo normal. Parece incómodo. Se diría que atropellé a su perro por la forma en que no me mira.

—No me gusta hablar mal de otros empleados, y menos de mi jefe —dice en voz baja—. Pero Taryn...

—Mejorará con el tiempo.

—No estoy seguro —responde Benji con sinceridad, mirándose los pies.

Me sorprende que esté dispuesto a hablar. No es el único que piensa que la nueva gerente es una mala sustituta para Hannah. Pero pretendo guardarme esos pensamientos para mí.

—¿Cuál es exactamente el problema? —pregunto.

Tiene que ser algo considerable. El hombre no me ha dicho ni dos palabras hasta ahora. El resto del personal también ha pasado de puntillas alrededor del tema, aunque pasan de puntillas a mi lado en casi todas las circunstancias.

Como no contesta, digo su nombre bruscamente. —Benji.

Salta.

Bajo la voz. —No te meterás en problemas por lo que me digas. Necesito saber a qué me enfrento para poder arreglarlo.

Sin dejar de mirar mi suelo de mármol negro como si fuera lo único que pudiera mirar, Benji dice—: No tenemos ni la mitad de alcohol del que deberíamos y, cuando la gente se queja, ella los insulta. La mayoría de los días llega una hora tarde y se va una hora antes. También me cita los siete días de la semana, y envía el horario de trabajo una hora o así antes de que tenga que aparecer.

Jesucristo. Creí que ya había superado todas estas tonterías administrativas. Mis primeros días en Boston estuvieron llenos de ellas, pero pensé que a estas alturas ya estaría centrado únicamente en lo importante.

Parece que me equivoqué.

—Gracias —le digo—. Dile a Taryn que suba cuando vuelvas a bajar.

Asiente y empieza a girarse, pero se detiene a medio camino. Arrastrando su mirada hasta la mía, dice—: ¿Vas a... hacerle daño?

Parpadeo ligeramente sorprendido. Parece que mi reputación ha arraigado entre los empleados. Sería estúpido acabar con ella. Cosas así pueden ser útiles.

—Ve a por ella, Benji —le digo en voz baja. Ni siquiera tengo que añadir un toque de amenaza a mi voz para que obedezca.

Apenas dos minutos después, llaman a la puerta. La nueva encargada, Taryn, entra antes de que la invite.

—¿Querías hablar conmigo? —dice con altanería, como si aquí mandara ella.

La miro. Quizá la mujer esté acostumbrada a que le hagan caso porque está buena, aunque parece que tuviera un palo metido en el culo. Tiene la cara angulosa, los labios anormalmente grandes y rojos. Lleva el pelo pálido recogido en un moño que le aprieta el cuero cabelludo. Tiene un culo grande, buenas tetas.

Lástima que, ahora mismo, todo eso me importe una mierda.

—Últimamente he oído cosas cuestionables sobre tu rendimiento en el trabajo —le digo con frialdad.

—Ninguna de ellas es cierta.

Dejo que mi voz se apague fríamente. —Creo que dejaremos que yo juzgue eso.

Se pone rígida, pero decide no decir nada. Es la primera cosa inteligente que hace.

—¿Por qué no tenemos el alcohol que necesitamos? —pregunto.

—Hablaste con Benji, por lo que veo —suelta—. Él no sabe nada. Nuestros proveedores han sido difíciles, así que decidí rescindir nuestros contratos hasta que encontremos otros mejores.

—Decidiste... rescindir… —repito con cuidado, solo para asegurarme de haber oído bien.

—Significa "eliminarlos" —explica primorosamente—. A tipos así les das un poco y te quitan mucho. Créeme, sé lo que hago.

Respiro hondo para tranquilizarme y me pongo en pie. Más que nada para asegurarme de no coger el bolígrafo de mi mesa y atravesarle la puta garganta por hablarme así.

Me levanto. —Claramente no.

—Disculpa...

Doy una zancada para ponerme delante suyo. Mujer idiota. —Cállate. Te diré cuándo te toca hablar. Tu trabajo es mantener este lugar funcionando sin problemas. Asegurarte de que tenemos clientes contentos y de que obtenemos un buen beneficio al final del día. Hasta ahora, no hiciste ninguna de las dos cosas. Eso me disgusta. ¿Sabes lo que le hago a la gente que me disgusta?

Su garganta se sacude con un trago nervioso. Entonces, como si alguien hubiera pulsado un interruptor en su cabeza, todo su comportamiento cambia. El palo sale de su culo, la rigidez de su postura. Se funde en la silueta de una seductora.

—Quizá tenga que darme una lección, señor —sugiere en un murmullo. Incluso se muerde el labio.

Hay un par de cosas que saltan a la vista.

Uno, ella hizo esto antes. Follar para salir de problemas. Dos, cree que esta vez funcionará.

Y tres... está jodidamente equivocada.

Ella es repulsiva para mí. Literal y figuradamente. Se me curva el labio superior.

¿Cómo algo tan parecido a Hannah puede ser tan completamente diferente? Algo en la visión de los dedos de Taryn acercándose a los botones de su blusa me revuelve el estómago.

—Fuera de mi vista —gruño—. Estás despedida.

—Pero señor...

—¡He dicho que te vayas! —rujo.

Se da la vuelta y sale corriendo de la habitación. *Blyat'*. Los problemas siguen acumulándose. Pero encontraré soluciones.

Aunque esas soluciones requieran sangre.

GAVRIIL

—¿Jefe? —Demyan asoma la cabeza.

Se ve mucho peor desde que pasó lo de Stacy. Muy mal. Debería haber sabido que no debía involucrarse con alguien que trabajaba aquí.

—¿Qué?

—Será mejor que bajes y veas esto —dice—. No es bueno.

Mientras salgo de mi despacho y bajo las escaleras, mi mente recorre rápidamente todas las posibilidades de lo que podría ser esta vez.

¿Otro ataque irlandés? ¿Esa gerente idiota haciendo una última escena melodramática? ¿Benji finalmente desplomándose por el estrés de todo esto?

Abajo, en la parte trasera del club, pronto tendré mi respuesta.

Es Ulric, manando sangre de una puñalada en el pecho. Al verme intenta sonreír, pero sus ojos azules llorosos se humedecen todavía más.

—Jefe —grazna—. Lo siento, yo... me enviaron aquí con un mensaje. Para decirte... que salgas de Boston, o los ataques seguirán... viniendo.

Aprieto los dientes. Esas malditas escorias. Esas malditas cucarachas.

—¿Algo más? —le pregunto a Ulric—. No gastes saliva. Solo asiente o mueve la cabeza.

Niega con la cabeza y resopla de dolor.

—Llévalo a nuestro médico —le digo a Demyan, volteando con furia sombría—. Y avisa a mi hermano. Tenemos que triplicar las patrullas para no ser presa fácil de los irlandeses.

—Entendido —dice Demyan. Él y algunos otros hombres ayudan a llevar a Ulric.

Salgo a la calle a caminar. A pensar. A respirar.

Dios sabe que lo necesito.

Caminar calle tras calle anónima ya no es tan relajante como antes. Ahora conozco estas calles de Boston. Esta es Kilby, donde se esconde otro de nuestros almacenes de droga. Esta

intersección con Water es buena para evitar a los polis.

Esta ciudad no es Nueva York, pero poco a poco empieza a parecer mía. Soy un Jefe, no solo de nombre, sino de porte, de herencia. Fui hecho para este trono. Preparado para él. Que me parta un rayo si dejo que un bastardo irlandés me lo arrebate.

Acelero el paso. ¿Qué pensaría mi padre de todo esto? ¿Qué diría?

Una sonrisa cruza mi rostro. Tal vez: *Cuando creen que han ganado, es cuando tenemos nuestra mejor oportunidad para sellar la victoria.*

O: *Espera que las probabilidades sean escasas; hacen que tu enemigo se descuide.*

El problema es que últimamente el campo de juego está demasiado igualado. Demasiadas idas y venidas en tierra de nadie. Ganamos algo de terreno y ellos lo recuperan. Ambos tenemos la guardia alta. La batalla está demasiado igualada.

Mi padre y yo solíamos dar paseos como este cuando era más joven. Lo llamaba “patrullar”. Con el aire ahumado de la noche a nuestro alrededor, recorríamos las fronteras de nuestro territorio, viendo qué pasaba cuando la ciudad se iba a dormir.

—Esta es la parte oculta de la ciudad —decía mi padre con una sonrisa pícara—. La que no te enseñan en los libros ni en las películas. La que tienes que conocer si quieres dominar este lugar.

—¿No es para eso para lo que están nuestros hombres? —pregunté ingenuamente.

Mi padre se detuvo bruscamente con un bufido burlón, y sus pobladas cejas se arquearon hacia abajo con una mirada profundamente poco impresionada. —El día que dejemos el trabajo sucio a nuestros hombres, nos despertaremos con una bala en la cabeza. Nunca pienses que puedes irte a la mierda mientras tus hombres se ocupan del trabajo.

—Entonces ¿para qué sirven?

—Mirar donde no podemos ver —explicó con paciencia—. Yo solo soy un hombre; tú solo eres un hombre. Cada uno de nosotros no puede hacer mucho. Nuestros hombres deben ampliar nuestro poder. Nuestros hombres deben enseñarnos y desafiarnos cuando lo necesitemos.

Debía tener unos catorce años entonces. Era demasiado joven para entenderlo.

—¿Y por qué tenemos que deambular por aquí en mitad de la noche? —refunfuñé.

Padre señaló con una mano curtida hacia atrás, por donde habíamos venido. —No tienes que hacer nada. ¿Quieres volver a casa, a la seguridad y la comodidad? Adelante.

No era tan ingenuo como para no ver la trampa que me tendía con esa pregunta.

Volver atrás me tacharía de perezoso o, peor aún, de cobarde. Así que lo fulminé con la mirada y me mantuve firme.

—Vamos, entonces —insistió, levantando la barbilla hacia la casa—. Si tienes algo mejor que hacer, dilo.

Como no respondí, reanudó la marcha. Le seguí el paso. —Hacemos el trabajo de terreno para ver lo que ve nuestro enemigo, y lo que no ve. Lo hacemos para mantenernos humildes. Lo

hacemos para permanecer vigilantes. Lo hacemos para seguir siendo reyes.

Me limité a asentir, sin entenderlo realmente. No lo entendí hasta muchos años después.

Hasta ahora.

Suena mi teléfono. Contesto con un suspiro.

—¿Necesitas refuerzos? —pregunta Dmitry.

—Hola a ti también, hermano.

—Si los necesitas —dice con frialdad—, solo dilo y los tendrás allá mañana.

—Lo tengo controlado —digo con la misma frialdad.

—¿En serio? —ese tono suyo podría cortar metal—. No lo parecía en la cena de la otra noche.

—¿Nunca te han atacado inesperadamente? —le respondo—. Sabes tan bien como yo cómo se defienden las ratas cuando las acorralamos. Los irlandeses no son diferentes.

—No me gusta que pongan en peligro a mi mujer y a mi hijo, Gavriil —dice Dmitry secamente.

—No me gusta más que a ti —respondo—. Pero no siempre podemos elegir nuestros campos de batalla, como bien sabes.

—No seas demasiado orgulloso para aceptar refuerzos.

—He dicho que lo tengo controlado.

—Encárgate de que así sea —dice—. Aunque, si me necesitas para algo, aquí estaré.

—Ahora que lo mencionas —digo—, pon a Shannon al teléfono.

—¿Por qué?

—Habló con Patrick McNulty. Cualquier cosa que sepa podría ayudar.

—No será mucho —dice Dmitry, claramente escéptico—. Pero ya la pongo al teléfono.

Suenan algunos crujidos cuando pasa el teléfono. Entonces, surge la voz de Shannon, suave y tersa. —Hola, Gavriil. ¿Querías hablar?

—Te debo una disculpa —digo tieso. Odio el sabor de las palabras en mi lengua, pero es lo que hay que decir.

Puedo oír el rubor en su voz. —Gavriil, no tienes que...

—Era mi responsabilidad mantenerte a salvo la otra noche. Eres la mujer de mi hermano y estás embarazada de él. Eres como mi familia de sangre. No volverá a ocurrir, y los hombres que lo hicieron morirán conociendo el error que han cometido.

Shannon respira en silencio, deja que esas palabras se desvanezcan. —Está bien —dice después de que hayan pasado unas largas respiraciones—. No es la primera vez que estoy en situaciones intensas, como sabes —se ríe, aunque su voz suena resignada. Puede que el ataque la haya

estresado más de lo que le gustaría admitir—. Supongo que son gajes del oficio. En fin, ¿qué querías saber?

—Patrick McNulty.

—Oh. ¿Qué pasa con él?

—Sé que solo hablaste con él una vez, pero cualquier cosa que notaras podría ayudar.

—No será mucho —advierte Shannon—. Pero... supongo que era un imbécil. Muy engreído y algo amargado. Eso es todo lo que me viene a la mente. Espero que mates al cabrón.

Me río entre dientes. —Estoy en ello. Gracias por ayudarme.

—Espero que sirva de algo —se ríe—. Buena suerte, Gavriil.

—Gracias —le digo—. Que pases buena noche.

Cuelga. Sigo caminando.

Nada de lo que dijo fue realmente innovador o muy útil. No es que tuviera grandes expectativas. En este momento, estoy buscando una aguja en un pajar.

Probablemente fue ingenuo pensar que los irlandeses permanecerían ocultos aún más tiempo. Nunca fueron de los que ceden el control a la ligera. Pero ¿con qué eficacia han permanecido ocultos mientras se las arreglaban para atacarnos? Eso no lo había previsto.

La guerra está empeorando. Se está derramando sangre. Necesito ponerle fin.

Unos pasos más y mis sentidos se ponen alertas. Conozco este bloque. Pero ¿por qué?

La respuesta me llega cuando me detengo frente a un edificio de apartamentos de diez plantas de cristal negro. Una cara conocida merodea en la esquina bajo la farola.

Marko, uno de los guardias jóvenes asignados al destacamento de Bastien. Trabaja en la recopilación de información sobre uno de nuestros objetivos. Lo que significa...

Este es el apartamento de Hannah.

No es que yo haya vagado por aquí antes. Pero hice que algunos hombres comprobaran sus antecedentes cuando se presentó por primera vez. Mis hombres fueron minuciosos, produciendo un folleto de información con algunas fotos brillantes. Este edificio era uno de ellos.

Quizá sea apropiado que haya vagado por aquí. Me vendría bien una distracción. Mejor aún, una solución.

Pero ella no encaja bien con ninguna de los dos. Lo mejor sería dar media vuelta y marcharme. No necesito esta mierda en mi vida en este momento. Mi Bratva y mi reino merecen toda mi atención. No una gerente de club nocturno con problemas de actitud.

Empiezo a poner un pie delante del otro, a distanciarme de la tentación, cuando veo algo a través de las ventanas y me quedo inmóvil.

Ni de coña.

Esa mujer del vestíbulo con el albornoz suelto y el moño desordenado... es ella.

Y está *con* alguien.

El hombre en cuestión es alto, bien formado. Ella le sonríe y le toca el hombro. Veo cómo Hannah y el hombre se dirigen al ascensor y desaparecen dentro.

Me rechinan los dientes. Maldito Cristo.

Echo la cabeza hacia atrás, para escudriñar las ventanas en busca de la suya. Unidad #303, recuerdo del expediente. Tres arriba, tres abajo.

Se enciende una luz, pero no distingo nada más. Entonces alguien fuera de mi campo de visión cierra las cortinas.

La forma en que Hannah le sonrió a ese hombre, lo tocó... Solo hay una cosa que podrían estar haciendo ahí arriba.

Aprieto los puños con rabia sin palabras. Ahora mismo, necesito algo que golpear. Me acerco a Marko, que está en la boca del callejón. —¿Qué viste antes de que yo llegara? —gruño.

—No mucho —admite Marko—. Pero estuvieron en el vestíbulo un buen rato. Sobre todo hablando. El tipo también llevaba lo que parece una bolsa de viaje —sus cejas bailan con complicidad—. ¿Vas a empezar alguna mierda? Puedo ayudar, jefe.

Me doy medio minuto para recomponerme, no para reaccionar. Marko es joven, nuevo, inexperto. No hay necesidad de descargar mi rabia contra él.

Cuando estoy tranquilo, me doy vuelta y sacudo la cabeza. —Quédate aquí. Puedo empezar la mierda yo solo.

Me obligo a caminar, no a correr, hacia las primeras puertas. Pero no puedo abrir los puños.

El vestíbulo tiene una decoración moderna de buen gusto, que no quedaría tan bien fragmentada. Pero hace tiempo que dejé de preocuparme por esas mierdas. Destrozaré lo que me dé la puta gana hasta que el mundo empiece a verse como debería. Patrick McNulty o Hannah Hall, lo que caiga primero en mis manos lo romperé.

Más adelante en el pasillo, junto a más muebles insípidos y obras de arte en las paredes, pulso el botón del ascensor con impaciencia. Cada segundo que espero aquí es un segundo más para que ellos...

No.

Me niego a que ese pensamiento mancille mi mente. Pero la rabia bulle en mi interior y no podrá reprimirse durante mucho más tiempo.

Las puertas se abren. Entro y pulso el botón de la tercera planta. El ascenso es angustiosamente lento. Veo mi propia mandíbula apretada vibrar en el reflejo de las paredes de espejo.

Parezco el mismísimo asesinato.

Din. Las puertas se abren. Las atravieso en cuanto quepo. El pasillo de la tercera planta incluso huele familiar: un tenue aroma a vainilla. Tiene el silencio de la espera.

Leo los números de las unidades mientras camino a zancadas.

301...

302...

303.

No quiero golpear la puerta tan fuerte que la haga temblar. Simplemente sucede.

El silencio posterior hace que apriete el puño.

Vuelvo a llamar. Y otra vez. Y otra vez. *Ella no se atrevería...*

—Hannah —gruño, lo suficientemente alto como para saber que me oye. Me quedo ahí.

Espero. Si cree que va a evitarme tan fácilmente...

Vuelvo a llamar, golpeando la puerta con el puño. —¡Hannah! —grito.

Unos pasos se detienen al otro lado de la puerta. La abre unos centímetros, pero el traqueteo de la cadena de seguridad me hace saber que la ha mantenido en su sitio.

—¿Qué quieres? —sisea. Solo puedo ver un trozo de su cara, pero es suficiente para hacer palpitar mi polla. La mujer me hace algo. Algo que no puedo explicar.

—Déjame entrar.

—¿Qué? No. ¿Por qué? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué?

—¿Quién está ahí? —pregunto en lugar de dignarme a responder a su pregunta.

—No es asunto tuyo —replica rápidamente—. Lárgate.

—Ni hablar —gruño—. Abre esta puerta. No volveré a pedirlo.

Silencio.

Silencio.

Más silencio.

Me inclino hacia ella para que pueda oír mi gruñido, ácido y agradable. —O la derribaré yo mismo, si lo prefieres.

Otro silencio que se alarga. Estoy a punto de acabar con él atravesando la madera con el pie cuando ella suspira, suelta la cadena y la abre para dejarme entrar. Estoy seguro de que la oigo murmurar “imbécil” mientras lo hace.

Pero me importa una mierda, porque tan pronto como hay una abertura, estoy empujando la puerta y entrando.

Capto todos los detalles en un instante. Apenas milisegundos después de fijarme en su pulcro y bien amueblado apartamento, sus suelos de madera blanca y su diseño minimalista, mi mirada se posa en lo que vine a buscar.

El hijo de puta que pensó que podía tocar lo que es mío.

Es lo bastante listo para parecer nervioso, pero no para huir. Es razonablemente musculoso, estatura media, pelo castaño claro y con una nariz afilada que estoy deseando romper en pedazos.

Lo agarro por el cuello, lo empujo contra la pared y le siseo en la cara—: Debes de tener unas putas ganas de morir, *mudak*.

HANNAH

Qué.

Puta.

Mierda.

Observo, estupefacta, cómo Gavriil levanta a Aarón en el aire. La rabia tuerce sus facciones en una máscara horriblemente cruel. Me pregunto si estoy a punto de presenciar una ejecución.

Entonces, me doy una sacudida. Vuelvo en mí.

—¡Es el hermano de Stacy, imbécil! —grito, agarrando a Gavriil.

Su brazo musculoso es duro e inflexible. Bien podría estar agarrada a una barra de acero.

Aaron jadea sin sonido. No puede respirar con las manos de Gavriil apretándole la garganta.

—¡Gavriil, por favor! —grito—. No hay razón para hacerle esto.

—¿Follarte no es razón suficiente? —gruñe Gavriil.

—¡Estás haciendo el ridículo! ¡Déjalo ir!

—No hasta que me diga por qué coño está aquí —gruñe en la cara de Aaron.

—¡Está aquí para consolar a su hermana, idiota! —digo—. La que acaba de recibir una paliza por tu culpa. ¡Bájalo!

Pasan segundos que parecen siglos. Es como si Gavriil no me hubiera oído. Como si realmente hubiera estado hablando con una barra de acero, inflexible e indiferente.

En la pausa, puedo oír muchas cosas.

El chapoteo del agua, Stacy duchándose.

El estruendo de la música de mi vecino israelí.

La sirena de un coche de policía que pasa.

Pero entonces lo veo: Gavriil afloja lo más mínimo su agarre sobre el pobre Aaron.

Poco a poco, abandona su agarre mortal, hasta que Aaron se desploma en el suelo, resollando y sujetándose la garganta magullada y probablemente preguntándose qué demonios acaba de pasar.

Por su parte, Gavriil se limita a mirar fijamente a la pared, respirando con dificultad, con los puños apretados a los lados. Un ángel de la muerte.

—Gavriil —digo entrecortadamente. Me preocupa lo que pueda pasar si dejo que se quede ahí sentado, rumiando. Qué violencia podría venir después—. No pasó nada, lo juro.

Sus ojos oscuros se desvían hacia mí. No dice nada.

—Por favor, créeme.

Lentamente, levanta la cabeza y luego la deja caer. Un asentimiento, creo.

Gracias a Dios.

—Tienes suerte —le dice a Aaron.

Aaron se levanta con la ayuda de la encimera de la cocina. Al principio, parece que los pies no lo sostienen, pero se apresura a alejarse de Gavriil en cuanto se pone en pie.

Gavriil, por su parte, parece un león a punto de despedazar a su presa.

Oigo el chasquido de la ducha. *Mierda*. Que salga Stacy es lo último que necesito ahora mismo.

Tengo que sacar a Gavriil de aquí.

Lo agarro del brazo y me vuelvo hacia Aaron. —Lo siento mucho. Stacy está en el baño. Hablaremos más tarde.

Su rostro ovalado, delgado y sonrojado, sigue tan conmocionado y aterrorizado que lo único que puede hacer es asentir temblorosamente. Esa es mi señal para empujar a Gavriil a mi habitación y cerrar la puerta tras de mí.

Aquí todo está más tranquilo. Respiro, todavía de cara a la puerta, y me vuelvo hacia Gavriil. Mientras le lanzo una mirada furibunda, me doy cuenta de que sigo en albornoz, pero ya es demasiado tarde para cambiarme.

—¿Qué? —siseo—. ¿qué demonios ha sido *eso*?

Gavriil frunce el ceño. Parece muchas cosas: furioso, asesino, guapísimo, pero “arrepentido” no es una de ellas.

—Qué curioso. Estaba a punto de hacerte la misma pregunta.

—Incluso si era lo que sugieres, no es asunto tuyo. ¡Mi vida no es asunto tuyo!

Da un paso adelante. Una sonrisa burlona se dibuja en su rostro esculpido por primera vez desde que irrumpió en mi apartamento. —¿No?

Sería tan fácil perderse en esa mirada oscura. Me invita a entrar. Me acerca más y más, como la gravedad.

Pero aparto los ojos.

Y no me detengo ahí. No me detengo en sus finos vaqueros grises, ni en su camiseta negra ajustada con los músculos sobresaliendo. Los fijo en la pared, lejos suyo. En un lugar seguro. Un lugar neutral.

—No —digo con firmeza—. Definitivamente no.

Es casi un dolor físico, cuánto deseo que me rodee con esos poderosos brazos, incluso después de todo lo que ha pasado.

Pero sé que no puedo.

No debería.

No lo haré.

—Lo que hayamos sido, se acabó. No puedo involucrarme con alguien que... —sacudo la cabeza —. Ya sabes.

—No, no lo sé —la voz de Gavriil es puro hielo mientras da otro paso hacia mí—. Crees que conoces mis negocios, conoces mi vida, me conoces. Pero no tienes ni idea, princesa.

—Ah, ¿no? —digo, mirando directamente a sus fríos ojos—. Sé que has herido o matado a demasiada gente. Eso es suficiente, según mis estándares.

Se limita a sacudir la cabeza, como si yo fuera una niña tonta que no entiende la lección de matemáticas de hoy. —¿De verdad crees que los irlandeses desaparecerán si me llevo mi Bratva a Nueva York? ¿Crees que puedes volver a meter esta guerra en una caja, cerrarla y tirar la llave?

—Puede que no —digo—. Pero realmente no me importa. Lo único que sé es que, sea lo que sea en lo que estés metido, no quiero que ni yo ni mis amigos nos acerquemos. Es demasiado peligroso.

—No trabajas precisamente en la línea de fuego —dice con condescendencia

—Debes estar bromeando. Los irlandeses enviaron hombres a nuestro bar. Si me quedo contigo, estaré a una noche de mala suerte de recibir un tiro en la cabeza. Podrían atraparme en el trabajo, después del trabajo, no sería difícil. Me has pintado una diana en la espalda, que un astronauta podría ver desde el espacio.

No empatiza con mi argumento. —Podrías tener un ataque al corazón ahora mismo. Podrías morir en un accidente de coche esta noche. La muerte no está tan lejos como parece, corderito. Ni siquiera para alguien tan alta y poderosa como tú.

—Sí, bueno, algo me dice que una bala en la cabeza es mucho más probable si estoy contigo.

Evitar que mi mirada se enganche en la suya no es fácil. Tiene que ser a propósito, por lo cerca que está de mí.

Lo suficientemente cerca para golpear.

Lo suficientemente cerca como para besar.

—Lo que oigo es que tienes miedo —sus labios se curvan divertidos alrededor de la palabra.

—Tú lo llamas miedo, yo lo llamo inteligencia. Es sentido común no entrar en un campo de minas.

—La palabra que buscas es “cobardía”.

—Peras, manzanas. No me interesa discutir contigo sobre semántica.

Suspira. —Vuelve al trabajo, Hannah. El club te necesita.

—¿Por qué? ¿No va bien el blanqueo de dinero? —como Gavriil no responde, continúo—: No hace falta ser un genio para darse cuenta. Recuerdas la charla sobre lo importante que son los ingresos para ti, cuando supuestamente ya eres rico, y luego me dijiste quién eras como un movimiento de poder machista. Eso es todo, ¿no? ¿Eso es todo lo que soy para ti? Alguien en quien puedes confiar para limpiar tu dinero. Solo fingiste preocuparte por mí para que me callara.

Su expresión es enigmática. Más un gruñido que una sonrisa. Me pregunto si fui demasiado lejos, si pulsé demasiados botones.

Sobre todo cuando se me acerca lo suficiente como para que su almizcle y su colonia me llenen las fosas nasales. —Crees que lo sabes todo sobre los bajos fondos, ¿verdad? No sabes una mierda.

—¿Me equivoco?

—Más de lo que puedas comprender.

—Bueno, entonces, ¿por qué no nos haces un favor a los dos y me iluminas?

Mi voz es un latigazo feroz, aunque tiemblo por dentro. Siento como si el aire se hubiera enfriado. Como si Gavriil y yo nos precipitáramos hacia un punto sin retorno, lejos de la luz del día.

—Huyes de mí porque tienes miedo de lo que podría significar hacer lo contrario. Porque sabes, en lo más profundo de tus huesos, en lo más profundo de ese dulce coñito tuyo, que tu lugar está a mi lado. ¿Por qué odiar mi mundo? Podrías ser la reina. Podrías tenerlo todo. ¿No te gustaría? ¿No te gustaría dejar de estar tan jodidamente asustada todo el tiempo? Sería tan fácil. Solo di que sí. Solo di que eres mía.

Sus palabras recorren mi espina dorsal, me enrojecen por todas partes. Es como si me hubiera abierto la cabeza y robado mis sueños. No sé cómo ni por qué lo hace, ni desde cuándo tiene ese poder.

Solo sé que me gusta el sonido de lo que dice mucho más de lo que debería.

Un calor traicionero parpadea entre mis piernas solo por la forma en que me mira. —No —murmuro, apartándolo de un empujón—. No puedo.

—¿No puedes? ¿O no quieres?

Acorta la distancia que nos separa en un solo paso. Puedo sentirlo, ese impulso magnético que me recorre cada vez que estoy cerca suyo. Puedo sentirlo aquí, tirando de mí hacia él ahora... más cerca, y más cerca, y más cerca, y...

—Cualquiera. Las dos. Da igual. No quiero que me regalen nada —digo, dándome la vuelta—. Y menos *tú*.

Suspira. —Una princesita tan testaruda —sus manos recorren mi albornoz desde los hombros hacia abajo.

Debería liberarme. Debería huir.

Pero no me muevo.

Su aliento junto a mi oreja es una cálida caricia que acompaña las de sus manos, sin prisa. —Pero creo que te mientes a ti misma. Esto es exactamente lo que quieres. Yo soy exactamente lo que quieres.

Sus manos me recorren, apretándome más contra él, y un suave gemido me recorre por dentro. Aprieta su pelvis contra la mía y siento su erección dura como una roca contra mi muslo. Podría abrir los labios y decir esas dos palabritas que quiere oír: *"Soy tuya..."*

Entonces, sin previo aviso, me suelta.

Al principio, me quedo de piedra. ¿Esperé demasiado? ¿Perdí la oportunidad que me ofrecía?

Pero, cuando cierra la puerta y se vuelve de nuevo hacia mí, por fin lo entiendo: Gavriil Nikolaev nunca iba a irse sin conseguir lo que quería.

Camina hacia mí a grandes zancadas. Apaga la luz. Empieza a arrancarme el cinturón del albornoz.

—Gav...

Me presiona con el dedo en los labios. —No hables más —me lleva las manos a la espalda y, mientras me las ata con la correa de seda, me dice al oído—: Vamos a saltarnos la parte en la que finges que no quieres esto.

Un cálido temblor me recorre. Ya tengo las manos atadas y mi cuerpo palpita con la verdad de sus palabras.

¿Por qué luchar?

Quizá no tenga que volver a ver a Gavriil después de esta noche. Quizá pueda enviarlo lejos una última vez después de esto.

Pero primero, ahora, necesito esto.

Lo necesito desde que lo tuve por primera vez.

Desde atrás, se aprieta contra mí y me rodea con los brazos. Resulta extraño lo bien que encajo en él. Cómo uno solo de sus dedos acariciando mi torso me hace sentir placer.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo como si tuviera todo el tiempo del mundo. Empiezan por mis hombros. Bajan por mis brazos. Recorren mis pechos, los aprietan, los acarician. Se detienen en mis caderas, me agarran el culo.

Y entonces se juntan por delante, se deslizan por debajo del albornoz y presionan mi dolorido y

húmedo coño.

—Vamos —se burla—. Admítelo.

Todavía tengo suficiente autocontrol para contener un gemido. No lo suficiente como para impedir que mi cuerpo tiemble, pero aceptaré las pequeñas victorias cuando pueda conseguirlas.

—Que te jodan —aprieto los dientes.

Su azote es brusco y despiadado. Grito.

—Eso ya lo veremos.

Luego, me abre el albornoz y deja que se encharque alrededor de mis manos atadas. ¿Cómo es que estoy tan mojada? Me tiemblan tanto las piernas que apenas puedo soportar mi peso. Así que, cuando me toca el hombro con un dedo suave como una pluma, eso es todo lo que necesito para ponerme de rodillas.

Y entonces, de repente, me encuentro cara a cara con lo que quiero. Lo que necesito. Su mano me toca la nuca. No me mete la polla en la garganta de inmediato, como habría esperado, dado lo brutal que ha sido desde el momento en que aporreó mi puerta. Es casi... amable, si es que un hombre como él puede serlo.

Se desabrocha el botón del pantalón, se toma su tiempo y me sonríe mientras yo me retuerzo de impaciencia.

Quiero tener las manos libres. Quiero acariciarlo y metérmelo en la boca. Me baja la mano por la cara y me mete el pulgar entre los labios. Sin preguntarle, sé lo que quiere, así que lo hago: chuparle el pulgar hasta la base.

Una sonrisa burlona se desliza por su rostro. Sus ojos oscuros son fuego. —Me *has* echado de menos, ¿verdad?

Luego se baja la cremallera de los pantalones.

Empiezo a inclinarme hacia delante, pero él me detiene. —Ah, ah —me dice—. Pídelo primero amablemente.

Me echo hacia atrás con rabia rebelde. —En tus putos sueños.

Su sonrisa se ensancha. —Cada noche, *kiska*.

Se baja los calzoncillos y saca su polla dura como una roca. La coge y me restriega la cabeza por los labios.

Pero antes de que pueda abrir la boca, me la quita. Sonríe ante mi reacción. —Dilo.

—Que te jodan —vuelvo a soltar. No es exactamente original, pero me sirve para hacerme entender.

—No con esa actitud, no lo harás. Ahora, dilo.

Gavriil está justo fuera de mi alcance, su polla tan dura y tentadora y espera. Está claro que podría hacerlo todo el día. ¿Yo, por otro lado? Estoy a tres segundos de correrme.

—Por favor —murmuro de mala gana.

Finge inclinar una oreja hacia donde estoy arrodillada. —¿Qué es eso? No te escuché.

—¡Por favor! —suplico.

Su mano me peina el pelo. —Así está mucho mejor.

Luego, se acerca y desliza su polla en mi boca.

El placer se enciende en mí mientras lo chupo hasta la base. Me llena la boca por completo, y mi mandíbula se estira para acomodar su grosor.

Subo y bajo la boca, despacio al principio. Disfruto de la presión de la cabeza de su polla contra el fondo de mi garganta. Sus gemidos y murmullos me hacen vibrar, como olas dirigidas directamente a mi clítoris.

Giro la cabeza y lo sorbo desde todos los ángulos. Que se retuerza de placer en mi boca es pura victoria.

Aunque el pequeño estallido de felicidad que me recorre cuando dice—: Eso es, princesa —es bastante embarazoso.

Pero no puedo ir despacio mucho tiempo. Me estoy emocionando demasiado, disfrutando demasiado de esto.

Pronto lo estoy devorando con frenesí, mi boca y mi lengua trabajan en tándem para chuparlo más fuerte y rápido que nunca. El resto de mi cara se golpea contra su pelvis mientras me folla la cara.

Hasta que puedo sentirlo gruñir y perderse dentro de mí.

Lo saboreo hasta el final en mi lengua, salado, dulce y pegajoso a la vez. Empujo y empujo y empujo mientras todo se derrama fuera de él. Cuando ya no queda nada, suspiro satisfecha y me limpio los labios con el dorso de las manos atadas.

Solo Dios sabe por qué soy yo la que gime satisfecha como si acabara de correrme.

Empiezo a incorporarme, asumiendo que hemos terminado.

Debería haberlo sabido.

Los ojos de Gavriil se abren de par en par cuando ve que me muevo sin su permiso. Se abalanza sobre mí, me agarra por la barbilla y me levanta de un tirón.

—¿Crees que es tu turno?

Asiento lastimosamente. Toda mi lucha ha desaparecido.

—¿Y qué decimos?

—Por favor...

Lo siguiente que recuerdo es que me gira, me inclina y su polla se entierra dentro mío.

Cómo se mantiene duro es algo que no entiendo. No tengo intención de preguntar.

Esto es justo lo que necesitaba. El mundo tiene sentido cuando me entrego a él. Es tan fuerte y seguro. Tan convencido de que sabe qué hacer en cada situación. Es tan fácil caer rendida ante él y dejar que me moldee a su antojo.

Se sale casi hasta el fondo. Me retuerzo sin que me llene, desesperada por recuperar esa sensación. Me siento mal por no tenerla.

—Tómame como una niña buena —gruñe Gavriil. Luego, vuelve a clavarse en mí.

Grito y me muerdo el hombro. Me aprisiona contra la cama y me taladra una y otra vez con fuertes sacudidas de sus caderas.

Pierdo la noción de las palabras, de dónde estoy, de quién soy. Todo lo que sé o me importa saber es ese incesante y despiadado golpeteo.

Me corro más fuerte que nunca en mi vida.

Cuando vuelvo en mí, estamos tirados en el suelo, respirando juntos. Me abraza fuerte.

Nunca me sentí más segura.

HANNAH

Mi mente se aclara poco a poco. Es mitad alivio, mitad decepción.

—Nosotros... —empiezo, y ya me quedo a medias. Aún no estoy segura de estar totalmente preparada para volver a hablar, pero tendré que hacerlo.

Algo me dice que si dejo que Gavriil tome las riendas de esto nunca las recuperaré. Me gusta demasiado cuando él está al mando, incluso cuando no es para bien.

Quizá incluso *especialmente* cuando no es para bien.

—Nosotros, ¿qué? —pregunta.

—No podemos seguir haciendo esto.

—¿No? —parece divertido, aunque sus brazos a mi alrededor se tensan.

—Quiero decir, si vuelvo a trabajar para ti...

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que no puede acabar bien —le digo—. Nosotros mezclando negocios y placer.

—¿Por qué no?

—¿No es obvio? —pregunto.

—No para mí.

—Complica demasiado las cosas.

Me agarra con más fuerza. —La vida es complicada.

—Gavriil.

—Dame una buena razón —gruñe.

—Yo... —¿realmente quiero admitirle esto, lo que no me permití pensar durante tanto tiempo, lo que ni siquiera le admití a Stacy?—. Tuve una... mala experiencia.

—Y yo que pensé que solo eras testaruda.

Me río entre dientes. —Quizá un poco de eso, también.

—Bueno, no nos mantengas en suspenso —dice—. Suelta la historia.

Me muerdo el labio antes de zambullirme de lleno. No hay otra forma de hacerlo. Solo hay que arrancar la tirita.

—En mi último trabajo, me involucré con mi jefe y fue mal. Muy mal. Todo el mundo empezó a hablar sobre nosotros y, cuando intenté ponerle fin, me despidió.

—¿Cómo se llama? —pregunta Gavriil.

Me giro para mirarlo con desconfianza. —¿Por qué?

—Así podré darle una paliza por hacerte eso.

Me estremezco. No bromea, pero ir por ese camino es demasiado lejos ahora mismo. Ya volveremos a eso.

—Lo que quiero decir es, ¿qué te asegura que no pasaría exactamente lo mismo con nosotros? ¿Puedes realmente garantizar que mi trabajo estaría a salvo si decidiera dejarte?

—Sí podría.

—O si tú decidieras dejarme —añado—Diablos, no lo sé. Ya me entiendes.

Gavriil se endereza y me mira solemnemente. —Tienes mi palabra de que tu trabajo estará a salvo, pase lo que pase.

Casi parece que está a punto de decir algo más. Algo más que quiero que diga, aunque no sé cómo expresarlo con palabras.

Pero él solo entrecierra los ojos. Me observa.

Se me ocurre en un instante lo tonto que esto debe parecerle a los de fuera: los dos con el culo desnudo, teniendo una seria discusión sobre trabajo.

Con cualquier otro hombre, tendría dudas sobre hasta qué punto puedo confiar en “su palabra”. No mucho, según mi experiencia.

Pero Gavriil es diferente. Su palabra significa algo.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase —me mira—. ¿Tenemos un trato?

Sentarme con él pegado a mí me sienta tan bien, me distrae tanto. ¿Cómo voy a tomar una decisión razonable con él tan cerca, perturbando mi juicio?

Lo que debería hacer es ponerme el albornoz, ponerme presentable y escapar al baño a pensar.

Lo que haré, sin embargo, es sentarme aquí, todavía en sus brazos, y llegar a un acuerdo.

—Con una condición.

—Dime.

—Quiero un aumento.

Se ríe. —Juegas como una experta.

—Un gran aumento —aclaro—. Como ahora estoy mucho más familiarizada con el problema tan grande, tan peligroso y real en el que me estoy metiendo al aceptar este puesto, quiero un aumento grande y gordo. Después de todo, ¿qué fue lo que dijiste? —mi sonrisa se ensancha—. Que me necesitas.

—Creo que dije que el club te necesita.

—Peras, manzanas —vuelvo a decir.

Gavriil me mira, pensativo pero divertido. —Que así sea. Añade un cero a tu sueldo.

Casi se me salen los ojos ante la absurda cifra, pero consigo mantenerlos más o menos en sus órbitas.

—Bien —murmuro con torpeza. Pero por primera vez en mucho tiempo, siento que por fin controlo las cosas.

—Bien —dice, levantándose—. Me alegro de que lo hayamos arreglado.

Me quedo donde estoy y veo cómo se viste. Es realmente hermoso. Cuerpo tallado en mármol, ondulado con músculos y venas y tatuajes. Una obra de arte.

—Hay una cosa más —dice Gavriil cuando termina de recomponerse.

—¿Discutiremos el plan de jubilación del Club Eleganza?

No se ríe. Mi propia risita muere en mis labios cuando se vuelve con el rostro serio.

—Tu amiga, Stacy... la enviaremos a Rusia con un billete de ida para que se quede con su padre. Si los irlandeses la usaron una vez, no dudarán en hacerlo de nuevo. Ella es una carga.

Me pongo en pie de un salto. —Espera, ¿qué? Pero...

—Es por su propia seguridad —dice, ya en otro lugar mentalmente mientras se dirige a la puerta —. Y por la tuya. No intentes discutirlo. Ya está decidido.

Y luego, así como así, se ha ido.

Quizá no controle tanto las cosas después de todo.

GAVRIIL

UNA SEMANA DESPUÉS

Esta noche es la noche.

El aire fresco del río huele claro y fresco mientras corro por el camino de grava. Justo lo que necesitaba. Mi zancada se extiende, larga, suave, sin esfuerzo. Como un semental enjaulado al que por fin dejan libre.

Después de todo, hace una semana que no la veo. Una semana insoportable, pero necesaria. De ninguna manera la tendría de vuelta en el club hasta que esa soplona de Stacy se hubiera ido.

Hannah estaba lívida por todo el asunto. Stacy estaba sorprendentemente calmada. Ninguna de las dos mujeres comprendía del todo la suerte de Stacy.

Ninguna Bratva que mantiene vivas las cargas dura mucho tiempo. Si fuera un hombre, ya la habrían ejecutado por soplona. Mujer o no, muchas otras organizaciones ya la habrían enterrado a tres metros bajo tierra.

Pero no los Nikolaev. No hacemos daño a las mujeres. Nunca lo hicimos. Nunca lo haremos.

Mientras clavo con más fuerza la puntera de la zapatilla en la grava y avanzo más deprisa, con el corazón latiéndome en la cabeza, casi puedo oír la voz de Dmitry en mi cabeza: *¿Es lo más rápido que puedes correr, hermanito?*

Y mi respuesta instintiva, tan furiosa y decidida como siempre: *Mira esto.*

No me había dado cuenta hasta ahora, pero me he estado conteniendo. Guardando un poco de mi energía. Quién sabe para qué.

Pero ahora, ya no.

Ahora me lanzo hacia delante a toda velocidad, con los dientes apretados, los brazos cortando el aire, inhalando y exhalando en ráfagas cortas y controladas.

Vivo para esto, para la acción pura, sin tiempo para pensar ni deliberar. Lo único que importa es llevarme al límite. Ver de lo que es capaz mi cuerpo. Desafiar a la voz de mi cabeza que me ruega que pare, hasta que aprenda a callarse de una puta vez.

Cuando llego al final del camino, reduzco a trote con una exhalación de fastidio.

La carrera ha terminado. De vuelta al mundo real. Donde tengo un imperio que seguir

construyendo. Enemigos que matar. Una ciudad que dirigir.

Y, ahora mismo, una gerente que ver.

Solo que no es solo una gerente. La pregunta se enrosca en el borde de mi mente: *¿Qué es Hannah Hall para mí?*

Posponer verla esta última semana ha sido más duro de lo que debería. Me duele la polla y las manos por el deseo de volver a consumirla. Vive dentro de mis sueños, bajo mi piel. Una adicción que no puedo superar.

Corto el bulevar hacia mi césped para llegar a mi Porsche, que está aparcado a un lado de la carretera.

Entrar, lejos del aire fresco, es una especie de decepción después de correr. Sin embargo, también sienta bien. Si correr es una medicina, conducir es la segunda mejor opción.

Todavía tengo la cabeza despejada cuando pongo la llave en el contacto y me pongo en marcha. Aunque solo pasan unos minutos conduciendo por carreteras casi vacías antes de que frunza el ceño.

Conducir normalmente me tranquiliza. Pero esta vez, con las manos en el cuero de mi volante, solo me recuerda...

...donde preferiría tener en mis manos ahora mismo.

—Basta, hijo de puta —me gruño a mí mismo.

Debería tener más consciencia. Permitirme este tipo de descuido mental es un error. Padre siempre nos advirtió sobre las adicciones. Si no teníamos cuidado, podían apoderarse de nosotros, pudriéndonos de adentro hacia afuera.

Había tenido un hermano pequeño que luchó contra el alcoholismo, un tío que lo perdió todo por el juego. Nos advirtió de los caminos oscuros que se bifurcan cuando menos te lo esperas.

Aunque no nos advirtió de *esto*. Cómo es estar cerca de ella.

Antinatural. Insalubre. Peligroso.

Sin embargo, como otras cosas, el control sigue siendo mío. Tiene que ser así. Lo aparté de mi mente durante el resto del viaje a casa.

De vuelta en mi ático, me enjuago rápidamente en la ducha. Luego, me seco con la toalla, me pongo el traje y salgo por la puerta.

Estrictamente hablando, no necesito estar en Eleganza esta noche. Pero dije que estaría allí, y una visita está más que atrasada.

Así que conduzco hasta allí, aparco el coche delante y entro a grandes zancadas.

Dentro, el club está tan lleno como esperaba: lleno de veinteañeros y treintañeros que bailan y beben al ritmo de la música. Solo ha pasado una noche desde que Hannah volvió a dirigir el local y las cosas ya están mejorando.

Sin embargo, una rápida ojeada al público y detrás de la barra me deja insatisfecho.

No está aquí.

No es que haya venido por ella. Hay trabajo que hacer, papeleo que completar, asuntos que atender. Me dirijo a mi oficina para hacerlo.

Es un alivio sordo, terminar lo que hay que terminar. Los únicos sonidos son la música apagada del club, el rasguño de mi bolígrafo y el barajar de papeles.

Hasta que llaman a la puerta.

—Adelante —digo.

Ella entra.

Solo dejo que mis ojos se posen en ella unos segundos, pero son suficientes. Su americana negra de trabajo y su falda hasta la rodilla logran ser tan profesionales como sexys.

Ahí se va mi concentración.

—Te lo juro, esa bruja Taryn... ¿estás seguro de que no era una exnovia amargada tuya que lo estropeó todo por puro despecho? —Hannah echa humo, con las manos en las caderas.

Enarco una ceja. —¿Eso te molestaría?

Pone los ojos en blanco. —Cada vez que creo que descubrí el alcance de sus meteduras de pata, descubro que me equivoco. Molestó a la mayoría de nuestros proveedores, así que tengo que arrastrarme para que acepten enviarnos el próximo cargamento, con retraso y gastos adicionales. Luego movió todo lo que había en el sótano a lugares extraños que nadie más conoce. También tuve que hablar con algunos clientes habituales a los que, al parecer, expulsó del club por la osadía de atreverse a preguntarle por qué les habían cobrado doble por error.

—Menos mal que volviste.

Suspira. —Lo siento, no debería estar despotricando. Debería ponerme a trabajar. No vine aquí solo para quejarme.

—Entonces dime, Srta. Hall: ¿para qué has venido aquí?

Nuestros ojos se encuentran. Ella puede ver lo que estoy pensando. *Sé para qué te quiero aquí: para que te inclines sobre mi escritorio, con el culo en alto, mientras te follo hasta dejarte sin sentido...*

Aparta la mirada.

No da señales de lo que acaba de pasar entre nosotros. Solo dice—: Para hacer mi informe. Hice los números y se me ocurrieron algunas sugerencias para recortar gastos o cambiar un poco las cosas —me entrega una fina pila de papeles—. Avísame si tienes alguna pregunta o quieres que te aclare algo.

La cojo por la muñeca. —¿Y si hay algo más que quiera?

Por un instante, nuestras miradas se cruzan y veo que queremos exactamente lo mismo.

Pero entonces, se zafa y, mirándome fijamente, dice—: Qué gracioso.

—No estaba bromeando.

Se pone rígida y da un paso atrás por precaución. —Oh, casi lo olvido: hay algunos eventos que me gustaría organizar para mejorar el negocio, pero necesitaré aprobación para la dispersión de fondos. Tengo una lista y una explicación de ellos en la última página de ese montón.

—Parece que has vuelto a tu territorio. La competencia te sienta bien.

—Es mi trabajo —dice, aunque no se me escapa cómo se retuerce feliz ante el cumplido—. Además, seamos realistas: gracias a esa mujer, las expectativas son bastante bajas.

—No eras tú —murmuro.

—Sí, sí —dice. Casi logra ocultar su sonrisa—. La adulación no te llevará a ninguna parte.

—Te hace sonrojar. Me gusta hacerte sonrojar.

Hace una pausa y traga saliva, su expresión firme vacila. —Sr. Nikolaev.

—Srta. Hall.

Su voz se reduce a un susurro suplicante. —No lo hagas. Por favor.

—¿Qué no haga qué? —pregunto.

—Sabes qué.

Mi mano va a su rodilla, la acaricia. Mi voz baja es su propia caricia. —¿Qué no haga... esto?

Deslizo las yemas de mis dedos por debajo de su falda. Más allá de la mitad del muslo y más arriba, hasta el borde de encaje de...

Ella se aleja con dificultad. —Gavriil, dijiste… prometiste...

—Algunas promesas se hicieron para romperse.

Vuelve a temblar, aunque la habitación no está fría en absoluto. —Esta no. Acordamos que nada de cosas en el trabajo.

—*Tú* estuviste de acuerdo. Yo no dije nada.

—Solo, por favor, espera hasta... —ella exhala con fuerza—. Más tarde.

—En mi negocio, no hay más tarde —gruño—. Nunca está garantizado.

Pero dejo caer las manos a los lados, en contra de mi buen juicio.

Vuelve a asentir, agradecida de que la perdone. —Puedo creerlo. Aunque aún no puedo creer que vivas esa vida.

Me encojo de hombros. —Es lo que conozco. Lo que siempre conocí.

—¿Y nunca has querido nada diferente?

—¿Qué sentido tendría? —me burlo—. ¿Fingir que el mundo es un paseo fácil y seguro, como hace la mayoría de la gente? A la mierda con eso. La vida es una existencia corta, fea y violenta. Una pelea de cuchillos desde el momento en que naces. Yo no le temo a eso. Simplemente, afilo mis cuchillos y juego.

—Pero el peligro...

—El peligro es el precio del poder —digo en voz baja—. Un precio que siempre estaré dispuesto a pagar. Créeme: me he sentido impotente antes. Nada vale eso.

Hannah hace un ruido escéptico. —¿Por qué me cuesta creer que alguna vez te hayas sentido impotente? A menos que estuvieras en el útero de tu madre, o algo así.

—Lo he sentido lo suficiente para saber que no quiero volver a sentirlo.

Hannah se cruza de brazos y pone los ojos en blanco. —Mhmm. Estoy *segura*. Déjame adivinar: una vez en un tiroteo, ¿no masacraste totalmente a todos los molestos malos?

—No del todo.

—¿Un niño malo en la escuela te robó el dinero del almuerzo?

—No se atreverían.

—¿Te ganaron tus hermanos en un juego de mesa?

—Solo en sus sueños.

Hannah sonríe, satisfecha de sí misma. —Eso es lo que pensaba. No tienes nada. No sabrías lo que se siente no tener poder ni aunque te golpeara en la cara.

—Te equivocas —digo en voz baja—. No sabes lo equivocada que estás.

—Entonces, adelante —dice ella, todavía con una sonrisa burlona—. Cuéntame.

Me doy la vuelta con un gruñido repentino. —No tengo que demostrarte una puta cosa.

Se calla cuando por fin se da cuenta de mi estado de ánimo. —No —dice en voz baja—. Claro que no.

Oigo el ruido de sus zapatos que se dirigen a la puerta. Se detienen antes de salir.

Cuando vuelve a hablar, lo hace en voz baja, un poco triste. —Solo prueba lo que dije, tú y yo somos de mundos diferentes, Gavriil. Y, en tu mundo, no sabes lo que significa ser impotente.

Eso es todo. —¿Ah, no? —le suelto—. ¿Qué tal estar atrapado en un almacén asediado por tu enemigo, solo? ¿Qué te parece verte obligado a escurrirte por los putos conductos de ventilación como una puta rata de alcantarilla, preguntándote si un movimiento en falso hará que te masacren?

Y, mientras le cuento la historia, me transporto de nuevo allí:

...Polvo por todas partes. Llena mis fosas nasales, mi garganta, mis pulmones.

Polvo espeso como nubes.

Apesta a polvo metálico.

Las palmas de las manos llenas de polvo y las rodillas en carne viva por el movimiento y, de vez en cuando, como contando los segundos, el goteo de sangre por mi hombro.

Mi mundo se reduce a un respiradero de chapa de un metro de ancho que, decididamente, no es a prueba de balas. Si me oyen, me matarán.

Debo permanecer en silencio. Debo seguir moviéndome.

Debo vivir.

Fragmentos de sonido flotan hasta mí. Voces ásperas bromean entre sí, ríen. Balas salpican las paredes o el techo a intervalos esporádicos.

Cada vez que aprietan el gatillo, me tiemblan los ojos. Sabiendo que la siguiente podría enterrarse en mis entrañas y me quedaría solo desangrándome hasta morir en este agujero infernal dejado de la mano de Dios.

Las horas pasan. Pasan los días. Cada uno de ellos parece una eternidad. Cada vez que pienso que puedo descansar y relajarme, me agarroto.

Relajarse te mata.

Todo el tiempo que estoy atrapado allí arriba, agarro mi cuchillo, sabiendo que esto podría ser todo. Que puede que no vuelva a ver el mundo. Que podría no llegar a hacer las cosas con las que soñaba.

Pero también sé otra cosa. ¿Si sobrevivo a esto? ¿Si lo logro?

Nunca volveré a sentirme impotente.

GAVRIIL

Cuando recobro el sentido, digo—: ...volver a ser impotente —aprieto los labios. La rabia me atraviesa.

¿Qué coño fue eso?

Hannah me mira boquiabierta, como si fuera un pobre cachorro abandonado al que quisiera acunar en sus brazos.

Ni una puta posibilidad de que algo así esté pasando. —Deberías volver al trabajo —le digo fríamente.

Me mira sin comprender durante unos segundos. Cuando le hago un gesto hacia la puerta, sigue mirándome, antes de susurrar finalmente—: Bien.

Pero no se mueve.

Por el amor de Dios. ¿No sabe lo que me hace esa mirada suya?

—No te lo diré otra vez —digo bruscamente.

Finalmente, su rostro decae. Se dirige a la puerta, pero de nuevo se detiene justo antes de llegar. —Bien, solo... siento que hayas pasado por eso. Y, si alguna vez quieres hablarlo...

—No quiero.

Me mira, dolida y triste. Como si no entendiera lo que ve. Como si por fin se diera cuenta de lo grande que es el abismo entre su vida y la mía y lo odiara. O al menos, no lo aceptara.

—Siento haberte empujado a eso —dice—. Debería haber confiado en ti cuando dijiste... bueno, no eres de los que hablan sin hacer nada. Debería haberlo sabido. No estaba pensando.

No digo nada.

Parpadea lentamente. —Antes de irme, ¿puedo saber una cosa?

—Depende.

Frunce el ceño, pero sigue adelante. —¿A qué te referías cuando dijiste que nunca llegarías a hacer las cosas con las que soñabas? ¿Qué cosas?

Se me cae la sonrisa burlona. No sé por qué dudé de que Hannah se aferraría a lo único de lo que no quiero hablar.

—No es importante —digo con un tono cortante.

—De acuerdo —dice, sin dejar de mirarme—. Si tú lo dices.

Me doy vuelta. Por el rabillo del ojo, la veo coger el pomo de la puerta. Pero, justo cuando sus dedos tocan el pomo de bronce pulido, las palabras salen de mi boca sin querer.

—Cosas como esta. Cosas como tú. Cosas como...

El amor.

No se mueve. Se queda inmóvil, como un ciervo pastando al amanecer, atrapado por un cazador que piensa en la muerte.

—¿Estás feliz ahora? —gruño.

Su cara se retuerce en mil direcciones, con mil emociones. —Gavriil, yo...

—No —ladro—. Es suficiente por una noche. Has hecho más que suficiente. Adiós, Srta. Hall. Cierra la puerta al salir.

Se detiene unos segundos, escrutando mi rostro. Quién sabe para qué.

Con lo que sea que ve, finalmente, se va, con los hombros encorvados.

En cuanto se va, me doy vuelta, cojo una silla y la arrojo contra la pared más cercana. La silla se hace pedazos al contacto y, con ella, las obras de arte que había colgadas.

Bien. Que se rompa todo.

Quizá Bastien tenía razón: Estoy perdiendo mi enfoque. Nada importa excepto matar a los irlandeses. Si no lo hago, entonces estamos todos muertos.

Pero aquí estoy, vadeando recuerdos antiguos como si estuviera en la consulta de un puto terapeuta.

La Bratva es lo primero. La Bratva está antes que todo. Está antes que mi padre. Está antes que yo.

Seguro que está antes que la maldita Hannah Hall.

Todavía resoplando por el esfuerzo, cojo el teléfono de la mesa y llamo a mi hermano.

—¿Alguna novedad? —le pregunto a Bastien.

—No mucho —dice—. Todavía no hay noticias de nuestro chico, que supuestamente fue aceptado en sus filas hace semanas. Probablemente esté muerto. Algunos de los hombres están murmurando. Creo que deberíamos hacer más.

—Tienen razón —digo suavemente. Me viene rápido y seguro—. Es hora de acabar con esto.

—¿Tienes algo en mente? —puedo oír la emoción en la voz normalmente inexpresiva de

Bastien. Está tan cansado de esta guerra como cualquiera.

—Una trampa —le digo—. Organizamos una reunión. Luego dejamos que se encuentren con nuestras balas.

Bastien emite un sonido inseguro. —No es el camino, hermano.

—A la mierda “el camino” —gruño—. El camino es lo que nosotros hacemos. Escoria como Patrick McNulty no merece honor. Esta guerra duró demasiado. Ha matado a demasiados hombres buenos y a demasiados civiles inocentes. Es hora de acabar con esto.

—Disfrutaré viéndolo comer balas —acepta Bastien—. Pero, Gavriil... ¿estás seguro de que es así como quieres proceder?

Dejo reposar su pregunta unos instantes. Después de todo, no tomo esta decisión a la ligera.

Sin embargo, ni siquiera las punzadas de incertidumbre pueden tocar lo que se ha ido endureciendo en mí en los últimos días, desde el tiroteo de la cena.

Que esto es lo que tenemos que hacer. No hay otra opción.

—Te dije antes —digo en voz baja—. que llegaría un momento en que tendría que tomar una decisión. Estabas allí en el restaurante cuando nos atacaron. Intentaron matarte a ti, a mí, a mamá, al bebé nonato de Shannon —mi boca se tuerce con el recuerdo—. ¿Cuántas oportunidades más le damos a McNulty antes de que uno de ellos lo consiga?

El silencio de Bastien es revelador. Reacio, pero revelador. Sabe que tengo razón. —Si hubiera una forma de enviarle un mensaje, de hacerlo escuchar... —reflexiona en voz alta.

—Le enviamos el mensaje —replico—. Alto y claro. Golpeamos y matado a sus hombres, casi lo matamos a él. A menos que encontremos su escondite y lo quememos hasta los cimientos, cosa que no hay indicios de que estemos a punto de hacer, no hay más mensajes que podamos enviarle. Afróntalo, hermano: recibió nuestro mensaje. Solo se niega a entenderlo.

—Los perros rabiosos deben ser sacrificados —recita Bastien—. Bien. Hablaré con Demyan y Jakob, los meteré al plan. Se me ocurrirá algo. Aunque, si tienes algo en mente...

—No lo hagas demasiado complejo. Aquí sabemos lo que queremos.

—Los mejores planes suelen ser los sencillos —dice Bastien, con una voz que sé que significa que su cerebro ya está dando vueltas a las ideas.

—Confío en que planifiques los detalles —le digo—. Infórmame cuando estés listo.

—Lo haré, hermano —dice Bastien—. También hay otra cosa.

—¿Sí?

—Pasa desapercibido los próximos días. Mis recursos se dedicarán a preparar esto, pero los irlandeses se están poniendo engreídos. Me preocupa que pronto intenten algo más.

Sus palabras me hacen desnudar los dientes. *“Pasar desapercibido”*, las propias palabras son nauseabundas. Esconderme yo, el Jefe, en mi propio territorio.

Sin embargo, nos guste o no, es un consejo sabio. Un pequeño inconveniente por poco tiempo.

Además, pronto llegará el final. Si todo va según lo planeado, nunca más tendremos que preocuparnos por los jodidos irlandeses.

—Tendré cuidado —le digo a Bastien—. Buenas noches, hermano.

—Buenas noches, Jefe Nikolaev.

Al terminar la llamada, me cuesta concentrarme en los papeles de Hannah, pero lo consigo. Siento una gran expectación, la necesidad de actuar. Tengo que recordarme una y otra vez que llegará el momento. La sangre irlandesa se derramará.

Solo necesito ser paciente.

Un rato después, llaman a mi puerta. Se abre antes de que diga nada y Hannah entra en mi despacho con cara de haber visto un fantasma.

Lleva algo en la mano. Todavía no puedo verlo. Lo que puedo ver es la expresión de su cara. Puro terror. Puro puto terror.

—¿Qué pasa? —suelto de golpe. Mi adrenalina está a tope. Si alguien la toca, encontrará la muerte al instante.

Pero no es eso.

Hannah me tiende algo de plástico y blanco que no logro distinguir. No tiene sentido hasta que respira profundamente y dice dos palabras que lo cambian todo.

—Estoy embarazada.

HANNAH

—¿Estás segura? —pregunta Gavriil en voz baja.

Dios, cuánto me gustaría decir que no, reírme un poco, incluso voltear y salir por la puerta.

Pero no puedo.

Porque estoy muy, muy segura.

Asiento. —Nunca se me atrasa la regla, y esto... —le doy una pequeña sacudida al estúpido palito blanco—. Según esto, sí. Según las otras seis pruebas que hice, también.

—Bueno —me mira con cara inexpresiva—. Solo hay una cosa que hacer, entonces.

Mi cuerpo se tensa, esperando lo peor. Gavriil Nikolaev no es el tipo de hombre con el que tienes hijos. Me dirá que...

—Ve al hospital —termina—. Tienes que hacerte un chequeo, empezar a planificar los próximos nueve meses, asegurarte de que todo está en orden.

Me coge de la mano y empieza a tirar de mí hacia la puerta. Damos un par de pasos antes de que me detenga. Gavriil se da cuenta de que me detuve y me mira extrañado.

—¿Tienes algo aquí que necesites tomar?

—Uh, no, yo solo...

—Entonces, vamos al hospital. Alguien nos verá de inmediato.

—No creo que se pueda irrumpir en el hospital y decir: “Una cita, por favor”.

Pone los ojos en blanco. —Mi nombre está en el puto edificio, no tienen elección —me da otro tirón—. Vámonos.

Aún así, estoy clavada al sitio. —¿Así de fácil?

Asiente. —Tal cual.

—¿No deberíamos terminar nuestro trabajo antes? —digo—. Está bastante lleno, y...

—¿De verdad crees que puedes centrarte en el trabajo ahora mismo, Hannah?

—Bueno...

—Eso es lo que pensaba. Ahora, por el amor de Dios, vamos.

—¿No puedo opinar? —digo. Intento inyectar un tono jocoso a mis palabras, aunque solo sea para distraerme de la vorágine emocional que se agita en mis entrañas en este momento.

—No —responde—. Vámonos. *Ahora mismo* —como sigo sin moverme, su mirada se ensombrece—. No te lo volveré a pedir.

Lo miro impotente. ¿Cuál es mi problema? ¿Por qué me quedo quieta como una mula testaruda?

Quizá sea porque parece que salir por esa puerta hará que todo sea real. Aquí es solo un loco sueño febril. ¿Afuera? Es real. Es innegable.

—Es que no me lo esperaba... Todo esto es muy rápido.

Por un momento, la dura expresión de su rostro se queda rígida en su sitio. Me pregunto si este momento, el más humano y vulnerable que puedo imaginar entre dos personas, no es suficiente para romper la armadura que siempre lleva puesta.

Entonces, justo cuando perdí la esperanza, se ablanda.

Vuelve a cruzarse conmigo, su mano me coge la barbilla con ternura y me mira con toda la fuerza de sus ojos.

—Tienes a mi bebé en tu vientre, Hannah Hall —susurra—. No dejaré que te pase nada.

Le devuelvo la mirada, me pierdo en esos iris. Nunca me había fijado en las motas de oro que tienen. Cada vez que miro a Gavriil, aprendo algo nuevo sobre él. Hay un humano ahí dentro. Un corazón que late bajo ese pecho musculoso y tatuado.

Un corazón que late por mí.

Si la perspectiva de un embarazo es un pensamiento abrumador, este es años luz peor.

Las cosas que implica, amor, un futuro juntos, me dan demasiado miedo como para empezar a hacerme a la idea.

Así que me centro en lo que puedo.

El simple calor de sus dedos entrelazados entre los míos.

Su olor en mi nariz mientras inhalo y exhalo, inhalo y exhalo. Poner un pie delante del otro.

Gavriil y yo nos vamos en silencio. No me doy cuenta de cuánto necesito el firme y tranquilizador apretón de su mano hasta que tropiezo y él me aprieta al instante para mantenerme en pie.

Como si todo lo que me pasa a mí también le pasara a él.

Me ayuda a subir al asiento del copiloto de su Porsche y salimos disparados por la carretera como un cohete. Es tan rápido que me dan ganas de gritar, pero Gavriil ni pestañea. Mantiene perfectamente el control: una mano en el volante y otra en mi muslo, como el ancla que tanto

necesito.

Pasamos los semáforos como si fueran meras sugerencias y adelantamos a otros conductores como si fueran pilares. Todo el tiempo, mis pensamientos se atascan en loop.

Estoy embarazada.

Es suyo.

Estoy embarazada.

Es suyo.

Estoy muy, muy embarazada, y es muy, muy suyo.

Tantas cosas diferentes bullen en mí, que me preocupa cuál saldrá si abro la boca. Pero tengo que decir algo.

—Lo siento —le digo—. Tengo un DIU. No soy descuidada...

—Nunca pensé que lo fueras.

Gracias, Hannah, por el comentario sin sentido nº 7 del día...

—Bien, pero... si resulta que estoy, ya sabes, embarazada...

Trago saliva y hago una pausa. Dios, esto ya es bastante estresante. ¿De verdad le preguntaré sin más? ¿Qué sentido tiene hasta no saber con certeza a qué nos enfrentamos?

Me obligo a exhalar, a soltar las manos. Entonces, termino mi pensamiento. —¿Qué quieres que haga?

Durante unos segundos, reina un silencio sepulcral en el coche. Mi mirada se dirige furtivamente hacia el rostro impasible de Gavriil, y luego huye de nuevo hacia la ventanilla. A la seguridad.

Pasan más árboles. Un jardín. Un hotel.

Oh, Dios... ¿qué hicimos?

Si él quiere que… no sé si podré. No después de...

Gavriil aparta el coche a un lado de la carretera y frena en seco con un movimiento brusco.

—¡Jesús, Gavriil! —grito. Siento que el corazón se me va a salir del pecho.

Lo ignora. —Me estás preguntando qué querría que hicieras con el bebé —dice cuidadosamente, con los ojos sondeándome.

Asiento.

Su mirada me recorre una vez más y luego pasa de mí. No contesta.

Me giro para mirar por la ventana. Es solo un campo desnudo, nada que ver allí. Nada que distraiga tanto a Gavriil para ser incapaz de responder.

A lo mejor no contesta.

Quizá no pueda.

Quizá sea culpa mía, por meterlo en esto. Por esperar demasiado de él.

—Es, por supuesto, tu elección —dice, su ceño se frunce alrededor de las palabras, mostrando lo poco que le gustan—. Pero si me preguntas... me gustaría que lo tuvieras.

Lo único que puedo hacer ahora es mirarlo. Antes hubiera esperado que a Gavriil le crecieran alas y saliera volando del coche que decir eso.

—Oh —digo, y como no se me ocurre nada más, añado—: Vale.

Me mira mientras retira la mano. —¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿Qué quieres hacer?

—Quedármelo —digo en voz baja, quitándome un extraño peso de encima al decirlo—. No estoy segura de si podría deshacerme de él... aunque supondrá un duro golpe para mis objetivos vitales.

—¿Qué? —una sonrisa se dibuja en un lado de la boca de Gavriil, sus ojos oscuros brillan—. ¿No te ves dirigiendo un club nocturno con un bebé atado a la espalda?

Me sale una risita. —Sorprendentemente, no. Pero quizá el pequeño podría ayudarnos a conseguir propinas de clientes desprevenidos.

Se ríe entre dientes. —Los negocios siempre son lo primero para ti.

—Mejor a mi manera que a la tuya. Probablemente lo tendrías dándole a la pistola y recogiendo cobros para el momento en que esté en la escuela primaria.

Espero que me responda bromeando, pero, en lugar de eso, sacude la cabeza con solemnidad. —Él elegirá su propio camino.

Vuelvo a mirarlo. No es propio de Gavriil dejar que otros tomen las decisiones. ¿Y ahora lo hace dos veces en el mismo minuto?

—¿Hablas en serio?

Asiente. —Mi padre hizo lo mismo conmigo. Me enseñó los valores Nikolaev. Me mostró lo que podía hacer de mí. Pero, al final, me dio la opción de seguir mi propio camino.

Nuestras miradas se cruzan.

No tenía ni idea de quién era Gavriil Nikolaev. Cuanto más oigo hablar de él y de su familia, más empiezo a pensar que hay una especie de nobleza en ellos, por mucho que odie admitirlo.

—Tú... —me quedo a medias, sacudo la cabeza con una risa de sorpresa. Me entran ganas repentinas de abrazarlo, pero consigo contenerme—. No eres lo que pareces.

—Tú tampoco.

Si me besara ahora mismo, se lo permitiría. Le dejaría hacer mucho más que eso. —Supongo que es oficial —digo, riéndome un poco—. Somos un cliché: el jefe que embaraza a su empleada.

—¿Eso es un cliché?

—No, yo... solo creo que tal vez tú... —dejo que mis palabras se interrumpan—. No es nada —digo finalmente, sacudiendo la cabeza—. Deberíamos seguir.

Probablemente no sea buena idea terminar esa frase. A pesar de lo bien que van las cosas con Gavriil, no quiero ir demasiado lejos.

—Deberíamos —asiente Gavriil, sin moverse, mirándome—. Pero no hasta que termines tu pensamiento.

Mi espalda se pone rígida. —Realmente no creo...

—Dilo.

—Bien, solo pensé que tal vez serías un padre increíble, ¿de acuerdo? —me quejo—. ¿Ya estás contento? —cuando sus ojos se abren de par en par, vuelvo a apartar la mirada—. No hagas que me arrepienta de haber dicho eso.

Tan repentinamente como un parpadeo, siento los labios de Gavriil presionando mi mejilla.

—El arrepentimiento es para los débiles —susurra—. Y tú, Hannah Hall, madre de mi hijo... no eres débil.

HANNAH

El resto del trayecto hasta el hospital transcurre sin incidentes, tranquilo. Aunque no es el mismo silencio de antes. Este casi se siente... ¿cómodo?

Después de aparcar el Porsche, Gavriil no se baja. Siento sus ojos clavados en mí, tan íntimos como una caricia.

—¿Qué? —pregunto en voz baja.

—Quise decir lo que dije. En mi despacho.

—¿Qué parte?

—Que te protegeré.

Me obligo a mirarlo. No sé qué es, si sus palabras o su mirada, o la certeza de su mandíbula apretada, pero es obvio que lo dice en serio. Que esas tres palabritas encierran todo un mundo. Que vadearía el infierno o iría hasta el fin del mundo para mantener el juramento que me hizo a mí y a nuestro hijo.

Quizá por eso se me escapa una sola lágrima por el rabillo del ojo.

La alejo lo más rápido que puedo. Él lo ve, estoy segura, pero, por suerte, no dice nada durante unos largos segundos.

Entonces—: ¿Lista?

Asiento y resoplo. —Lista.

Se acerca y me ayuda a salir del coche. Lo necesito más de lo que pensaba: siento las piernas débiles y temblorosas y me tiembla todo el cuerpo.

—No me sueltes —susurro.

Me agarra con fuerza por la cintura. —Nunca.

~

GAVRIIL TARDA diez minutos en llamar a un conocido anónimo, acompañarnos a la sala A7 y

confirmar nuestra cita para un análisis de sangre de embarazo y un chequeo completo en el mismo día.

—¿Cómo? —pregunto desconcertada—. Quiero decir, sé cómo, pero ¿*cómo*?

Se encoge de hombros. —Es mi trabajo conocer a la gente adecuada.

—Tú y tus contactos —digo con una risita—. Nunca deja de sorprender.

Realmente, una parte de mí está intrigada. ¿Así es la vida para la gente con poder e influencia? ¿Simplemente más fácil y fluida en todos los sentidos?

En lugar de llevarme a los asientos de la sala de espera, Gavriil me coge de la mano y me acompaña por el pasillo iluminado con luces fluorescentes.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—Lo sabremos cuando lo veamos —es todo lo que dice.

—¿Pero no tenemos que...?

—No.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy haciendo las preguntas equivocadas.

—Gavriil —le digo, frunciendo el ceño—. ¿Qué estamos haciendo?

—Hacer que la espera pase un poco más rápido —dice con una sonrisa satisfecha.

—Gav...

Se queda inmóvil. Acerca sus labios a mi oreja. —No me hagas decirte que quiero follarte hasta dejarte sin sentido en medio de un hospital, Hannah. Porque lo diré para que lo oiga todo el mundo en este maldito edificio.

Luego, como si nada, se endereza y me da un pequeño tirón hacia el pasillo. —¿Vienes?

Solo puedo seguirle la corriente, aturdida.

El sentido común me dice que debería disuadirlo o volver corriendo a la sala de espera, pero el zumbido entre mis piernas es cada vez más intenso.

Gavriil prueba unas cuantas puertas. Su sonrisa se amplía cuando una se abre y deja ver un armario. Echa un vistazo para comprobar que no hay moros en la costa, me mete y cierra la puerta tras nosotros.

—Gavriil —siseo—. No estarás considerando seriamente...

Me palpa el coño a través de la ropa y acaba con las palabras al instante. Si antes era débil, ahora soy gelatina. Completamente a su merced.

—Acabaremos antes de que se den cuenta —dice con voz ronca. Sus dedos se hunden bajo mi ropa interior—. ¿A menos que prefieras que pare...?

—No —jadeo—. Dios, no.

—Así está mejor —murmura.

Me baja la ropa interior y la deja caer al suelo. Nuestros ojos se cruzan.

—Lo quieres —dice en voz baja, con la boca cerniéndose sobre la mía—. ¿Cierto?

Sus dedos me penetran más profundamente. —Tanto... —murmuro.

Se desabrocha la cremallera, saca su polla dura como una roca, engancha mi pierna en su cadera y se mete dentro de mí, todo tan rápido que apenas tengo tiempo de procesar lo que estoy haciendo.

Oh.

Mierda.

Oh.

Puta mierda.

—Eso es —se flexiona dentro de mí—. Esa es mi chica. ¿No es mejor?

—Sí —gimo—. Sí.

—Tienes toda la puta razón —gruñe—. Toda la puta razón.

Me atrae hacia él en un beso ardiente, con la boca abierta, mientras empieza a empujar. Nuestros labios se retuercen. Nuestras lenguas se enredan. Nuestros cuerpos se golpean más rápido que nunca.

Quiero, necesito, esto, *a él*, Gavriil Nikolaev.

Se sale, me da la vuelta y, agarrándome por las caderas, me taladra más fuerte, más rápido y despiadado que nunca.

Ya me estoy corriendo, me estoy volviendo loca. Él sigue follándome hasta el fondo del orgasmo.

Me caigo y no consigo reprimir un grito. Me tapa la boca con una palma caliente para clavármela mientras se entierra hasta la empuñadura y estalla dentro mío.

Después, en sus brazos, me olvido de todo. Es Gavriil quien me lo recuerda, apretándome un beso en la cabeza—: Seguro que están listos para atendernos.

Suspiro. Recobro mis sentidos. Estamos en medio de un armario de suministros de limpieza de un hospital cualquiera, chorreando los jugos del otro. No es momento para una larga sesión de abrazos. Es hora de vestirnos deprisa y salir de aquí antes de que nos descubran.

Aunque me encantaría ver al pobre conserje que tendría que decirle a Gavriil que acaba de incumplir una norma.

Gavriil me da una palmada cariñosa en el culo una vez que estamos vestidos. —Podría acostumbrarme a eso.

—¿Podrías?

Sin previo aviso, abre la puerta de golpe y sale antes de que me haya vestido del todo.

—¡Gavriil! —siseo—. Alguien podría haber...

—No había nadie cerca —dice simplemente—. Además, si alguien vio algo que no debía, lo mataré.

Le fulmino con la mirada. —Sabes, esa amenaza es menos graciosa viniendo de un hombre con tu historial.

Gavriil se encoge de hombros. —Lástima —extiende el brazo—. ¿Vienes?

—Supongo —refunfuño, tomándolo de mala gana—. Podrían tener problemas para hacer el análisis de sangre si no estoy allí.

Mientras caminamos cogidos del brazo, tengo que admitirlo: me resulta extrañamente natural tener a Gavriil a mi lado. Por muy locas que sean estas circunstancias, me siento segura cuando él está ahí. Protegida, como me prometió.

De vuelta a la sala de espera, me meto en un baño para arreglarme el pelo y la ropa con la ayuda de un espejo. Un vistazo y doy gracias a Dios por haber sido tan precavida. Mi maquillaje parece hecho por un ciego. O un niño. O un niño ciego.

Por supuesto, elegí precisamente hoy para llevar un pintalabios rosa, que ahora está convenientemente untado en mi barbilla. Quién sabe cómo se me ha estropeado también el delineador líquido, pero así ha sido.

Mientras arreglo los desperfectos, mi reflejo en el espejo está tan perplejo como yo sobre lo que acaba de ocurrir y lo que está a punto de ocurrir.

¿Realmente quiero este bebé? ¿El bebé de *Gavriil Nikolaev*?

Hace solo unos días, me planteaba renunciar después de lo que vi y pasé. Demonios, estaba considerando reservar un billete de ida a Bali y no volver a casa en un éxodo total al estilo Come, Reza, Ama, solo para alejarme de Gavriil y las cosas horribles que lo siguen.

Y ahora, ¿estoy considerando esto seriamente?

Un trabajo es algo que puedes dejar. Un bebé con alguien... bueno, eso es un lazo para siempre. En la mayoría de los casos.

Termino de delinearme el párpado superior y me alejo de mi reflejo y de todas sus preguntas. De todos modos, no hay buenas respuestas.

Luego, salgo del baño.

Ojalá pudiera dejar atrás esos miedos con la misma facilidad.

Cuando Gavriil y yo volvemos a la sala de espera, casi me siento cómoda. Aunque, cuando vamos a sentarnos en las sillas rosas a juego, no puedo deshacerme de la ligera sospecha de que la presumida enfermera, de algún modo, imposiblemente *lo sabe*.

Sabe lo que ha hecho.

Sabe lo que *he* hecho.

Sabe lo que he estado dispuesta a pasar por alto por el bien de... lo que sea esto.

Lee mi nombre en un portapapeles. —¿Hannah Hall?

—Soy yo —chillo con una voz que no se parece en nada a la mía. Me pongo en pie y alzo la mano como si estuviera en el colegio.

—Por aquí —dice.

Gavriil me coge la mano sin pedir permiso. No es que nunca pida permiso para hacer nada, por supuesto. Pero esto es diferente.

Parece que lo hace porque sabe que lo necesito.

No consigo respirar con normalidad ni calmar los frenéticos latidos de mi corazón. No importa qué mentiras anodinamente optimistas me diga a mí misma, *esto también pasará, sigue luchando, ojos en la meta*, todas las cuales parecerían cursis incluso en un póster motivacional, mi cuerpo sabe que esto es.

Es cuando todo cambia.

A partir de este momento, mi vida, tal y como la conozco, nunca volverá a ser la misma.

HANNAH

La enfermera es una rubia amable y eficiente, que hace el análisis de sangre en un par de minutos con un mínimo de conversación. Se marcha tan bruscamente como entró.

Gavriil no me suelta la mano ni una sola vez. Me pregunto si sabe lo agradecida que estoy por ello.

—Supongo que ahora solo queda esperar —murmuro.

—Estoy aquí para ti. Para lo que necesites.

—Bueno... —finjo pensarlo—. Ahora que lo mencionas, siempre quise un yate.

—¿Qué tan grande?

—Sé que bromeas, pero, cuando dices cosas así, la gente puede empezar a pensar que hablas en serio. Por "la gente" me refiero a mí.

Me mira y parpadea. —¿Quién dice que no hablo en serio?

Me estremezco. —Creo que ni siquiera te das cuenta de que no es normal ser tan asquerosamente rico.

—¿Así que ahora soy repugnante? —esboza con una sonrisa burlona.

Pongo los ojos en blanco y le doy un manotazo en el brazo. —Cállate. En serio, gracias. Por todo esto. Nunca esperé...

Gavriil frunce el ceño.

—¿Qué? —digo.

—Pareces sorprendida —comenta—. Todo este tiempo has parecido sorprendida. Como si esperaras que te arrojara a los malditos lobos.

—Eso no es lo que yo...

—¿Por qué te empeñas en creer lo peor de mí? —sus cejas están arqueadas hacia abajo con ira.

Sacudo la cabeza. Esto se está descontrolando de repente. —No es así, Gavriil. Yo solo... he visto... eres... mierda, todo esto está saliendo mal.

—Entonces dilo bien.

Exhalo. —No es tan fácil para mí como para ti. Las cosas en tu mundo son sencillas. O al menos, tú las haces así. Sé que en el pasado te dije cosas que no eran, como en el restaurante. Sé que intenté huir. Pero estaba molesta por lo que le pasó a Stacy. Lo que casi me pasó a mí —mi mano da golpecitos en mi muslo en un ritmo fuera de lo normal—. Es que no sé... Todo esto es nuevo para mí. Nunca había conocido a nadie como tú. No sabía cómo actuar.

—¿Y ahora?

—Ahora no estoy tan segura —admito—. Antes de conocerte, la moralidad y el bien y el mal parecían tan blancos y negros. Pero ahora...

—La vida real es un lío.

Me río un poco a mi pesar. —Y que lo digas. De todas formas, ¿qué te importa lo que piense de ti?

Gavriil frunce el ceño. —No hagas preguntas de las que ya sabes la respuesta.

—Bien —refunfuño. Es lo más cerca que estaremos de que diga que le importo.

Y yo que pensé que nos llevábamos de maravilla.

Antes de que podamos seguir, llaman a la puerta y entra el médico. Mira el portapapeles que tiene en la mano con expresión perpleja. Intento leer ese ceño fruncido, pero no llego muy lejos antes de que levante la vista y nos mire.

—No lo veo a menudo —admite, mirándome por fin, con el ceño todavía fruncido—. Pero supongo que ocurre.

—¿Qué cosa? —exige Gavriil, claramente tan nervioso como yo.

—No estás embarazada —me dice el médico—. Tu prueba de embarazo debe haber sido un falso positivo. Esas cosas pasan, ya sabes.

Silencio.

Silencio doloroso e interminable.

Me siento allí durante una eternidad. Al final, sigo sin saber qué decir, sentir o pensar.

—Lo siento —añade el médico, con una nota de simpatía en su voz nasal—. Estoy seguro de que llegará tu hora. Puedes quedarte en la habitación el tiempo que quieras...

Apenas pronuncia estas palabras, Gavriil sale corriendo por la puerta delante de él.

GAVRIIL

No puedo dejar de moverme.

Un pie delante del otro, consumo suelo de baldosas verde vómito metro a metro a pasos agigantados.

Quédate aquí, me regaño. *Quédate en el presente. Aquí es donde suceden las cosas.*

Pero no estoy aquí.

Vuelvo a estar ahí.

Polvoriento y medio muerto, vivo solo por pura suerte, arrastrándome sobre manos y rodillas ensangrentadas, tan exhausto que apenas puedo levantarme del acero corrugado.

Ver el rectángulo de luz al final del túnel. Saber lo que significa, lo que significan los días de silencio.

Que se acabó.

Que lo logré.

Al irrumpir en la mansión como un tonto, mi propia familia casi me dispara, lo que sería un final irónico, después de todo lo que sufrí. Pero cuando ven que soy yo, me abrazan, su hijo, su jodido hijo pródigo. Y padre...

—¿Gavriil? —dice Hannah tentativamente desde detrás de mí.

Me detengo en seco. —No —gruño como advertencia—. Déjalo. No empieces.

—Apenas he dicho una palabra —responde ella.

—Bien. Sigamos así.

Me mira como si me viera por primera vez. Niega con la cabeza. —Eres increíble, ¿lo sabías?

—Eso me han dicho.

—Basta, Gavriil. Para ya —se pone delante de mí.

Me muevo a su alrededor. —Te dije que me dejaras en paz.

Mi voz suena más fuerte de lo que pretendía por los pasillos demasiado blancos, limpios y brillantes del hospital. Siempre odié estos lugares.

—Tú eres el que se pasea como si le ardiera el culo —señala enfadada—. Con esa mirada como si todavía no hubieras decidido qué golpear.

Me detengo una vez más y giro alrededor suyo, con los puños anudados. —Hannah, lo digo en serio, yo...

—¡Yo lo digo en serio, Gavriil!

Me mira fijamente. Sus ojos azules brillan con desafío. Me molesta lo guapa que es cuando se enfada. Qué tentadora es cuando devuelve tanto como recibe. No es una alhelí marchita. Es todo fuego.

Baja la voz. —No eres el único aquí que entró en esa consulta pensando que saldrían con noticias diferentes.

—No importa —me giro hacia la puerta—. Vamos. Es hora de irnos.

No tiene sentido seguir aquí como un idiota. Quiero salir de este sitio olvidado de la mano de Dios. Necesito estar en mi oficina, trabajando, o mejor aún, en la calle, rompiendo cráneos irlandeses.

—No —ella no se mueve—. No voy a ir.

—No hagamos esto.

—En realidad, sí, hagámoslo —se da la vuelta para mirarme un poco más—. No me iré hasta que hables conmigo, Gavriil.

Me encojo de hombros. —Bien. Como quieras.

Luego me doy vuelta y reanudo la marcha hacia la salida, respirando con dificultad.

Un rectángulo de luz al final del túnel. La salvación, a solo unos pasos...

Oigo el repiqueteo de unos pasos y Hannah me da un tirón del codo para que me dé la vuelta. —Solo... ¿puedes decir algo? Por favor. ¿Algo que no sea asqueroso?

—¿Estás lista para irnos ya?

Se le cae la cara. —Jesús, Gavriil, por un segundo, casi pensé ... —se detiene antes de que pueda terminar su pensamiento.

Algo se retuerce en mi interior. Abro la boca y la cierro. Aprieto los dientes.

No puedo hacer esto. No aquí. No ahora.

Me alejo un paso.

—¡Maldita sea, Gavriil, di algo!

La rodeo, la agarro por los hombros y le acerco la cara. —No me presiones, Hannah. ¿Crees que me conoces? Pues no sabes una mierda de mí. Si lo supieras, gritarías como una loca.

Cara a cara, sus ojos se vuelven más azules por las lágrimas. Lágrimas frustradas, decepcionadas.

Se libera. —Púdrete, cobarde.

—No, no soy un cobarde —digo en voz baja—. Soy un tonto.

—Un cobarde es exactamente lo que eres —sisea—. Ni siquiera admites lo que sentiste. Lo que sientes.

Me doy vuelta para mirarla de frente. —Ahí es donde te equivocas. No siento nada. Nada más que asco... de mí mismo. Por haberme dejado distraer tanto por algo tan insignificante.

—Distraído —repite lentamente, como dándome la oportunidad de retractarme—. Insignificante. *Asco*.

Suelto una carcajada superficial. —Hablando de ti y de ese bebé que nunca existió, ¿en qué demonios pensaba? Como si de verdad pudiéramos tener una vida juntos. Engañándome así. Como un puto tonto.

Se estremece como si mis palabras fueran golpes físicos contra ella. —No lo dices en serio —dice al fin.

—Te aseguro que sí.

—Así que eso es todo, entonces —dice ella—. Seguirás con la historia de “no siento nada”.

—No es una historia.

—Mentiroso.

—No me llames así. Nunca me llames así.

—¿O qué? —exige, apoya las palmas de las manos en mi pecho para darme un pequeño empujón —. ¿Me harás daño? Qué pasó con esa promesa de mantenerme a salvo, ¿eh? Es de ti de quien necesito protección.

Hay demasiado silencio en este puto pasillo. Mis pensamientos tienen demasiado espacio para desplegar sus alas.

—¿Qué quieres de mí, Hannah? —gruño.

—Que lo admitas —responde enseguida—. Solo admítelo.

—¿Admitir qué?

—¡Que estás decepcionado igual que yo!

Sacudo la cabeza. No la miro. —Me estás pidiendo que te mienta.

Se aparta de mí. —Te vi en el camino hacia aquí, Gavriil. *Vi* lo excitado que estabas. *Vi* cuánto deseabas esto.

Puedo sentir su mirada escrutándome, buscando cualquier debilidad. Sin embargo, hay una tristeza en ella, incluso ahora.

Me doy la vuelta. —Estás interpretando cosas que no existen —digo simplemente.

A la mierda sus expectativas sobre mí y a la mierda su tristeza. Esto fue muy lejos. Demasiado lejos.

Hace unos meses, ni siquiera sabía quién era esta maldita mujer. Ya es hora de cortar cualquier conexión que exista entre nosotros.

Nadie sabe hacerlo mejor que yo.

Me salen más palabras, irreflexivas e instintivas. —¿Quién sabe? Quizá incluso lo fingiste. Así podrías aumentar tu influencia sobre mí. No sería la peor decisión de negocios. Y ambos sabemos lo buena mujer de negocios que eres.

Una carcajada incrédula brota de sus labios. —¿*Aumentar mi influencia* sobre ti? ¿Me estás tomando el pelo? Mírame, Gavriil. Al menos ten las pelotas de mirarme a los ojos cuando me digas idioteces.

—Estabas en esto por dinero y por probar el poder. Eres solo una puta cazafortu...

Me abofetea a media frase.

Lo veo venir, pero la dejo. Vete a saber por qué. Quizá porque sé lo bueno que es empezar a romper cosas cuando el dolor interior es demasiado.

El aguijón florece en mi mejilla. No reacciono. Dentro de mi pecho, un sentimiento asoma su fea cabeza, pero lo ahuyento como la mosca inútil que es.

Los sentimientos no sirven para nada.

Ya no.

No para un Jefe.

Delante mío, el rostro de Hannah pasa de la rabia a la culpa y, finalmente, a la desesperación. Las lágrimas caen sin querer por sus mejillas. Sus hombros tiemblan cuando se da vuelta y murmura—: No puedo creer que realmente dijeras... que realmente pensaras...

Sacude la cabeza y se marcha. Atraviesa las puertas. La persigo a toda prisa mientras esa sensación en mi pecho intenta emerger de nuevo.

Unas decenas de metros más adelante, Hannah se detiene en el borde del césped que rodea el hospital y se deja caer de culo. Con las piernas extendidas hacia delante, mirando a la nada y a todo lo demás.

—Sabes —dice cuando me acerco—, esto probablemente me hace una idiota, pero yo estaba realmente emocionada.

Mis hombros se tensan. Mis manos se aprietan. Quiere cosas de mí que no le daré. No puedo dárselas.

Pero todo se reduce a esto: Tengo dos opciones en este momento.

Irme o quedarme con ella.

Al final, no hay elección.

GAVRIIL

Lo siguiente que recuerdo es que estoy a su lado. Me tumbo en la hierba y la meto en mi regazo. Intenta zafarse, pero sin mucho entusiasmo, y pronto entierra la cara en mi pecho.

Dios, es tan pequeña. Tan frágil. Hay tanta violencia en este mundo y ella es solo una mujer, ¿cómo va a soportarla?

Esa es la cuestión: no lo hará.

Porque estoy aquí para absorberla por ella.

Yo estoy hecho para la violencia, ella no. Así que puedo hacer lo que ella es incapaz de hacer. Puedo mantenerla a salvo. Puedo hacer la guerra a cualquiera que se le ocurra hacerle daño.

Soy un mal hombre, pero soy un mal hombre *para ella*.

Las palabras salen de mis labios. Se sienten torpes, rotas, inútiles. Pero son ciertas.

—Nunca estuviste destinada para mí —susurro—. Fue un accidente. Un error. Pero sucedió. Y ahora no hay ni una maldita fuerza en todo el puto universo que pueda separarte de mí. Ni los mexicanos, ni los irlandeses, ni la misma muerte. Ni siquiera tú. Eres mía, Hannah Hall. Y atravesaré el infierno si es necesario para evitar que derrames otra lágrima.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que lo que oigo son sus sollozos que se acallan.

Alza ligeramente la cabeza para mirarme. —Gavriil...

—Es la verdad —digo con voz ronca—. Es lo más cierto que te he dicho nunca.

Le tiembla el labio inferior. —Ojalá pudiera creerte. Lo deseo tanto. No sabes cuánto.

Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero la cicatriz de la última vez todavía duele mucho.

Retrocedo y la miro con los ojos entrecerrados. —¿La última vez?

—Mi último jefe...

Gruño. La idea de que otro hombre toque a Hannah, incluso años antes de que nos conociéramos,

me calienta la sangre. Dejo eso a un lado. Ahora no es el momento.

—Hay más en la historia de lo que te conté. Lo que pasó fue que yo... o nosotros, supongo... nosotros... —arrastra sus ojos hacia los míos—. Nos quedamos embarazados.

Se aferra a mi brazo, lo sujeta con fuerza contra su pecho. Como una balsa salvavidas. O una armadura.

Cuando continúa, su voz tiembla, a punto de desmoronarse. —Y cuando se enteró, Jesús, se enfadó tanto que acabó por ponerse... *violento*. Yo también me enfadé y eso empeoró todo. Nos peleamos, y yo... mierda, ni siquiera sé lo que pasó. Lo reproduje en mi cabeza miles de veces y todavía no lo sé. Lo empujé o quizá él me empujó a mí, pero pasara lo que pasara, acabé cayéndome hacia atrás. Y había unas escaleras... —un gemido bajo cae de sus labios mientras se rodea con los brazos, meciéndose hacia delante y hacia atrás contra las frías garras del peor recuerdo de su vida—. Oh, Dios.

Doy un respingo. La rodeo con los brazos. —No tienes que contarme el resto.

—Lo haré —susurra—. Nunca se lo conté a nadie. Ni siquiera a Stacy. Fue una pesadilla en mi cabeza durante tanto tiempo que casi me pregunto si lo soñé todo. Decirlo hace que parezca real. Quizá entonces... Quizá entonces seré capaz de seguir adelante. Tal vez porque tú me haces sentir lo suficientemente segura para decirlo.

Asiento solemnemente. —Adelante, entonces. Di lo que tengas que decir.

Traga saliva y se seca una lágrima. —Aborté. La pelea, yo... no sé por qué me dolió tanto. Ni siquiera lo quería. Pero ese bebé, ese precioso bebé... era mío, era una pequeña vida en ciernes... y entonces, entonces... se fue.

Cuando la última palabra se funde de nuevo en el silencio, Hannah aprieta su cabeza contra mi pecho. Solo soy consciente de la furia sorda que ruge en mi pecho.

—Todo estará bien —susurro en voz alta.

Solo internamente añado la parte que realmente quiero decir: *Porque haré que así sea*.

Cuando por fin se aparta, con los ojos aún llenos de lágrimas, le acaricio la cara. —Dime su nombre.

Sus ojos buscan los míos, confundidos.

—El bastardo que te empujó. Dime su nombre.

Arruga la frente. Se aparta, ya sacudiendo la cabeza. —No, no, no importa. Ahora está en prisión, y...

—¿Crees que no puedo llegar a él allí? —escupo—. Podría estar en la puta luna y aún así encontraría la forma de ir a cortarle el cuello. Dime. Su. Nombre.

—No —dice, en voz baja pero enérgica. Vuelve su rostro lloroso hacia el mío—. Por favor, Gavriil.

—No puedes decir honestamente que...

—¡Sinceramente, solo quiero dejar atrás el pasado! —grita—. ¿Es tan difícil de creer?

Otra pregunta que dejo pasar. Pero no desaparece. Tampoco la certeza en el rostro de Hannah.

Tomó su decisión. Al contar su historia, la versión de ese hijo de puta que se apoderó de ella podrá ser enterrada por fin en el pasado, donde pertenece.

—Por favor, Gavriil —repite—. Prométeme que no le harás nada.

Desvío la mirada, todavía llena de rabia. —Lo que te hizo...

—Está siendo castigado por ello.

—No lo suficiente.

—Prométemelo —vuelve a decir, más suave pero igual de urgente—. Prométeme que lo dejarás en paz. Por favor. Si hicieras algo, nunca me lo perdonaría. Por favor. Demuéstrame que puedo confiar en ti.

Aprieto los dientes. —No me gusta esto.

—¿No lo entiendes? No podemos ser nada si estás así.

—¿Cómo?

—Como si tuviera que preocuparme de que le cortarás el cuello a cualquier hombre que me diga algo grosero.

—Solo degüello a los que te tocan —refunfuño—. A los que son groseros solo les rompo las piernas.

Se pasa una mano frustrada por el pelo. —¿Lo ves? No podemos existir así.

—No cambiaré quien soy, Hannah. Soy quien soy por ti. No me pidas que lo cambie.

Ella sacude la cabeza. —Nunca te pediría eso. Solo... por favor. Prométeme que no harás daño a nadie por mí. No soy como tú. No quiero hacer sufrir a nadie.

Su beso me hormiguea en la comisura de los labios.

Mis labios se curvan en una media sonrisa. —Esto es manipulación.

Hannah me devuelve la sonrisa. Tímida, vacilante, pero sonríe. Ilumina sus ojos azul claro. —Todos tenemos nuestras tácticas.

GAVRIIL

He dicho todo lo que podía decir. Las palabras ya no le hacen justicia.

Así que la beso.

La beso como si la necesitara. Mierda, quizás la necesito.

La beso como si no pudiera saciarme de ella. Mierda, quizá no pueda.

La beso como si el mundo estuviera en llamas y nunca fuera a tener la oportunidad de volver a hacerlo, y mierda, puede que así sea, pero, si es así, me lanzaré sobre cualquier llama para robarle un beso más, y uno más, y uno más.

Y tampoco alcanza con besarla.

—¿Qué haces? —murmura Hannah mientras la cojo en brazos.

—Ya verás —La llevo al aparcamiento y la pongo en el asiento del copiloto.

—¿Gavriil? —me dice cuando entro por el otro lado y empiezo a conducir.

—Shh. Confía en mí.

Una mirada a ella y puedo ver que así es.

—¿Puedo saber a dónde me llevas? —pregunta mientras conduzco.

—Depende. ¿Confías en mí?

—No seas imbécil.

—Entonces, responde a la pregunta.

—Bien —dice malhumorada—. Sí, confío en ti.

Le sonrío. —Entonces, no.

Me da una palmada en el hombro. —Parece que sigues con la rutina de “imbécil”, después de todo.

—Me encanta cuando me dices guarradas —canturreo. Me vuelve a pegar.

Cuando entro en el aparcamiento de mi ático, mi polla está peligrosamente dura. —Bienvenida a casa —le digo mientras la ayudo a salir del coche.

Su sonrisa es inescrutable. —¿Es esta tu forma de invitarme a tu hogar?

—¿Esta es tu forma de fingir que no aceptas?

—La mayoría de los caballeros preguntarían primero. Muy impropio de una dama ser arrastrada a la morada de un hombre.

—Ese es tu primer error —le digo con una sonrisa maliciosa—. Confundirme con un caballero.

Una vez que subimos por el ascensor privado y entramos en mi apartamento, le hago una especie de tour: de la cocina al dormitorio de invitados, pasando por el cuarto de baño.

Durante todo el tiempo, apenas puedo apartar los ojos de ella.

Es curioso, nunca me importó lo que piensen las mujeres de mi casa, las pocas veces que cedí y las dejé verla. Pero siento cada una de sus exclamaciones impresionadas por mi enorme ducha con ventanas que ofrece el tipo de vista panorámica de Boston que solo se obtiene desde treinta y cinco pisos de altura, por la pared entera formada por una pantalla gigante de televisión OLED, por el pez león que flota en el acuario que Dmitry me regaló como bienvenida a mi nueva casa, las siento en mis huesos, en mis pelotas, en mi alma.

Ella me importa. Todo sobre ella.

—Dejé lo mejor para el final —digo, deteniéndome frente al dormitorio principal.

—¿Oh? —dice ella.

—Pero solo un aviso: esta parte del recorrido es más... interactiva.

Su sonrisa es en parte excitada, en parte nerviosa. —¿Es eso cierto?

—El jodidamente cierto —abro la puerta y la hago pasar—. Las damas primero.

—Qué amable de tu parte —dice con una pequeña reverencia risueña—. Resulta que eres un caballero, después de todo.

La sigo dentro y cierro la puerta detrás de mí. Me vuelvo hacia ella y empiezo a desabrocharme la camisa lentamente. La miro todo el rato a los ojos, como si ni siquiera un huracán pudiera hacerme mirar a otra parte.

Está de pie en medio de la habitación, unos pasos fuera del alcance de la mano, inquieta bajo el calor de mi mirada.

—No —digo con un tono ronco barítono—. No te confundas. Soy lo más alejado de eso.

Todo lo que dice es—: Oh.

Y ese sonido es un relámpago para mi polla. Su suavidad, su dulzura. Después de todo lo que ha visto, Hannah Hall sigue siendo pura inocencia en el fondo.

No puedo dejar de mirarla.

—¿Qué? —dice cuando no digo nada durante un buen rato. Se muerde el labio inferior—. ¿Por qué me miras así?

—Sabes muy bien por qué. Ven aquí.

Levanta la barbilla, jugando a ser una berrinchuda. —No.

—¿Perdón? —la tensión es embriagadora. Dejo caer las manos a los lados. Mi camisa está medio desabrochada, revela una franja de pecho, abdominales y tatuajes. Doy un paso lento y acechante hacia ella. Luego otro.

Retrocede para ponerse a mi altura, como si bailáramos una danza retorcida, hasta que la parte trasera de sus piernas choca con la cama y ya no hay donde ir.

La polla me aprieta tanto la cremallera que me pregunto si el metal aguantará mucho más. *Yo* desde luego no.

Y si no puedo, entonces la Srta. Hall debe estar al borde de una maldita implosión.

Me detengo a medio camino de ella. Me mira con ojos brillantes y apoya una palma en mi pecho desnudo.

Luego, inclinándose, enuncia—: Dije que *no*.

Rápida como un rayo, mi mano sale disparada y la agarra por el cuello. Chilla sorprendida mientras la inmovilizo boca arriba contra la cama. Mi mano serpentea por su falda y toca su coño. Su calor. Su dulzor, como si ya pudiera saborearlo con las yemas de los dedos.

Luego la cubro con mi cuerpo. Le doy un mordisco en el labio y ella jadea ante el inesperado pico de dolor. Pero luego le doy un latigazo con la lengua. Gime en mi boca. Sube las piernas alrededor de mis caderas.

Me separo y la miro. Esos ojos preciosos, entrecerrados por una lujuria incontenible. Ya no hay vuelta atrás. No se puede volver a meter al genio en la botella. Yo lo sé, ella lo sabe. Ambos hemos aceptado lo que eso significa.

—Si creyera por un segundo que lo dices en serio —gruño suavemente—, no volvería a tocarte. Pero esto —le aparto la ropa interior y le paso un dedo por la humedad—, sugiere lo contrario. Esto dice que me deseas muchísimo. Adelante, Srta. Hall: llámame mentiroso. Dime que me equivoco. Di que “no” como si fuera en serio.

Parpadea lentamente con los labios entreabiertos. Sus muslos se frotan lentamente contra los míos.

Entonces me rodea la nuca con una mano, me acerca la oreja a la boca y me susurra—: ¿Vas a seguir provocándome? ¿O vas a callarte y a follarme?

—Depende —le susurro, sonriendo maliciosamente—. ¿Qué haría un caballero?

—Un caballero nunca llegaría tan lejos.

Suficientes bromas. Suficientes preliminares. No puedo esperar ni un momento más.

Me levanto y le arranco la camisa, una mitad en cada mano. Grita sorprendida, pero sus pechos

se liberan y mi polla palpita.

Le siguen los pantalones, de la misma manera que la camisa. Rompo la cremallera.

—¡Me gustaban esos pantalones! —grita consternada.

—Te compraré unos nuevos —le gruño—. Una docena de pantalones nuevos. Mil. Todos los que quieras.

La agarro por los tobillos y la arrastro hacia mí hasta que su culo cuelga del borde de la cama. Le arranco la ropa interior rosa de encaje hasta que solo me queda un trozo de tela en la mano. Me lo echo al hombro.

Entonces, libero mi polla de los pantalones. Nunca he estado más duro mientras me alineo. La miro justo antes de introducir la punta. —Última oportunidad, Srta. Hall.

—Por favor, Dios —gime—. No me hagas esperar más.

Esas son las palabras mágicas. Me entierro hasta el fondo. Gimo desde lo más profundo de mi alma por su humedad y su estrechez.

Y también por lo jodidamente increíble de toda esta mierda.

Nunca he deseado nada tanto como a esta mujer. Y aquí estoy, teniéndola. *Toda mía...*

Ya tiembla. Todavía tiene ambas manos alrededor de mi nuca. Mantiene mi frente presionada contra la suya. Nuestras caderas chocan, despacio al principio, luego cada vez más rápido.

Mi nariz se llena de su aroma. Puedo sentir la presión de sus pechos contra mi pecho cuando me acerco. El resbaladizo y apretado cierre de su coño. La suave alfombra bajo mis pies.

Me la follo hasta un orgasmo entrecortado y jadeante, y luego otro. Luego la cojo en brazos y me siento en la cama para que pueda cabalgar sobre mí, aferrándose a mí como a una balsa salvavidas. Así se corre otra vez.

Se le cierran los ojos y vuelve la cara hacia el techo mientras sus caderas se agitan más deprisa. Solo puedo recostarme y hacer todo lo posible por no correrme todavía. Quiero que esto dure para siempre.

Su balanceo empieza a acelerarse hasta que sus caderas son un borrón. Durar para siempre ya no es una opción.

Estoy a tres, dos, un golpe de correrme, y entonces *estallo*, exploto dentro suyo y se desploma contra mi pecho. Se estremece como si la estuvieran electrocutando y gime suavemente, una y otra vez.

Poco a poco, eso se desvanece. Quiero decir algo, pero mierda, no sé qué decir. Dejamos las palabras atrás.

Lo único que importa es esto, ella acurrucada contra mí. Su dedo acariciando perezosamente el vello de mi pecho. Mi mano acariciando su culo para mantenerla cerca.

El resto del mundo se desvanece.

Todo lo que cuenta está aquí.

GAVRIIL

Los días pasan con facilidad, perfectamente. Echo un vistazo a mi historial de mensajes de texto con Hannah mientras mi chófer me lleva a su apartamento.

De hoy temprano:

HANNAH: ***¿Estarás en el trabajo esta noche?***

GAVRIIL: ***¿Por qué?***

HANNAH: ***¿Por qué crees? ;)***

Mi sonrisa se ensancha al recordar lo que siguió. Aunque Hannah nos había prohibido explícitamente tener sexo en el trabajo, acabamos follando en el sótano abandonado del bar de al lado en cuanto terminó su turno. Los tecnicismos importan, supongo.

Hojeo ociosamente mis correos electrónicos. Pero me detengo en seco cuando veo la última actualización de un soldado Bratva al que asigné un trabajo especial. Al instante, mi sangre se convierte en una ira caliente y venenosa.

Si tan solo pudiera poner mis manos alrededor de su cuello...

Me detengo y respiro.

No. Por mucho que quiera hacer pagar a ese bastardo por lo que le hizo a Hannah, tengo que respetar sus deseos. Le prometí que no le haría daño a su antiguo jefe. Mantendré esa promesa.

Aunque sepa su nombre: Jerry Walters.

Aunque sepa su número de celda: D7.

Aunque sepa la dirección de su madre, su comida favorita en prisión, el rincón de la litera donde esconde su navaja. Con la información de este correo, conozco a Jerry Walters mejor que él mismo. Y chasqueando los dedos podría acabar con él como el bicho que es.

Pero le hice una promesa. Así que mi pulgar se detiene sobre el botón “Enviar” de un texto que dice: ***Acaba con él.***

Entonces, suspiro y lo borro.

Cuando el coche se detiene frente al edificio de Hannah, le envío un mensaje para avisarle de que

llegamos. Luego, llamo a Bastien.

—Llamaste antes —le digo—. ¿Ya están todos los preparativos?

—Sí —confirma—. Nuestro plan está en marcha. Me preocupaba que no fuera suficiente aviso, pero los chicos están tan cansados de esta mierda como nosotros. Es hora de acabar con esto —oigo la sonrisa en su voz y, de fondo, el ruido metálico de su pistola cargando.

—Mierda, por fin.

—Otra cosa —añade Bastien en otro tono—. Anoche recibí una llamada del tío Maksi.

—Ah, el bueno del tío Maksi.

Casi puedo ver al viejo huesudo con cara de hacha. En los veranos de mi infancia, visitaba durante meses. Él y mi padre eran prácticamente hermanos.

Fue él quien nos regaló nuestros primeros puros cubanos, quien nos enseñó a conducir con transmisión manual mucho antes de lo previsto.

—¿Cómo está la vieja amenaza?

—Tan jovial como siempre —ríe Bastien—. Más de lo que debería, quizá. Al parecer, cenó con mamá y Dmitry, y mamá consiguió sacarle algunos de sus problemas. Insistió en que me llamara. Tuvo problemas con los cubanos en Miami.

—Mierda.

Los cubanos son unos malditos enfermos. Se los conoce por violar, torturar y vender a su propia gente para trabajos forzados o esclavitud sexual. He oído cosas peores sobre lo que hacen a sus enemigos.

—De todos modos, me pide que vaya a ayudarlo —continúa Bastien—. Y acepté... una vez que termine todo este asunto con los irlandeses, claro.

Hago una pausa. Obviamente, nunca esperé que Bastien se quedara en Boston conmigo para siempre. Y, sin embargo, esperaba pasar bastante más tiempo con él. Y enterarme con más antelación, no por teléfono.

Por otra parte, Bastien siempre fue una mierda con las despedidas.

Además, tiene razón. Con este golpe final, cortando la cabeza de la bestia que son los irlandeses, ya no lo necesitaré.

—Es lo que querría padre —coincido—. Y tienes razón: una vez que enterremos a los irlandeses, las cosas deberían calmarse por aquí.

—Cuento con ello.

—Buena suerte entonces, hermano —le digo—. Debería irme. Hannah saldrá pronto.

—Ah —dice Bastien con cuidado—. Así que las cosas están funcionando con ella.

—Sorprendentemente, sí.

—¿Sigues el camino de nuestro hermano mayor, entonces? ¿Estás en la dicha conyugal?

—No sé si diría eso —digo, frunciendo el ceño por lo poco convincente que sueno—. O, mierda, quizá sí.

—Ten cuidado —advierte Bastien—. Ya nos ha traicionado una mujer de ese club.

—Lo tendré —digo—. Tú también ten cuidado. Si los planes fracasan, no arriesgues todo solo para atrapar a McNulty. Tendremos otras oportunidades.

—Entendido —dice. Aunque su tono es demasiado ansioso para que se haya tomado en serio mis palabras—. Buenas noches, hermano.

—Buenas noches —cuelgo.

En ese momento se abre la puerta y Hannah entra en el coche. —¿Asuntos de la mafia? —dice con complicidad mientras se mete para sentarse a mi lado.

—Si dijera que no, ¿me creerías?

Ella sonríe. —No. Pero si me besaras, no te lo cuestionaría más.

—De acuerdo —me inclino para darle un beso.

Ah, sí, esto es lo que necesitaba. Aunque, cuando abro los ojos, me distraigo.

—¿Qué pasa? —dice Hannah. Se retuerce bajo mi intensa mirada.

—Te ves bien —digo simplemente.

Pero “bien” se queda corto. Enfundada en ese vestido rojo de seda ceñido al cuerpo, con el pelo caramelo despeinado a medio recoger y los ojos ahumados, me pongo duro como una piedra casi de inmediato. Listo para tomarla aquí y ahora.

Como si me leyera el pensamiento, Hannah bromea—: ¿Todo esto de la cena era solo una excusa para tenerme a solas contigo en el coche?

—¿Cómo adivinaste? —digo, cerrando el tabique que nos separa del conductor. Al segundo siguiente, nos estamos arrancando la ropa.

Hacemos el amor rápido y desordenado, los dos. Terminamos y nos ponemos la ropa justo cuando el coche se acerca al restaurante.

—Buena sincronización —dice Hannah con una risita complacida.

—Buena follada —le respondo.

—Caballero, una mierda —replica, aunque vuelve a reírse.

Salgo primero del coche para poder abrirle la puerta. Cuando se asoma al restaurante a la luz de las velas, el rostro de Hannah muestra entusiasmo. Pero luego, con la misma brusquedad, decae. —¿Gavriil...?

—¿Sí?

—¿Seguro que este sitio está abierto?

—Positivo.

—Entonces, ¿dónde está toda la gente?

—La estás viendo —le digo, tendiéndole el brazo—. Reservé todo para nosotros solos. Todos los demás pueden irse a la mierda, por lo que a mí respecta.

Se queda quieta en la acera, como si no me creyera.

—¿A menos que prefieras ir a McDonald's? —arqueo una ceja.

Se pone rígida y palidece de golpe.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Qué está pasando? —miro a mi alrededor como si Patrick McNulty pudiera acechar en las sombras en algún lugar.

—Es que... eso me hizo pensar en Stacy —admite—. McDonald's era algo nuestro. Pero no es gran cosa. Estoy bien. Vamos a comer.

Le cojo la mano y se la aprieto. —Hice lo que tenía que hacer, Hannah. Por su bien y por el nuestro.

—Lo sé —dice con una sonrisa forzada—. Cometió errores. No pasa nada.

—Quizá podría organizarse una visita a Rusia —digo, mirándola.

Ella se anima de inmediato. —¿Lo dices en serio?

—Bueno, depende de cómo te portes.

Se acerca y me da un gran beso. —Gracias de antemano, entonces. Como sabes, mi comportamiento es siempre impecable.

Nos reímos entrando en L'Arpège. El restaurante huele al rico filete por el que son famosos. La decoración se compone de suelos y paredes de adoquines, muebles antiguos teñidos de oscuro y velas de buen gusto que parpadean en todas las superficies disponibles.

El maître se acerca a saludarnos, pero, justo cuando abre la boca para hablar, recuerdo algo.

—Vuelvo enseguida —le digo—. No te muevas.

Me doy vuelta y salgo. Aunque Bastien organizó personalmente mi guardia para esta noche, quiero asegurarme.

Pero los cuatro guardias siguen en sus puestos fuera. Algunos bien visibles, otros no tanto. Cada uno de ellos con posturas preparadas y armas escondidas fuera de la vista.

Sonrío con aprobación.

Bien.

De vuelta dentro, Hannah se inclina para preguntar—: ¿Está todo bien?

Asiento. —Esto parece un puto cuartel.

—Uf. Es un alivio. Realmente no quería morir esta noche.

—Eso no tiene gracia —gruño—. Tu seguridad no es cosa de broma.

Me mira de frente encogiéndose de hombros. —Confío en ti. Me mantendrás a salvo.

—O moriré en el intento.

Se le cae la cara. —No digas eso.

—Ahora, ¿quién anda seria?

—*Hablo* en serio. No te atrevas a morir, Gavriil.

Le guiño un ojo. —La muerte no tiene las pelotas para llevarme.

Seguimos al maître hasta una mesa del fondo, con asientos de terciopelo rojo intenso. La vista es impresionante. Da a un reluciente estanque koi y al estrellado cielo nocturno.

—Gavriil —Hannah coge mi mano emocionada cuando nos sentamos—, es precioso...

La beso. —Entonces hace juego contigo, *kiska*.

Pero, cuando me alejo y miro su dulce rostro, Hannah ya no luce esa sonrisa encantada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Se limita a sacudir la cabeza sin decir nada, con una expresión entre perpleja y abrumada.

Frunzo el ceño. —No te hagas la tímida conmigo, mujer. Suéltalo ya.

Se muerde el labio. —Yo solo... Algo me ha estado carcomiendo.

Se me ponen los pelos de punta. —Dime quién. Lo haré putos peda...

—No, no, no es eso. Es una... pregunta, supongo. Algo que quiero preguntarte.

Respiro y relajo mis puños. —Entonces, pregunta.

Juega con el borde del mantel durante un largo rato antes de volver a hablar. Como si estuviera preparándose para dar un salto.

—Siempre me llamas *kiska* o *nena*, o cosas así.

—¿Qué prefieres? —digo en voz baja—. ¿Srta. Hall? ¿Su Alteza?

No se ríe. —No es eso. Solo quiero saber... lo que soy para ti. Lo que somos el uno para el otro. Sé que es una pregunta tonta y odio hacerla, pero... no me deja dormir, Gavriil. Tú pintas tu vida en tonos grises, y sé que eso te funciona y nunca te pediría que cambiaras, y sinceramente, yo también me estoy esforzando por aprender a hacerlo. Pero con esto, contigo... me muero por un poco de certeza.

Solo cuando levanta los ojos para mirarme, veo que están llenos de lágrimas.

Le devuelvo la mirada. Maldita sea, es impresionante.

Ese vestido rojo ajustado.

Esos brillantes labios rosados.

Esos ojos azules decididos, llenos de emoción.

Los he visto brillar de victoria, ensancharse de miedo, estrecharse de rabia, ponerse blancos de placer...

Pero nunca los había visto así. Como si fuera a caerse a pedazos sin un pilar en el que dejar descansar su corazón.

Estiro la mano y la pongo debajo de su barbilla. —Mírame cuando te diga esto, Hannah Hall —le digo con rudeza—. No apartes la mirada ni un segundo. ¿Lo entiendes?

Ella asiente con timidez. Sigue conteniendo las lágrimas con pura fuerza de voluntad.

—Eres el centro de mi universo. No sé si alguna vez entenderás lo que eso significa para mí, pero que me aspen si no me paso el resto de mis días intentando decírtelo. Intentando demostrártelo. Tu aliento es mi aliento. Lo que ves es lo que yo veo. Donde tú vas es donde yo voy y donde descansas tu cabeza, ese es mi hogar. Haré lo que sea para traerte el mundo en bandeja de plata. Lucharé contra todos los hombres que han existido si se atreven a soñar con poner un dedo sobre tu cabeza. Eres mía. Nunca, nunca lo olvides.

Cuando termino, Hannah ya no puede contener las lágrimas. Pero hasta yo me doy cuenta. Ahora son lágrimas de felicidad.

—¿Tenías preparado ese discurso? —murmura con una risa burlona.

Sacudo la cabeza. —No. Pero di en el clavo, ¿no?

Se ríe y me golpea el hombro. —¡No arruines el momento! Fue muy dulce. Vuelve ahí.

La acerco a mí y dejo que me acaricie el cuello. Su aliento es fresco y mentolado y se adapta tan perfectamente a mi costado que no quiero que se separe.

—Lo dulce es duro para mí, Hannah. Todo lo que conozco es violencia. Pero tú... estás cambiando eso. Poco a poco.

—Debo ser muy especial, ¿eh?

—No tientes a la suerte, sabelotodo —me río entre dientes.

Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. —Así que es un poco serio.

—Yo diría que sí. Tuve que colgar al dueño del restaurante por los tobillos para que nos abriera el local. Es seguro decir que estoy invertido en lo nuestro.

Se echa hacia atrás, conmocionada. —¡Gavriil! ¡No lo hiciste!

—No, no, claro que no —pongo los ojos en blanco—. Le pagué una tarifa que roza la extorsión, en realidad.

No menciono que quería el doble de lo que acabó consiguiendo, y que la mera amenaza de hacer lo de los tobillos fue lo que nos ayudó a llegar a un acuerdo sobre el precio final. Puede que sea mi mujer, pero no necesita conocer todos los detalles escabrosos.

Una mirada traviesa centellea en sus ojos. —¿Cómo sé que no me usas por mi destreza en la gestión?

Mi mano se desliza por debajo de la mesa, subiendo por su muslo. —Eres una gerente de mierda. Estoy en esto solo por tu cuerpo, nena.

—¡Qué imbécil! —sisea. Me da una palmada en la mano, aunque se ríe. Sabe que bromeo.

—No hagas preguntas estúpidas, entonces.

Justo entonces, escucho pasos.

Me pongo en pie antes de ser consciente de lo que ocurre. Décadas de entrenamiento y experiencia se unen en una acción pura e irreflexiva.

Hannah y el camarero tardan otro medio segundo en alcanzarme. Para cuando lo hacen, ya tengo el brazo del pobre imbécil enroscado a la espalda y estoy a punto de convertirle el codo en yesca si aplico un poco más de presión.

—¡Gavriil! —grita Hannah—. ¡Suéltalo! ¡Es solo parte del personal!

Entonces, me doy cuenta de que quizá haya exagerado un poco. Tanto hablar de proteger a Hannah contra el mundo ha puesto mis sentidos protectores en estado de alarma.

—Lo siento, amigo —murmuro. Suelto al aterrorizado hombre. Se tambalea hacia atrás y me mira con horror en los ojos, como si fuera el mismísimo diablo. Me apunto en la cabeza que le daré una buena propina al final de la noche.

—Oh, veteranos —le dice Hannah con una risa forzada—. Ya sabes cómo son esos instintos.

Tanto si se lo traga como si no, el camarero hace gala de ello. Se recompone bien antes de tomar nuestros pedidos, un menú de cinco platos, empezando por el famoso gazpacho, antes de salir corriendo como si le ardiera el culo. Tengo la sensación de que anunciará su próxima llegada desde un lugar seguro y fuera del alcance de mi mano.

—Mentir así fue más fácil de lo que pensaba —dice Hannah contemplativa mientras nos volvemos a sentar.

—Te sale natural. Encajas perfectamente en mi vida, sabes.

Hannah parece nerviosa. —No paras de decirlo, pero no lo sé. No sé dónde estoy, dónde encajo. Todavía no, al menos. Sobre todo, me asusta, pero... no voy a decir que nunca —se muerde el labio con una mirada que no es nostálgica, pero algo así—. Hay tantas cosas que dije que nunca haría. Y entonces se dio esa situación exacta, y ahí estaba yo, haciéndolo. Nunca sabes lo que harás en una situación hasta que estás en ella.

—Me cuesta creer que comprometerías tu moral.

Se sonroja. —Parece que lo hago todo el tiempo —dice—. Cuando tenía ocho años visitamos

una granja de pollos y juré que nunca volvería a comer un animal. Pero ahora, como carne todo el tiempo. Dije que nunca me acostaría con otro jefe y mira adónde me llevó eso.

Me río. —Te llevó a una buena cena, si no otra cosa.

—Una compañía de mierda —bromea.

—Deberías haber elegido un jefe mejor.

Coge mi mano entre las suyas. —Supongo que lo que intento decir es que lo estoy intentando. Intento aprender a pensar como tú. A pintar con tonos grises.

La miro. Una emoción que nunca había sentido se agolpa en mi pecho. Ella no sabe lo increíble que es.

Parpadea. —¿Qué?

—¿No se me permite que me guste lo que veo?

Sus labios se fruncen. —Bueno, sí... pero estás pensando algo. Dímelo.

—No.

—Gavriil.

—Estoy pensando que te verías bien en mi cama ahora mismo.

Desgraciadamente, el camarero aprovecha el momento para hacer sonar una campana que debe de haber improvisado por instinto de conservación. Al sonar, sale con un par de cuencos en las manos.

Pone uno delante de cada uno de nosotros, hace una reverencia y se marcha. Cuando se va, Hannah mira el plato con desconfianza.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Gazpacho. Un manjar español.

—Nunca he oído hablar de él.

—¿Aceptaste sin saber siquiera de qué se trataba? —digo, divertido.

—Confío en ti —dice simplemente.

Sonrío. Confianza ciega, qué concepto.

—Toma —le digo. Sirvo con una cuchara una pequeña porción de sopa y se la ofrezco—. Cierra los ojos y pruébala.

Parece nerviosa, pero hace lo que le digo. Abre la boca para que yo pueda introducir suavemente la cuchara entre sus labios. Se queda callada, contemplativa, mientras los sabores la bañan. Entonces, abre los ojos.

—Esto es realmente increíble.

—¿Las vistas o la comida? —bromeo.

—Ambas. Definitivamente ambas.

Comemos en silencio durante unos minutos. Contentos con sentarnos y respirar la noche clara y hermosa, con el sonido de los peces que nadan tranquilamente en el estanque envolviéndonos.

Estar con ella es fácil. Como si siempre hubiera estado destinado a ser así. Justo en ese momento, el camarero vuelve con el siguiente plato.

Segundos después, las ventanas explotan.

HANNAH

Cuando tu vida pasa ante tus ojos, se supone que debe ser diferente.

Se supone que el tiempo se arrastra. Se arrastra a cámara lenta, como en las películas.

Nunca me pareció cierto. No cuando era una niña que casi es aplastada en un paso de peatones por un conductor borracho. Ni cuando caía por esas escaleras, mirando los ojos ardientes de Jerry.

Y no ahora.

El tiempo no va lento en ningún sentido de la palabra. Diablos, sientes que pisas el acelerador hasta el fondo. Lo único lento en todo esto soy yo.

Los cristales estallan en pedazos. El motor de un coche se acelera. Me sacude un impacto invisible, la onda expansiva de la explosión me presiona como un muro de pura fuerza.

El sonido de alguien huyendo, luego un disparo, ¿era el camarero?

Miro boquiabierta a Gavriil, que está agachado detrás de nuestra mesa, que ahora está de lado. Debe de haberla volteado para protegerse mientras yo seguía asustada por la explosión de las ventanas.

—¡Al suelo! —ruge.

Me tiro al suelo mientras la explosión se desvanece, dejando tras de sí solo el crepitar de fragmentos de cristal, y fuegos hambrientos que empiezan a devorar todo lo inflamable.

Entonces, el sonido de pasos fáciles. Y silbidos. Un silbido despreocupado, como el de alguien que pasea por el campo en un hermoso día de verano.

Gavriil se tensa ante mí. Sigo sin ver lo que pasa, pero él parece entenderlo todo perfectamente.

Los pasos se acercan. —De verdad, Gavriil, estoy un poco decepcionado —dice una voz con acento irlandés—. ¿Cuatro guardias? Habría esperado un poco más de resistencia.

Echo un vistazo alrededor de la mesa, a las ventanas... y me quedo inmóvil.

Los cristales de las ventanas rocian el suelo como una capa de nieve. El más leve indicio de brisa. Y...

Ay, Dios.

Oh, Dios, *no*.

Las ventanas no se rompieron solas. Alguien lanzó un puto cadáver a través de ellas.

Un cadáver de pelo oscuro, ojos vidriosos que no ven, que lleva su propio pañuelo de sangre.

Un cadáver con una cara que conozco.

—Oh, no —gimo con suavidad.

Gavriil me tira hacia atrás detrás de la mesa con un gruñido. —No te muevas.

El hombre muerto es Filipp. Uno de los soldados de Gavriil. Me recogió de mi apartamento unas cuantas veces, me enseñó fotos de su familia. Era un hombre vivo, con una sonrisa amable.

Y ahora lo han descuartizado como a un perro.

—¿Qué te parece nuestro regalo? —bromea la misma voz demasiado calmada desde fuera del campo visual.

Gavriil me mira con dureza y sisea, lo bastante bajo como para que solo yo pueda oírlo—: Quédate aquí. No te muevas. No hagas ruido. No dejes que te vean.

—Pero Gav...

—He dicho que lo hagas —gruñe.

Saca una pistola del bolsillo de su traje, *la ha tenido todo este tiempo,* y la deja caer en el suelo a mi lado. No me mira cuando dice—: Úsala si es necesario.

—¿Qué estás...?

Voltea para clavarme una mirada solemne. —Escucha, Hannah. No me arriesgaré a un tiroteo aquí si lo puedo evitar. Demasiado riesgo. Nos superan en número tres a uno. Y tú...

No termina la frase, pero no hace falta. Lo veo en sus ojos. *No te arriesgaré.*

—¡Gavriil, no!

Pero es demasiado tarde. Ya se está poniendo de pie.

Con las manos en alto, dice—: Parece que me pillaste, Patrick. ¿Quieres una puta medalla?

La voz del otro hombre se vuelve áspera y chirriante. —No. Pero un poco de respeto no te mataría, rufián.

—Qué pena. Soy nuevo en esto.

Oigo el sonido de un arma amartillándose. —Eso ya lo veremos —un disparo roza media pulgada por encima del hombro de Gavriil. ¿Un fallo, o una advertencia?

Tengo que taparme la boca con la mano para no gritar. *Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios…*

Piensa, Han, piensa.

Debe haber algo que pueda hacer. Lo que sea.

¿Qué sé que pueda ser útil? Este tipo debe ser el Patrick McNulty, del que me habló Gavriil, el chiflado asesino que lidera la mafia irlandesa aquí.

Pero ¿cómo demonios me ayuda saber eso?

Confirma que debería quedarme detrás de esta mesa volcada, aunque sea.

—Te diré lo que pasará —dice Patrick con la misma voz demasiado calmada—. Vendrás pacíficamente como nuestro rehén, y no te mataremos a ti y a tu puta aquí mismo, ¿te parece bien?

Se hace el silencio. Espero con la respiración contenida. Me pregunto si...

—Iré —dice finalmente Gavriil.

—Excelente. ¿Y tu mujer? ¿Se unirá a nosotros, o ya vivió suficiente?

—¿Qué mujer? —dice Gavriil fácilmente.

La risa de Patrick es aguda e incorrecta, como un dedo húmedo acariciándote la columna vertebral. —Oh, Gavriil —canturrea—. Gavriil, Gavriil, Gavriil.

Veo que todo el cuerpo de Gavriil se tensa. Cojo la pistola que me dejó. Si este hijo de puta hace algo para hacerle daño

¿Qué vas a hacer? me pregunta mi voz interior. *Jesús, Han, no eres la jodida Lara Croft. Solo eres una tonta que se metió en algo muy, muy por encima de su cabeza.*

Pero no puedo quedarme aquí agazapada sin hacer nada. No merecería ser la mujer de Gavriil si lo hiciera.

—No le haremos daño —canturrea Patrick—. Te lo prometo. La trataremos muy bien.

—No hay ninguna mujer —dice Gavriil—. No sé de qué coño estás hablando.

Este próximo silencio es peor que todas las palabras fáciles y las risas inquietantes de Patrick. Está lleno de posibilidades violentas, tan mortíferas como una pistola cargada apuntándome a la sien.

—¿Me tomas por tonto? —pregunta Patrick.

—Te tomo por escoria irlandesa —replica Gavriil—. “Tonto” sería una mejora.

Otra pistola se amartilla y una voz desconocida dice—: Cuida tu lengua.

—Olvídalo, Donal —dice Patrick. Debe ser uno de sus hombres a quien se dirige—. Tenemos al puto ruso acorralado y él lo sabe. Los Nikolaev siempre fueron malos perdedores. Esta lección de modales debería haberse dado hace tiempo.

Mis pensamientos siguen acelerados. No puedo quedarme aquí. Morirá por mí si hace falta. Lo dijo y la seriedad en sus ojos era innegable. No puedo dejar que eso ocurra.

Tengo que hacer algo...

Pero el arma. Parece tan pequeña, sin pretensiones. Lo suficientemente pequeña para...

—Gavriil —dice Patrick—, me estoy impacientando.

Gavriil da un paso adelante con las manos en alto. Luego otro. —Ya dije que iré contigo.

De nuevo, esa risa espeluznante que me hace saltar los hombros. —En realidad no lo estaba pidiendo, amigo mío. Tú no pones las condiciones aquí —gruñe Patrick—. Te llevaremos y nos llevaremos a tu chica. La vi por la ventana. Es una cosita bonita. Se verá bien en mi brazo... y en mi cama.

—Has perdido la cabeza, Patty —se burla Gavriil. Veo que necesita de toda su fuerza de voluntad para no arremeter para defenderme—. Aquí no hay nadie más que yo.

—No —dice Patrick simplemente—. *Tú* has perdido. Lo que hice yo es ganar. Y ahora, el ganador se lo lleva todo. Y me refiero a *todo*, pequeño Nikolaev.

Trago saliva y cojo la pistola. Es más pesada de lo que pensaba y todavía está caliente por el calor corporal de Gavriil.

—Lo que tú digas, Patrick —suspira Gavriil—. Puedes tener a mi chica imaginaria también, si te hace tan feliz. Si tu mujer no te hace feliz, supongo que es lo menos que puedo hacer.

Otro disparo sale de un arma, esta vez justo por encima del otro hombro de Gavriil.

—Cierra la boca —gruñe Patrick mientras el eco se desvanece—, o te la cerraré yo.

Gavriil ni siquiera se inmuta. —Yo que tú, haría mi movimiento rápido. Se te acaba el tiempo. Mis hombres llegarán en cualquier momento. Te lo aseguro.

Miro con desesperación hacia la ventana reventada, pero no veo nada detrás. Fuerzo la vista, pero no capto nada que suene a pasos amortiguados, ni siquiera a un vehículo llegando.

Gavriil está mintiendo... ¿no?

¿O se las arregló para alertar a sus hombres de alguna manera durante la acción cuando los irlandeses llegaron aquí?

Patrick parece tan inseguro como yo. —Gracias por el consejo, muchacho. Tienes razón, por supuesto. Supongo que tus instintos no son una completa mierda —de nuevo esa horrible, horrible risa—. En cuanto a la chica... como es imaginaria, no te importará que vayamos para allá, para asegurarnos.

—Adelante.

Unos pasos se dirigen hacia nosotros, pero se detienen en seco.

—Vamos, malditos cobardes —gruñe Patrick a sus hombres—. El bastardo está desarmado. Y, si intenta algo, recibirá una buena bala en el cráneo por sus esfuerzos.

Las pisadas se reanudan unos pasos más y vuelven a detenerse.

Patrick suspira con fuerza. —De acuerdo. Hagámoslo así. Preciosa, puedes salir. No te haremos daño. Te lo prometo —sus últimas palabras las dice con insistencia, como si yo fuera una

estúpida rata a la que hay que sacar de su agujero.

No sé qué hacer. Sujeto la pistola como una tonta, las lágrimas corren por mi cara, desgarrada en todas direcciones a la vez.

¿Cuál es mi plan, maldita sea, cuál es mi plan?

¿Salir de detrás de la mesa y derribarlos a todos como si fuera una estrella de cine?

Nunca sostuve un arma antes, y mucho menos disparé una. No puedo hacerlo. No puedo hacer esto.

—Me estoy impacientando —canta Patrick.

Pero quizá si escondo el arma... entonces, cuando llegue el momento... no sé... Mierda, es lo único que puedo hacer.

Me meto la pistola por detrás del vestido, el metal frío contra mi sudor caliente. Gracias a Dios, esta cosa está lo bastante apretada como para sujetarla.

Entonces, me levanto.

Lo único que puede salvarnos ahora es mentir. Así que dejo que las lágrimas corran por mi cara, al diablo el amor propio. Ahora mismo, la autopreservación es más importante.

—Por favor, yo... por favor —resoplo—. Solo soy una prostituta. No tengo nada que ver con esto.

Cuando levanto las manos, miro por el rabillo del ojo y veo que Gavriil asiente casi imperceptiblemente.

Esto es lo que quiere: que no oponga resistencia. Que salga de una pieza y deje que él sufra el dolor que le espera.

Quizá sería lo más inteligente. Probablemente. Lástima que mi corazón nunca se ha caracterizado por ser inteligente.

Patrick me echa una mirada y se ríe, largo y alto.

Lo miro fijamente. Su cuerpo grotescamente enjuto, su cara puntiaguda, su escaso pelo rojizo, las rendijas verdes de ojos. Tan mortales e imparciales como los de una pitón.

Lo acompañan seis hombres, todos fornidos y malvados, con armas apuntándonos directamente.

Al menos no tengo que fingir estas lágrimas. Esto es lo más cerca que estuve de la muerte.

—No llores, cariño —me dice Patrick con ese tono cantarín que me da ganas de vomitar. Su sonrisa se ensancha mientras su mirada se desliza por mí—. Cuidaremos *muy* bien de ti.

—Déjala ir —gruñe Gavriil—. Es a mí a quien quieres.

La mirada de Patrick se desliza hacia Gavriil y se endurece. —Regístrenla —ordena a sus hombres.

—Patrick —argumenta Gavriil—, déjala ir. Es solo una puta tonta; ya la has oído.

Pero la mirada de Patrick se clava de nuevo en mi cuerpo. Permanece allí mucho más tiempo de lo que parece prometedor. —No, no... —amartilla su arma y apunta directamente a Gavriil—. Creo que lo dije: no estás en posición de exigir nada —su mirada se dirige a sus hombres—. Regístrenla. No me hagan repetirlo.

Mientras se acercan, todavía vacilantes, Patrick me hace señas. —Ven aquí, gatita.

—Hannah —sisea Gavriil, pero evito sus ojos.

Tengo que probar esto.

Todo mi cuerpo es un conjunto de temblores a destiempo mientras me acerco a Patrick. Sus hombres pasan a mi lado sin siquiera mirarme de reojo. Saben que no soy una amenaza.

Mis hombros se tensan.

Esta "no amenaza" es nuestra única esperanza.

Cuando me acerco a él, la sonrisa de Patrick se ensancha. —Esto es solo una muestra de lo que te espera, pequeño Nikolaev —le dice a Gavriil—. Tomaré lo que es mío. Boston. Este imperio insignificante que improvisaste. Tu chica. Me aseguraré personalmente de que cada bastardo ruso en esta ciudad reciba una bala irlandesa entre los ojos. Sí, sí. Voy a quitarte todo y dejarte sin nada.

—Si no la dejas ir —dice Gavriil—, no vendré en silencio. Le arrancaré el corazón a cada uno con mis propias manos antes de que sepan lo que pasa.

En el silencio que sigue, oigo la respiración entrecortada de alguien, amortiguada por sollozos... Dios, ¿así sueno *yo*?

La risa de Patrick lo atraviesa. —¿Les enseñan a los rusos a contar hoy en día? Tengo muchos más hombres que tú. La única forma de que salgas de aquí si te resistes es en una bolsa para cadáveres.

Me inclino hacia atrás para ver a Gavriil, su cara gruñona considerándolo. Jesús, arriesgará todo por mí.

Puedo sentir el arma todavía fría presionando contra mi espalda, susurrándome. *Ya está. Esta es tu última oportunidad.*

Patrick engancha su brazo alrededor de mi cintura, tira de mí. —Métele una bala en la pierna —ordena a sus hombres—. Solo para mostrarle lo que pasa cuando le faltas el respeto a un rey.

En ese momento, aprendo algo más: Cuando la vida de *otra* persona pasa ante tus ojos, el tiempo sigue pasando rápido.

En un segundo, Patrick me rodea con su brazo pecoso. Al siguiente, me estoy apartando, agarro la pistola de mi espalda y...

Patrick se abalanza sobre mí. Caemos en un giro de extremidades.

Se oyen disparos. Siguen los rugidos.

Jesús, es delgado, pero tan *fuerte*. Empuja un lado de mi cara hacia la tierra. Los fragmentos de

cristal me abren las mejillas.

¡No! Me doy la vuelta, lo muerdo.

Se echa hacia atrás, dolorido. —Perra...

Lo alejo de mí, le doy una patada en la cara, busco la pistola, la pistola, ¿dónde coño está la pistola?

La veo a unos pasos. Me pongo a cuatro patas para alcanzarla. Finalmente, mi mano envuelve el mango y lo giro cuando...

BAM, me golpea como un tren desbocado. Está encima mío, sacándome el aire de la garganta, encajando la pistola inútilmente entre nosotros.

Luchar es inútil. Solo me llega una bocanada de su olor a cigarrillo, sudor y whisky. Y entonces, siento que algo se clava en mi mejilla sangrante y todo se detiene.

Eso es... una boquilla de pistola.

Eso es todo.

Ya está.

Estoy a punto de morir. Mi mente está en blanco por la conmoción. ¿No se supone que debe haber un pensamiento final, un último lamento, algo ingenioso?

Y Gavriil...

—...¡Puta estúpida! —Patrick brama—. Pintaré la pared con tus putos sesos. Voy a...

Sus palabras mueren con un gorgoteo líquido y crepitante.

Al segundo siguiente, estoy jadeando, libre.

Tardo unos segundos en recuperarme lo suficiente como para ponerme en pie y ver la escena. Cuando lo hago, veo caos. Locura. Muerte.

Cristales de ventanas rotos y sillas tapizadas destrozadas, salpicadas de sangre como arte abstracto. Huele a pólvora y polvo.

Cuatro hombres están de lado y de espaldas, bañados en su propia sangre, mirando al abismo del más allá. Uno todavía sostiene su pistola, aunque apunta a la pared.

Los otros dos tienen los ojos abiertos y emiten gemidos bajos. Sus parpadeos se hacen cada vez más lentos hasta que cierran los ojos y ya no los vuelven a abrir.

Solo cuando cesa el sonido crepitante de Patrick pienso en mirar a Gavriil, que deja que el cuerpo sin vida de Patrick McNulty caiga al suelo.

—¡Gavriil! —exclamo, más en estado de shock que otra cosa.

—¿Tenía que mantenerlo con vida? —gruñe, dándole a McNulty una patada en las costillas que nunca sentirá.

—No lo sé —admito. Miro al cadáver. Está muerto. Realmente muerto. ¿Significa eso que ahora estamos a salvo?

Mi mirada vuelve a Gavriil, que ya me está mirando.

—Me salvaste la vida —susurro—. Gracias.

Su labio superior se curva. —Nunca debiste ponerte en esta situación. Si quieres dejarme, Hannah...

Me tiende la mano, pero el movimiento lo hace estremecerse y luego tambalearse.

Es entonces cuando veo las tres heridas de bala y el corte en su brazo.

Corro hacia él. —Gavriil, ¿qué...?

—Estoy bien —gruñe, aunque no puede evitar apoyarse en mí.

Empiezo a movernos hacia la puerta. —No voy a ninguna parte.

—¿Es una amenaza? —ronronea con una sonrisa aturdida.

—Es una promesa.

Fuera, el aire es fresco, pero Gavriil respira cada vez peor. En ese momento llega un coche.

Todo mi cuerpo se pone rígido. *No*. Dios, no. Ahora no. No cuando estamos tan cerca.

La puerta se abre de golpe y Bastien asoma la cabeza. —¡*Blyat'*! —maldice en ruso.

Mi voz me sorprende. Sale un gemido. —Socorro. Socorro. Necesita ayuda.

GAVRIIL

—¿Seguro que estás a la altura?

El tono de Bastien es escéptico. No deja de mirarme con la cabeza inclinada hacia un lado, como si fuera un problema matemático que no puede resolver.

—Estuviste hablando con mamá, por lo que veo —digo.

—Solo está preocupada.

—"Neurótica" parece más exacto. Tengo suerte de haber conseguido sacarla de Boston la semana pasada. No estoy seguro de que estas llamadas diarias sean una gran mejora.

—Dice que has dejado de atender sus llamadas, en realidad.

—Tú también lo harías si supieras lo mucho que divaga —murmuro—. Siempre pidiendo hablar con la enfermera o el médico de turno, interrogándoles sobre mis progresos como si una respuesta equivocada pudiera ser firmar su despido.

—Estás en el hospital. Y ella es tu madre. No es exactamente sorprendente que esté preocupada.

—Puedes recordarle que me estoy recuperando.

—Puedes recordárselo tú mismo —se pone en pie—. Me alegro de que lo hayamos arreglado. ¿Necesitas algo más?

—No —le digo—. Hay un número limitado de veces que un hombre puede oír: *"Deberías descansar; no te esfuerces"* antes de volverse loco. Yo ya pasé ese punto.

—Entonces, no lo diré —Bastien se mete una mano en el bolsillo—. Por cierto, pasé por Eleganza.

—¿Y?

—El negocio está en auge.

—No esperaba menos. Hannah es una profesional.

—Ella también está preocupada por ti.

Su expresión parece como si todavía no estuviera seguro de que eso sea algo bueno, incluso

después de todo lo que pasé con ella. En el mundo de Bastien, las mujeres siempre serán una carga. Algo que no le sirve de nada, salvo como placer pasajero.

Yo solía ser así, una vez.

Desde entonces he aprendido.

—Pronto podrá verme ella misma.

Le he dicho que no entre en la sala. No tiene sentido que venga tres veces al día cuando lo único nuevo que tengo que informar es sobre cualquier batido de proteínas insípido que los médicos insistan en que me trague.

Cuando me ve estirar, aliviando la tensión de mis brazos, Bastien asiente con comprensión. —¿Emocionado por ir al gimnasio otra vez?

—Muero por ir —concuerdo—. Estar postrado en la cama así es una puta mierda. Estoy tan dolorido y débil como un viejo.

Bastien se ríe. —Pero no te pases. Necesitas descansar.

Le hago un gesto con el dedo. —Volvamos a lo nuestro —suspiro cuando mi mano vuelve a caer sobre las mantas—. Háblame de los irlandeses. Pasó una semana. ¿Tenemos al resto?

Su sonrisa es toda la respuesta que necesito. —Nuestros hombres apenas tienen que hacer nada. Los cabrones se pelean entre ellos. La mitad de la razón por la que la mayoría se mantuvo en línea tanto tiempo fue que tenían miedo de la locura que McNulty les haría pasar si no lo hacían.

—Así que están acabados, entonces.

—Están acabados —asiente Bastien—. Dale otra semana, y ningún bostoniano que se precie se declarará miembro de la mafia irlandesa. Los que no hicieron las maletas, se marcharon o resuelven rencillas entre ellos a balazos planean hacer una de esas tres cosas en breve.

—Listo y archivado —murmuro—. No como lo planeamos, pero funcionó.

—Por poco —me recuerda Bastien. Frunce el ceño—. Sigo sin saber por qué no...

—Nadie me llevaría a ninguna parte, hermano. Y mucho menos el puto Patrick McNulty.

—Podrías haberte matado en ese tiroteo —regaña Bastien.

—Pero aquí sigo, ¿verdad?

Bastien sigue moviendo la cabeza en clara desaprobación. —Haciendo caso omiso de una de las reglas cardinales de padre para ser un Jefe.

—Él lo habría entendido —digo simplemente—. A veces, ponerse en peligro es la única manera.

Los labios de Bastien se comprimen en una fina línea. —Ah, ¿sí?

Miro por la ventana hacia el crepúsculo. Incluso en mitad de la noche, puedo ver a la gente en el patio, paseando por los jardines. Es extrañamente hermoso. El mundo entero parece extrañamente bello estos días. Como si lo viera con otros ojos.

Vuelvo a mirar a mi hermano. —Iba a lastimarla, Bastien.

—¿Así que lo habrías arriesgado todo por una chica? Qué tranquilizador.

En un gruñido bajo, digo—: Ella no es solo una chica. Me salvó la vida.

—Y tú salvaste la suya, ¿y ahora...?

—Ahora dirige todos nuestros clubes —le recuerdo—. Obtiene beneficios que hace semanas solo soñábamos.

Bastien hace un ruido de desdén. Probablemente porque sabe que no puede decir una mierda ante eso.

—De todos modos, pensé que esta era una reunión para hablar de negocios —digo—. No de mi vida personal.

—Últimamente has estado entrelazando las dos cosas.

—Y tú te has estado quejando como un perro pateado, hermano —replico—. Ahora, dime: ¿qué ha dicho Dmitry?

—Quería decírtelo él mismo —dice Bastien—. Pero con nuestra madre insistiendo en que no te molestemos...

—El trabajo es lo único que me mantiene cuerdo. Quítamelo y voy a retorcer a uno de estos doctores por la garganta.

—Cree que deberías leer más —Bastien se encoge de hombros.

—Mamá puede guardarse sus opiniones por un tiempo.

—Entonces discutamos la opinión de Dmitry. Dice que demostraste ser capaz. Que Boston es tuyo.

Hay un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Boston es mío —digo en voz baja, experimentalmente. ¿Había dicho antes esas palabras exactas? Creo que no. Siempre me pareció temporal.

Ahora, sin embargo...

—Boston es mío —repito más tranquilo, mirando por la ventana el hospital y el horizonte más allá.

He luchado por esta ciudad con mi sangre. Me ha dado sangre a cambio... y gloria.

Todos los meses de preparación, todos los meses de acción extenuante y decisiones difíciles, y todo se reduce a esto. Poner mi vida en juego, aunque no exactamente como pretendía, y salir victorioso.

—También dice que no se te suba a la cabeza —añade Bastien.

Lo miro. —¿Lo dijo él o lo dices tú?

—Pues las dos cosas.

—Gané. Eso es lo importante.

—Eso hiciste, hermano. Ahora, asegúrate de no arruinarlo todo sin mí.

Lo miro con recelo. —¿Estás seguro de irte a Miami? No es que te culpe. Será agradable volver a ver al tío Maksim, disfrutar del sol de Florida.

—Maksim está muerto —se limita a decir Bastien—. Fue asesinado. Lo encontraron con un puro en la boca.

Maldita sea.

—Los cubanos —deduzco.

Bastien asiente. —Ya llegará su día. Me aseguraré de ello. Mi padre no querría menos —su sonrisa es sombría y decidida—. Ya he quedado con los miembros de la Bratva destinados allí la semana que viene.

—Te echaremos de menos —le digo—. Y los cubanos lamentarán el día en que desataron tu ira —una sonrisa se dibuja en mi cara—. ¿Quién sabe? A lo mejor hasta encuentras una chica allí. Parece ser la tendencia en esta familia, últimamente.

—Una tendencia que no tengo intención de continuar —dice Bastien fríamente—. No comparto tu afición ni la de Dmitry por las... distracciones.

Unos pasos atraen mi mirada hacia la puerta.

Sonrío. —Hablando de distracciones...

—Hola —dice Hannah, asomando la cabeza—. ¿Me acabas de llamar distracción?

—Lo dices como si fuera algo malo —le digo.

No hay nada que me guste más ver que esa bonita sonrisa suya en esa bonita cara. Ese sexy traje a rayas blancas y negras que lleva tampoco hace daño.

Mi polla se flexiona, incómoda. Hace mucho, demasiado tiempo que no disfruto de ella. Si el médico no me da el alta pronto, tendré que dármela yo mismo.

—Oh, hola, Bastien —dice Hannah saludándolo tímidamente con la mano.

—Debería irme —dice, dirigiéndose a la puerta con una simple inclinación de cabeza hacia Hannah. Se detiene ante ella—. Me pasaré por aquí una vez más antes de irme.

—*Sayonara*, hermano —le digo con un gesto de la mano.

Una vez que se va, la mirada pensativa de Hannah se dirige a mí. —Tu hermano no es precisamente mi mayor fan, ¿verdad?

—No es el mayor fan de nadie —digo con una risita—. La última vez que lo vi adorar algo, éramos niños pequeños y el objeto en cuestión era un gorila de peluche.

Se ríe. —Bueno, el negocio va bien, al menos. No sé si te dijo que pasó por Eleganza.

—Lo hizo —le digo mientras viene a sentarse junto a mi cama—. Dijo que el negocio no iba bien, sino genial. ¿A quién debo agradecérselo?

Hannah sonríe de nuevo. —No quiero hablar demasiado pronto y arruinarlo, pero realmente parece que encontramos nuestro ritmo.

—Sí —le digo—. *Tú*.

—Tú pusiste los cimientos —señala—. Yo solo soy la que encajó las piezas finales.

Cojo su mano perdida y me la llevo a los labios. —Me gusta cuando me hablas con humildad. Pero sabes lo que me gusta más...

Sus labios se separan. —Gavriil...

—Hannah.

Mueve su tentador culo un poco más abajo en la cama, lejos de mí, mordiéndose el labio. —Sabes que... ya es bastante duro para mí. No poder estar contigo.

—Créeme —replico—. Es más duro para mí.

—¡Gavriil! —regaña, aunque sonríe.

—Echa un vistazo.

—Eres lo peor —me acusa, sacudiendo la cabeza.

—Te gusta.

Una sonrisa se abre paso a través de su ceño fruncido. —No lo odio.

Le doy una palmadita en el culo, mi mano se entretiene disfrutando de sus curvas. —Tengo un regalo para ti en el cajón de arriba.

Me mira por encima del hombro, con un mechón de caramelo suelto cayéndole en la cara. —Déjame adivinar: ¿una pistola, un cuchillo, cadenas o esposas?

—Podría ser todo lo anterior.

Pone los ojos en blanco. Luego se da la vuelta, abre el cajón y mira el sobre con incertidumbre. —Gavriil, que...

—Ábrelo —le digo.

Ella lo abre, aunque los surcos de confusión en su rostro no desaparecen mientras me mira. —Pero esto... esto son *escrituras*... de todos los clubes que dirigí por ti mientras has estado aquí. Tú no estarás...

—¿Dándotelos? No exactamente —digo—. Dejaste perfectamente claro lo que pensarías de eso. Pero te *estoy* transfiriendo la propiedad.

—¿No es lo mismo?

Sacudo la cabeza. —Seré un socio solo de capital

—¿La diferencia es...?

—Ya no quiero ser tu jefe —le explico. Alargo la mano y tomo la suya—. Quiero ser tu igual.

Hannah deja que le coja las manos, callada durante un rato. —¿Sin compromiso? —pregunta finalmente.

—Ninguno.

—Lo dices en serio.

—Más de lo que puedas imaginar.

Me mira con desconfianza.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Es terriblemente conciso para un hombre que no hace mucho pronunciaba discursos como alguien salido de una obra de Shakespeare.

—¿Eso fue antes o después de que recibiera una bala por ti?

—¿Lo hiciste? —bromea—. No me acuerdo.

La señalo con el dedo corazón. —Si quieres un monólogo de tres horas, no tienes suerte, *kiska* —me río entre dientes—. Podría decirte que nunca pensé que sentiría esto por alguien. Que nunca entendí eso del amor. Hasta que te conocí, claro. Pero ¿qué sentido tendría? Hannah, tú estabas allí, en ese restaurante.

Con los ojos llenos, asiente. —Casi diste tu vida por mí.

—Fue egoísta. Mi vida no es mía para darla. Tengo una responsabilidad. Con mi Bratva. Con mis hombres. Y aún así... —tomo su mano y la aprieto—. Lo haría todo de nuevo en un segundo. Nunca dejaría que te pasara nada. Jamás.

—Gavriil —dice. Se vuelve hacia mí. Su mano va a mi cara—. Yo... no sé qué decir. Me siento confundida y tonta cuando estoy contigo. Como si no pudiera mantener la cabeza en su sitio.

—Te amo —le digo. Parece lo único que vale la pena decir en este momento.

Me mira boquiabierta. —*Te* amo.

Que mis labios barran los suyos también parece lo único que vale la pena ahora. Sabe como el bálsamo labial de pomelo que le compré, huele como el perfume afrutado que le regalé.

Sus labios se mueven contra los míos tentativamente. Casi como si temieran perderse en nuestro beso.

—Mi boca no está herida, ¿sabes? —le recuerdo con ironía.

Esboza una sonrisa de pesar que quiero volver a besar. —Pero Gavriil, si nos pasamos de la raya...

—Cierra la puerta —le digo—. Con seguro.

Las cejas de Hannah saltan. —Pero las enfermeras...

—Que se jodan las enfermeras. Que se jodan los médicos. Que se jodan los conserjes y los visitantes y todos los demás ahí fuera, también. Si Gavriil Nikolaev se curará más rápido, entonces va a necesitar un poco de estímulo.

—¿Eso crees?

Le doy un apretón en el culo. —Claro que sí —le digo al oído—. Ahora, ve a cerrar esa puerta.

No necesita que se lo repitan. Aunque, cuando vuelve, se pone de rodillas.

—No te sorprendas tanto —dice con voz ronca—. Solo hago mi parte para ayudar a acelerar la recuperación.

En un segundo, mi dolorida polla es engullida por su cálida y dulce boca. Me sorbe hasta la base y me rodea con la lengua.

Mierda, cómo extrañé esto.

—Esa es mi chica —le digo, pasando la mano por su pelo en señal de aprobación.

Suelta un pequeño gemido cuando golpeo el fondo de su garganta. Vibra por todo mi cuerpo y me pone los pelos de punta. *Joder*...

Con los ojos en los míos, se frota mi polla por los labios. —¿Esto ayuda?

—Sí —es todo lo que puedo gruñir—. Mejor que los analgésicos.

—Supongo que debería volver a mi labor, entonces.

Me lame de arriba a abajo con su dulce lengua, despacio y saboreando, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Luego, cambia a un rápido movimiento de sacudida, retorciendome con ambas manos desesperadamente.

Estoy al límite.

Estoy al maldito borde.

Yo...

Se saca la polla de la boca, me mira a los ojos y gime—: Acaba en mi boca, por favor.

Con eso basta.

Estallo con un gemido. Me lo saca todo hasta dejarme completamente seco.

Después, estoy muerto para el mundo. Hannah reajusta mis sábanas y se recompone. Luego, me lanza una mirada apreciativa. —Entonces, ¿qué piensas?

Me río por lo bajo. —Creo que estoy curado.

EPÍLOGO: HANNAH

UN MES DESPUÉS

¿Qué le pasa?

Gavriil está inusualmente retraído los últimos días. Como si hubiera algo que no me dijera. Tiene los ojos nublados y distantes, la mandíbula apretada y, cuando me mira, es como si no me mirara, sino que viera a través de mí.

Al menos ya sé lo que pasa en Eleganza: el reparto de la exitosa serie de Netflix *Love Cabin* hará una aparición esta noche, y el lugar ya está a reventar una hora antes de su llegada. Es decir, abarrotado de gente de pared a pared, con luces azules y blancas derramándose sobre la multitud excitada y girando.

—Todavía no puedo creer que las entradas se agotaran en cinco minutos —dice Benji, entre servir seis copas a la vez y mirar al público con recelo como la bestia salvaje que es.

Le doy un codazo con una sonrisa. —Y piensa que nos pagan por estar aquí.

Sonríe y se inclina para tomar otro aluvión de pedidos de bebidas. Me apresuro a recorrer el club en busca de la siguiente cosa por hacer.

Entonces me detengo en seco y me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué es esa cosa.

Veamos: Ya abastecí los baños y me informé con los equipos de seguridad. Me aseguré de que tenemos barriles de sobra y confirmé con todos los camareros que sus puestos están llenos. Me aseguré de acordonar las escaleras de mi despacho (el antiguo despacho de Gavriil), pues no queremos que se repita lo del mes pasado, cuando un imbécil borracho intentó entrar porque pensó que conducía al baño.

Todo lo que queda es...

Suena mi teléfono.

Contesto. —¿Hola? —digo.

—Hola, extraña —dice Stacy.

Casi se me cae el teléfono. —¡Jesús, Stace, hola! Me alegra tanto saber de ti... Pensé...

—¿Que estoy super ocupada con la escuela? —dice Stacy—. Lo estoy. Tengo una carga completa de cursos, pero hoy dije a la mierda, voy a llamar a mi mejor amiga.

—Me alegro mucho de saber de ti —le digo, bajando al sótano para poder oírla mejor—. Parece que ha pasado una eternidad.

—Casi un mes —dice Stacy, conmocionada—. Ugh. Cuéntamelo todo.

Me río entre dientes. —No hay mucho que contar. Aunque ahora estoy en el trabajo.

—No me vengas con esas. Conociéndote, probablemente llevas horas adelantada en tu lista de cosas por hacer —dice Stacy con una risita cómplice—. Aunque hablando en serio, puedo dejarte ir si estás corta de tiempo.

—Tenemos un gran evento esta noche —admito—. Pero ¿hablamos ahora durante quince minutos o así, y te llamo más tarde?

—Me parece bien —dice Stacy—. Entonces, suéltalo todo: ¿Gavriil sigue siendo el novio perfecto?

—Más o menos —admito, sintiéndome ya muy efusiva—. Me llevó a París el fin de semana, de la nada.

—Vaya —Stacy tararea—. Bien, estoy oficialmente celosa. ¿Cuál fue la ocasión?

Me río entre dientes. —No había ninguna.

—Tiene un hermano, ¿verdad?

—Olvídalo. Bastien tiene las emociones de una estatua.

—Puede que sea lo mejor. No soy precisamente la persona favorita de esa familia —comenta Stacy con pesar—. Lo cual es comprensible, supongo. Pero he oído que ahora diriges toda una serie de clubes. ¿Cómo es eso?

—Me encanta —digo—. He estado ocupada, pero bien.

—Eso es increíble —Stacy suena genuinamente feliz por mí—. Estás viviendo un sueño, Han.

Resoplo. —Si estuviera viviendo un sueño, mi mejor amiga seguiría en la misma ciudad que yo.

Sigue una pausa incómoda. Una cosa que llegamos a entender sobre estas conversaciones telefónicas es que hay ciertos temas sobre los que pasamos de puntillas. Pero que se joda, estoy harta de contenerme con mi amiga.

—Estoy trabajando en Gavriil —le digo—. Dame unos meses más, y quizá...

—Quedarme aquí en Moscú un año más no sería lo peor —dice Stacy—. Puede parecer una locura, pero me gusta estar aquí. Mi padre es mucho más tranquilo de lo que recordaba y me gusta la ciudad. Sí, la calidad del aire es una mierda, pero tienen muchos parques bonitos... ¡y los hombres! Veo el atractivo de los rusos. No tengo que decírtelo, por supuesto.

Pongo los ojos en blanco. —Oh, cielos. ¿Significa eso lo que creo que significa?

—¡Demyan y yo no hemos hecho nada! —protesta—. Solo algún que otro correo electrónico. Me dijo que no puede hablar conmigo como es debido hasta que Gavriil lo permita.

—Gavriil es terco —digo—. Pero debería ser capaz de convencerlo.

—¿Segura que quieres? —pregunta.

Y ahí está, la pregunta que acechó todas nuestras conversaciones telefónicas durante el último mes más o menos.

—Stacy, ¿qué? —me resisto.

—Yo me lo busqué —suspira—. Solo seguí la corriente de lo que querían los irlandeses, poniendo en peligro a mi mejor amiga en el proceso. Casi hago que te maten, Han. ¿Esto, estar atrapada aquí? Es lo menos que merezco. Me libré fácilmente.

—Te amenazaron a ti y a tu madre —protesto—. ¿Qué se supone que debías hacer?

—Tú habrías encontrado una salida.

—No sé qué habría hecho yo. Espero no tener que averiguarlo nunca.

—Arriesgaste tu vida por Gavriil —insiste—. Me contaste lo del tiroteo. Fuiste una tipa dura. Valiente.

—Era eso o morir —murmuro—. No hay mucho para elegir.

—Sí, sí —dice ella—. No nos pondremos de acuerdo en esto. Nuevo tema: ¿es cierto que los irlandeses se fueron de Boston?

—Más o menos —digo—. Gavriil todavía no se ha relajado del todo. Sigue esperando una guerra o algo así, pero no hubo nada. Que mataran a Patrick y a sus principales matones desconcertó al resto. No es que estuvieran trabajando muy bien antes, pero sí.

—Impresionante —dice Stacy—. Que buen desenlace.

—Es cierto —digo—. Los niveles de criminalidad en Boston también han bajado. Gavriil está dirigiendo un negocio estricto.

—Parece que, para cuando me dejen volver, aquello será una utopía —bromea Stacy.

—Yo no iría tan lejos —le digo—. Aunque al menos podría conseguirte un trabajo mejor. Me harías un favor. No es fácil encontrar buenos gerentes que dirijan los clubes mientras yo no estoy.

—Ya veremos —dice Stacy—. Si consigo un trabajo, quiero sentir que me lo gané, no solo que mi amiga me contrató por lástima.

Pongo los ojos en blanco, aunque ella no está aquí. —No sería por lástima. Sería por amistad.

—Sigue siendo una limosna —argumenta Stacy.

Hago una pausa. Quería preguntar algo más, algo que no sé si debería.

—Stace, te *estás* sintiendo bien, realmente... ¿verdad?

—Algunos días son mejores que otros —admite Stacy. Suena más cansada que antes—. Pero que papá esté aquí ayuda. Y no quería admitirlo, pero mamá se estaba muriendo. Empezaba a decir

que quería acabar con todo ella misma. Ella, bueno... tenía mucho dolor. Así que, aunque lo que le pasó fue horrible, en parte fue una misericordia. Los médicos nos habían programado una cita con un médico de cuidados paliativos esa semana.

—No tienes que cargar con esos recuerdos tú sola, Stace. Estoy aquí para ti.

—Tú —dice Stacy—, eres la mejor amiga que una chica puede pedir. Solo espero poder compensarte algún día. En fin, basta de efusividad. Me alegro de que hayamos podido hablar. Te dejaré volver al club y hablaremos más tarde.

—Me parece bien —le digo—. Veré si puedo encontrar tiempo esta noche para llamarte. Pero definitivamente mañana, si no.

—Saluda a Benji de mi parte —dice Stacy—. Adiós.

—Adiós, nena.

Vuelvo al club con una sonrisa en la cara. A Stacy le va mucho mejor de lo que yo esperaba. Qué alivio. En estos días, casi empiezo a creer que puede haber un “felices para siempre” para todos nosotros.

Me estoy acercando al bar principal cuando se apagan las luces.

Entonces, también se apaga la música.

Estoy instantáneamente furiosa. ¿Esta noche, de todas las noches? Tendré unas palabras no muy agradables con nuestro encargado de la electricidad tan pronto como pueda encontrar mi camino a…

Se enciende un foco. Supongo que, después de todo, no se fue la luz. Se pasea por la sala, destacando un montón de fiesteros confundidos...

Y entonces, se posa en mí.

Se enciende un segundo foco. Sabe exactamente adónde ir. Rastrea la escalera acordonada que conduce a la oficina. Allí arriba, en el último escalón, está...

Gavriil.

Pero ¿qué...?

No es que no tenga buen aspecto. De hecho, está increíble. Camisa abierta por el cuello y remangada. Tatuajes asomando por el cuello y la parte superior del pecho. El pelo impecablemente despeinado, esa sonrisa arrogante siempre presente en su máxima potencia.

Es que no tengo ni idea de lo que está pasando.

—Hannah Hall —dice con los ojos fijos en mí, en el micrófono que tiene en la mano.

La multitud se vuelve para mirar boquiabierta.

—¿Hola? —chillo.

—Podría decirse que fue aquí donde ocurrió —dice, con la mirada cada vez más fija en mí—.

Cuando me di cuenta de que te quería. Desde entonces, ha sido... un jodido torbellino, por no decir otra cosa. De la mejor clase. Nunca esperé esto.

Frunce un poco el ceño y se pasa la mano por el pelo oscuro despeinado.

—No quiero decir ninguna de las cosas trilladas que siempre dice la gente —baja las escaleras lentamente, con los ojos clavados en mí—. Pero no puedo evitarlo: son ciertas para mí y para ti.

Mi mandíbula literalmente cae. Sé que Gavriil y yo nos acercamos este último mes... pero ¿esto?

Jesús, quizá *pueda* reunir el valor para contarle mis noticias esta noche.

—No sé cómo explicarlo —dice—. No creía que existieran mujeres como tú. Pensé que lo que tenemos ahora era imposible. Creí que sabía todo lo necesario para tener una buena vida. Resulta que no tenía ni idea. No hasta que llegaste tú.

Llega a mí. Sus ojos oscuros arden con sus propias palabras. Apenas puedo creer que sea real.

—He cometido errores —dice ahora—. Pero no pienso dejar que lo mejor que me pasó en la vida se me escape de las manos y se convierta en uno de ellos.

Se arrodilla. Se me corta la respiración.

—Srta. Hall —susurra Gavriil. Deja caer el micrófono al suelo—. ¿Quieres ser mi esposa?

Santo cielo. Esto está pasando de verdad.

El público espera con la respiración contenida.

No hace falta pensarlo ni un segundo. Supe mi respuesta tan pronto como la pregunta salió de sus labios. —¡Sí! Gavriil, por supuesto, ¡sí!

Al instante, estalla un aplauso atronador. Es ensordecedor, sacude las vigas y el suelo.

Gavriil sonríe como nunca lo había visto sonreír, como si hubiera guardado su verdadera sonrisa todo este tiempo.

Solo para mí.

Con un movimiento suave, me coge en brazos y me sube los escalones hasta mi despacho. Nada más cerrar la puerta, nos echamos a reír.

Él se ríe y yo me río, y hablamos por encima del otro.

—No puedo creer que...

—Ni siquiera dije todo, lo mucho que te amo... Lo que significas para mí, cómo haces que cada día sea mejor para mí, cómo...

—Estoy embarazada.

Los dos nos callamos muy rápido.

Oh, Dios... era tan perfecto hasta ahora. ¿Acabo de arruinarlo todo?

—Antes de que digas nada —me apresuro a soltar—, fui al médico y esta vez va en serio. Seguro. Estoy embarazada de nuestro hijo, Gavriil.

Se queda callado, quieto. Luego, como un sol naciente, su rostro se calienta en una sonrisa de pura felicidad.

Se ríe, más despreocupado de lo que he oído nunca. —Me haces un hombre mejor, Hannah Hall. No sabía que la vida podía ser así. Nunca pensé que conocería a alguien como tú.

¿Cómo es que todas las cosas cursis y trilladas suenan tan frescas y nuevas cuando es él quien las dice?

Nuestros labios se juntan. Antes, cuando nos besábamos, había excitación, miedo, emoción. Pero yo siempre me contuve. No es que me hubiera dado cuenta en ese momento. No conscientemente, al menos.

Pero ahora, cuando me besa y yo le devuelvo el beso con todo lo que soy, lo sé: esto, *esto*, es besar. Así es como debe sentirse.

Se aparta, con los ojos encendidos mientras me mira. —Mi esposa.

Me río. —Te estás adelantando, amigo.

—Igual se siente bien.

—Hm. Bien, lo permitiré.

Y entonces, retomamos donde lo dejamos. Nuestros labios se encuentran. Aunque en realidad nunca paramos, ¿verdad? Todo forma parte del baile. Todo lo relacionado con Gavriil, su mirada, su voz de mando, lo que hace conmigo, para mí y por mí, forma parte de ello.

El beso se profundiza, se expande. Las manos de Gavriil recorren mi cuello, mis costados, mis caderas, hasta acariciar mi culo y amasarlo suavemente. Gimo en su boca.

Su mano se aventura aún más, debajo de mí, presionando mi coño y encontrando mi clítoris. Una firme presión de sus dedos en el punto perfecto me hace caer casi de rodillas.

La mano de Gavriil va a mi pelo y me lo acaricia mientras me mantiene erguida contra él. —Eso es, nena. No te contengas.

—Gav... —gimo, casi derrumbándome sobre él.

Me levanta con facilidad, como si no pesara nada, y me lleva hasta el escritorio. Me deja en el suelo, se arrodilla y me separa las rodillas con tanta fuerza que me hace jadear.

Le tiendo una mano para detenerlo, pero él también la aparta.

—Esto gustará —me ordena mirándome fijamente—. ¿Lo entiendes?

Tengo los ojos fijos en él. —Yo…

Antes de que me salgan las palabras, se inclina hacia delante y me lame el coño de abajo arriba. —¿Lo. Entiendes?

Estoy un poco ocupada agarrándome a los bordes del escritorio como si mi vida dependiera de ello, así que me limito a temblar y asentir.

Sonríe satisfecho. —Bien. Cierra los ojos.

Los cierro. Ahora, todo es pura sensación.

Ese aroma de Gavriil, que conozco y amo tanto.

La humedad caliente entre mis piernas.

Y la hábil lengua de Gavriil acariciándome los muslos, extendiendo el mareo por todo mi cuerpo. Me estremezco por todas partes.

Gavriil me lame como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y, en cierto modo, supongo que lo tiene. Cuando sus dedos por fin se deslizan dentro mío, me convulsiono de placer.

Empieza a lamerme y besarme el clítoris y veo las estrellas. —Gavriil —gimo—. Estoy casi...

—Calla —dice—. Ten paciencia, *kiska*.

Otra caricia, todavía más lenta, y sus dedos se mueven aun más dentro de mí durante unos segundos, antes de volver a salir.

—Gavriil —gimo, más fuerte ahora—. ¡Deja de burlarte de mí!

Me da un azote en el culo. —No estoy seguro de que me guste tu tono.

—Solo... por favor...

—Así está mejor —dice.

Luego, vuelve a bajar la cabeza hacia mi coño palpitante y termina lo que había empezado. —Acaba para mí, *kiska* —me dice, lamiéndome el clítoris mientras me folla con los dedos más deprisa—. Córrete para mí como una niña buena.

Eso abre las compuertas. Siento que mi cuerpo se desboca. El placer me sacude de un lado a otro y me corro sobre la cara de mi prometido.

Cuando termina, estoy agotada hasta la médula. Podría dormir durante días. Pero Gavriil no ha terminado conmigo. Ni siquiera está cerca.

Se levanta, se libera y se desliza dentro de mí, todo en un movimiento suave. Provoca algo parecido a un desmayo. Es como una experiencia extracorpórea: él se entierra dentro de mí, se sale hasta que me muero de ganas de más y vuelve a meterse. Soy una nube de sensaciones. Me corro una y otra vez, o quizá nunca dejo de correrme.

Cuando por fin recupero el sentido, estoy en sus brazos.

—Te amo, Hannah —dice—. Mi compañera. Mi esposa. Madre de mi hijo.

—Yo también te amo —es todo lo que se me ocurre decir.

No es suficiente. No es ni cerca de suficiente. Tratar de poner palabras a esta cosa, a este sentimiento, a esta maravilla que es mayor que todo lo que he conocido o conoceré, es un

ejercicio inútil. “Amor” está sobreutilizado y es insuficiente.

Pero tendrá que servir.

Cada toque que Gavriil da a mi cuerpo está impregnado de ello. La forma en que me pellizca la oreja. Cómo cada parte de él, labios, lengua, manos, pecho, polla, parece besarme a la vez.

No hay un solo átomo de Gavriil Nikolaev que no esté en esto. Que no viva por mí.

Me besa suave, lenta y perezosamente. Me besa con fuerza y sin piedad.

Me besa de todas las formas posibles. Me toca de todas las formas posibles.

—¿Sabes lo que esto significa? —le murmuro a Gavriil cuando nuestra respiración vuelve a la normalidad.

—¿Mm? —ya está medio dormido, los dos acurrucados juntos en la exuberante alfombra del despacho.

—Esto significa que el “felices para siempre” empieza ahora —digo.

Y cuando cierro los ojos, casi puedo verlo ya. Yo en el banquete de mi boda en alguna playa, bailando con Gavriil, lanzando mi ramo y Stacy cogiéndolo.

Gavriil, nuestro bebé y yo, acurrucados en la sala de partos, envueltos en fatiga y alegría.

Nuestro pequeño o pequeña gateando delante de nosotros, luego corriendo, y después aminorando la marcha hasta un orgulloso paseo cuando crezca y se vuelva demasiado *“cool”* para andar correteando.

Luego nos dejará y Gavriil empezará a tener canas en las patillas. Le dará un aspecto más distinguido, estoy segura.

Tendremos sexo todo el tiempo, como esas parejas sanas de las que hablan en las revistas. Nos cogeremos de la mano hasta que seamos viejos. Tal vez tengamos más hijos, tal vez no. Tal vez nos quedemos en Boston para siempre, tal vez no.

Todo lo que sé es que, pase lo que pase, estoy aquí. Esto es todo. Todo en mi vida, lo bueno, lo malo, la mierda que pensé que no tenía lugar formando parte de ella, todo tiene sentido ahora.

Hasta la última migaja tiene sentido.

Porque me trajo hasta aquí.

Y ahora, ¿qué? No lo sé. La verdadera historia acaba de empezar.

La historia de los hermanos Nikolaev continúa en el Libro 3, BASTIEN NIKOLAEV.

Haz clic aquí para conseguirlo.